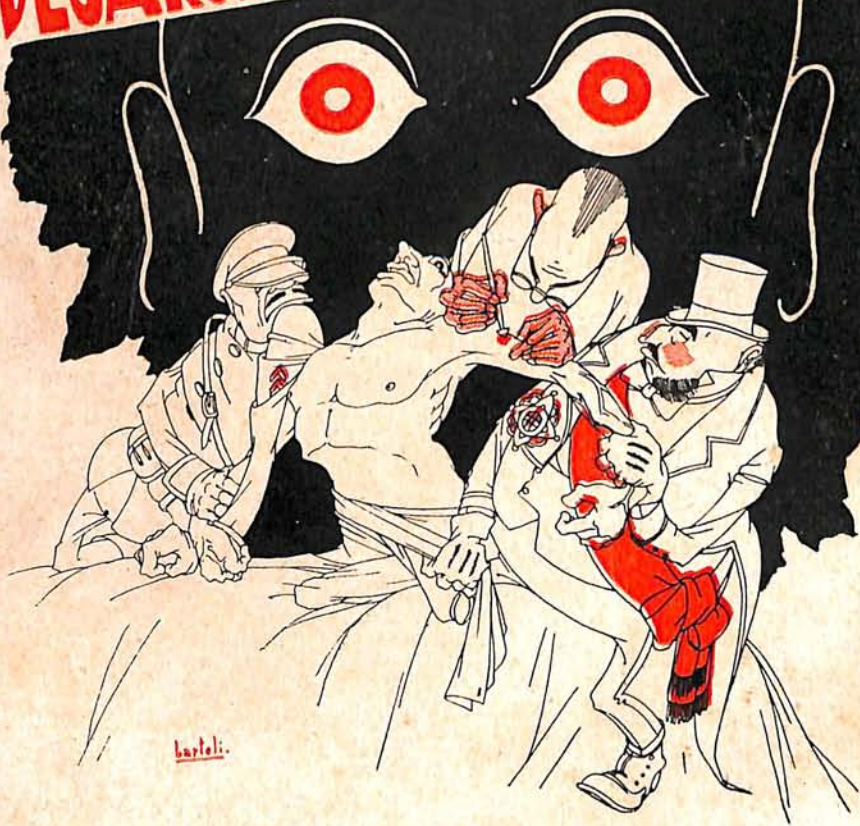


DR. DIEGO RUIZ

**VACUNAR ES ASESINAR
DEJARSE VACUNAR, SUICIDARSE**



B A R C E L O N A 1 9 3 5

P-11-02-P-46

Ref. 26398

VACUNAR ES ASESINAR
DEJARSE VACUNAR, SUICIDARSE

Dr. DIEGO RUIZ
EX-DIRECTOR DEL HOSPITAL FRENIÁTRICO DE SALT

VACUNAR ES ASESINAR
DEJARSE VACUNAR, SUICIDARSE



ACTO DE ACUSACIÓN
CONTRA 138 AÑOS DE
MEDICINA HUMANA



Con 16 ilustraciones de J. BARTOLÍ



Barcelona, 1935

**A LA SANTA MEMORIA
DEL P. HAGEN, S. J. AMERICANO**

MAESTRO SUBLIME EN LA CIUDAD LEONINA

**EN LAS EXCURSIONES VATICANAS
COMPAÑERO ABNEGADO**

**TRIBUTO DE SIMPATÍA MÁS ALLÁ DE LA MUERTE
DE ADMIRACIÓN RESPETO GRATITUD
A LA CONCIENCIA DEL SABIO**

Imprenta

AGUSTÍN NUÑEZ

San Ramón, 6
y Barbarrá, 24
BARCELONA

D. R. 20 XI 54

PREFACIO

Sin la dedicación preciosa, y en oportuno momento, del colega Dr. BERNAT, este libro acaso no saliera a luz hoy. Al joven clínico vaya ante todo nuestra gratitud, que nunca acabará. Nuestra carrera hubiera sido bruscamente truncada sin el Dr. PIERROT, en el invierno 30-31, y sin don Pablo Ruiz PICASSO; sin los adherentes al «Cercle d'Etudes Sociales», de Yvry, y sin los estudiantes de la Facultad de Teología del boulevard Arago, alguno de los cuales —y el más genial— frecuentaba el Institut Pasteur. No puedo olvidar a ninguno de ellos. En lo material de mi actual trabajo, me ayudaron directamente FRANZ HABICHT, químico de Munich, el Dr. JOSEPH VON BOCHUM, a su paso por esta villa, y me hicieron paz en torno —mientras sonaban los cañones— mis discípulas Myriam de Mármara y María Gracia. El noble pensador Abel GUDRA, su compañera, de la verde Umbría, los hermanos Joaquín y José BARTOLÍ —uno de los cuales ha ilustrado el libro— y el señor BENZA, de Génova, me han obligado a durable reconocimiento, con sugerencias, discusiones, datos.

Por el Dr. CARRASCO FORMIGUERA, pude empezar a redactar mis datos. Por mi condiscípulo Jacinto REVENTÓS, a recogerlos. Pero toda la doctrina viene de HAGEN y de SENTIÑÓN. Los defectos, de mí. Lábil y precario (entre Dos Guerras) es todo libro de ciencia humana de la Medicina. No hay aún ciencia de la Medicina, por más que no pueda haber ni haya otra ciencia ni arte, para el hombre, que ésta de la Medicina:

pensamiento sobre su dolor, y Juicio fijo sobre su salud y remedio. En CRIMINOLOGÍA pura se engendra y disuelve nuestra Medicina de hoy.

De lo que —para un caso dado— nos disponemos a ofrecer, en el siguiente texto sobre la vacuna, una experimental y accesible, pública demostración. Con todas las consideraciones que han de guardarse, y con el respeto que pocos merecen, pero con todo el rigor que hay ya que exigir.

Ojalá que el trabajo sea de utilidad general.

COSTA BRAVA DE CATALUÑA, este 28 noviembre de 1934.

BIBLIOGRAFIA DE URGENCIA

Dos cosas hay sólo: saber y creer saber: Saber es la ciencia, y creer saber es la ignorancia.
(En la COLECCIÓN HIPOCRÁTICA)

1.—Lo «fundamental», en el PROCESO CONTRA JENNER, personal, contra él; general, contra 138 años de Jennerismo, lo encuentra el estudioso que desee prontamente orientarse —y entender— en actas y publicaciones de la *Anti vaccination League*, en *Vaccines and Serums*, of *Many Physicians*, en *Danger to the public* de la New York Anti Vaccination League y en el Testigo consciente Dr. W. R. Hadwen: *The Case against vaccination*. Al paso por Barcelona, y a la amistad fraterna del Dr. Joseph von Bochum, debemos el conocimiento de los «Casos de Holanda» y las substanciales, e irrefutadas, Objeciones del valiente doctor Bastiaanse.

En Alemania, el movimiento de protesta contra el Crimen y Falacia de Jenner, está ligado a la gran Rebelión Plebeya contra la Facultad (Hahn, Priessnitz, Rikli, etc.) de un lado; de otro, a Confesiones como las de Schweninger, el médico de cabezas coronadas, y a la gran *Carta Antivacunal del 90*. Rebelión médica contra los yerros y delitos de la Facultad (de asesinar). Para países llamados latinos, desde luego Ruata. Que ilustra, con la Aritmética, la *lógica* irrefutable del precursor Alfred Russell Wallace.

Para países latinos, pues, el prof. Carlo Ruata (que fué una bomba, para sus días, y lo sigue siendo). Y, naturalmente, —pero con toda clase de reservas—, la obra, que tiene más de 80 años de fecha, y, claro, se resiente de toda la mitología médica de la época, del célebre Verdé-Delisle. Animadora lectura, ésa, de todos modos; pero peligroso texto. Muy preferible (y, por de pronto, lo aconsejo, a los médicos jóvenes, a los estudiantes de los últimos años) es el vol. de A. Helbsby, chileno, pero de procedencia inglesa: útil, leal, irrefutado documento.

En toda bibliografía de urgencia, pues, Hadwen, Ruata, Helbsby. Y la *Carta Alemana de 1890*, con la Encuesta, posterior, a la que respondía así el Dr. Weiss, de Neuenburg: «MEREZCO SER COLGADO DEL

ABETO MÁS ALTO DE LA SELVA NEGRA, POR EL DELITO DE HABER VACUNADO AL DESGRACIADO PUEBLO.» Ya insistiré.

2.—Pero luego viene (y es íntimo hecho) la experiencia personal. Una decisión. Un carácter. El mejor texto, ése.

Experiencia que habréis atesorado, y sin la que inútil será reconocer *e logicis*, la superstición que aquí se denuncia. El gran crimen de los vacunadores. El negocio de la época industrial: el negocio de Edward Jenner. Aun conociendo la impostura, seguiréis vacunando. Es preciso el carácter. Hay que tener carácter. Fundamental texto, ése.

En mi familia (una familia de médicos catalanes, andaluces), yo lo recuerdo, los he conocido, prácticos, que, cubriendo de sarcasmos al Jennerismo, en privado, vacunaban desaprensivamente en público, con la sentenciosa seriedad de los augures. Como Gregory. Como el mismo Jenner. Pues *Jenner fué antijenneriano*: mató a su primer hijo, y no vacunó al segundo. Carácter. Carácter.

Vuestra experiencia sea vuestro primer texto. Y vuestro carácter: toda la bibliografía está ahí. La bibliografía urgente.

Con horror (que la piedad filial no atenúa) recuerdo que, mi padre mismo, no consintiendo que se nos vacunara, vacunaba a los otros. Como Gregory, el primer cruel discípulo del empírico Edward Jenner. Tal era también Sentiñón. Y tal mi allegado el célebre higienista profesor R. Méndez.

3.—Hay otros libros, que cito en el cuerpo de la obra. Este nuevo texto contra la práctica de la vacunación, está muy purgado de reenvíos a revistas y libros: se da el jugo de ellos. Sin carácter, como sin experiencia, detritus es la erudición, fácil, por lo demás, en un proceso como éste. La Medicina es una lógica, o no es: sigue en pie la instancia del químico-médico *Heinrich Lahman* a los Institutores de Dresde.

Tenemos que ir, ya, al encuentro de esa Lógica, nosotros, los médicos. Como los físicos y los matemáticos han ido, al fin, en la «Crisis de la Exactitud». Todo está en crisis. *La Medicina, también*.—Relato mi experiencia. En nuestra práctica por 3 continentes, por 10, 12 patrias, y desde nuestros días del Colegio Mayor de Bolonia (Italia), recogimos infinidad de datos sobre el asunto. Aquí están, en resumen. Pero leer, observar, reflexionar, todo eso es nada. Es muy poco. El requisito, es el carácter. Esta obra, no podría disimularlo, es «liquor mentalis» añejo: con la poco envidiable ventaja de la edad, nos damos cuenta de que fué obra gestada en 30 años de medicina, médicos y pacientes. En el juicio y fallo, para el que la civilización está ya madura, contra Edward Jenner, pido ser oído como testigo convencido.

El criminal actúa desde hace 138 años, en sus epígonos, con la protesta de los pensadores. Ya es tiempo. Hay que sujetarlo. Acusarlo, condenarlo y ajusticiarlo. Nadie hizo más daño que él. Yo lo creo.

Digo mal. Decir creo, es hipocresía. No lo creo. *Lo sé*.

SECCIÓN PRIMERA

MI DILEMA

J'ai fait beaucoup de bruit. Mais qu'est-ce que j'ai gagné! — Rien.
(En las Memorias del Gran Federico).

I.—LA VACUNACIÓN, ¿CAUSA DE LA VIRUELA?

1.—UN HECHO DE ARMAS

Por la mentalidad del «post hoc ergo propter hoc», y por una hábil dirección de estadísticas, se pudo insinuar que:

(1.º) Visto que, durante el siglo XVIII, un tercio de la población inglesa había padecido la viruela, con la décima parte de las defunciones anuales.

(2.º) Visto que Jenner vacunó, al vivo.

(3.º) La viruela tenía que cesar y cesó. Se «interpretaron» las estadísticas. Y, en eso de las estadísticas, pues ocurre como con lo de la Administración: que administrador que administra, y enjuagador que enjuaga, algo tragan.

Pasan años. Y la nación *menos vacunada*, será la que arrojará menos casos de viruela. La más vacunada, más: tal es la *distancia* que media de las islas Filipinas a Inglaterra.

Ahora, ya no puede escorderse por más tiempo la verdad. En efecto:

(1919)	Población	Mueres por viruela
Más vacunada		
Filipinas	10.350,640	44,408
Menos vacunada		
Inglaterra	37.875.202	128!

VACUNAR ES ASESINAR

En ese cuadro, queda enterrado perfectamente el sofisma estadístico de la vacunación y revacunación obligatorias. Es el «inri» de Ed. Jenner. Pero él había previsto eso, y Jenner no vacunó a su hijo segundo. Al primero, lo mató.

De modo es que el Prof. J. J. Richardson era más Jenneriano que Jenner en persona. Y su consejo, al Estado, de que no se olvidase de revacunar, ni aun revacunando cada 6 semanas, como hicieron en América del Norte, sirvió. Como sabremos. No hay que ser más ingleses que los ingleses ni más vacunadores que el que armó a los médicos ingleses de una lanceta homicida.

De todos modos, si os empeñáis en seguir afirmando que la vacunación «evita» la viruela, con la fuerza de los números os responderemos QUE LA PRODUCE.

O, si no, ved el cuadro de antes. Mirad qué acto. Es un hecho de armas. Perfectamente: la guerra fué instructiva. La guerra sirvió.

2.—AMERICA

Tres años antes de la guerra mundial, la Argentina tuvo que haberse las con la viruela. La estadística demostró que las provincias más vacunadas son las que dan mayor porcentaje a las defunciones por viruela. Lo que se demuestra mediante el siguiente edificante cuadro:

Provincias	Número de habitantes	Vacunados y Revacunados	Porcentaje de vacunados	Defunciones por viruela
1. Buenos Aires	1.921,000	209,264		
2. Santa Fé	816,500	89,840	11 %	35
3. Entre Ríos	440,856	9,691	11 %	461
4. Mendoza	166,668	98,792	2 %	12
5. San Juan	96,898	4,899	59 %	1.020
6. La Rioja	88,956	8,499	5 %	62
7. Jujuy	63,769	588	9 %	25
			0.85 %	5

Ahí está. Mendoza, la más vacunada, da más mortalidad. Jujuy, la mínimamente vacunada, apenas si se muere.—La Medicina es una enfermedad. En la emergencia, homicida enfermedad. Jenner ha sido uno de los teólogos más obsecadores que produjo nunca el espíritu humano.

3.—BARI

En la provincia de Bari, 45.000 casos de viruela. Muertos: 4.556. Si Italia entera hubiese sido contagiada, las víctimas hubiesen entonces sido un millón setecientas mil. Con 17.500 muertos. Vamos, una guerra. ¿Y por qué Italia no se contagió? La vacunación, no evitó la epidemia de Bari: porque todo el mundo estaba allí vacunado y revacunado. Luego tampoco hubiera evitado la

variolización de la Italia, esa inútil, inmunda, homicida práctica Jenneriana.

Nada tan inútil hice en mi vida como vacunar a los niños de Italia. Y ninguna mala acción como ésa.—No nos imitéis: nosotros nos desperdamos ya tarde. No envenenéis a vuestro prójimo.

4.—PAISES ANTIJENNERIANOS, Poca VIRUELA; PAISES JENNERIANOS, MUCHISIMA

A todos los argumentos en apoyo de la Inutilidad de la Vacuna, socorren los números, siempre que la Aritmética no sea dirigida. Del Comité de Sanidad de la Liga de Naciones, en su 12.ª sesión, nos llegan estos datos:

Muertos por viruela, por millón de habitantes:

Inglaterra	0'46
España	65'70
Italia	101'10
Portugal	386'00

En Inglaterra se vacuna poco. En este Sud Europeo, se requetevacuna. Deducid ya o empezad a dudar.

II. — EL DILEMA

Algunos estudiantes de Medicina vinieron, no há mucho, a consultarme sobre vacuna y vacunación. Dicté para ellos una Memoria, fundada en mi no breve experiencia de médico práctico por 3 continentes—y en la oposición lógica más viva a la Falacia y Crimen de los Jennerianos. Hasta la gran guerra, no había dudado: la guerra nos enseñó a sacudir no pocos yugos. Ella nos hizo a todos antivacunistas. ¡Tenía, pues, razón Franklin! Y nosotros habíamos leído a Russell Wallace con imperdonables prejuicios.—Mi Memoria va a imprimirse, la historia de una con versión. Ahora se me pide un resumen. Me es difícil, porque yo, como suelo, sintetizo cuanto es dado en mi texto grande, que va a dejar de ser inédito, y ojalá sea para aleccionamiento de médicos y público. Me esforzaré por escribir un texto de dos cuartillas.

I

1.—Divulgada por un empírico sin seria base sobre las ciencias, la práctica de la inoculación para inmunizar contra la viruela, ha resultado:

(1.º) MORTAL, a la corta o a la larga;

(2.º) INÚTIL, para el fin que se proponía.

La humanidad que parece civilizada ha vivido inexplicablemente en un error, en un grosero paralogismo—que fué, de hecho, crimen. Asesinato con alevosía.

No vacunéis. No os dejéis vacunar. Elegid otra clase de suicidio. Matad menos cobardemente.—¡ Libertad!

2.—Digo que por el acto de la Vacunación procuramos la muerte, y lo digo fundado en lo fijo que ha resultado establecer ya la más conexa relación de causa a efecto entre

1. Vacuna y Tétanos
2. Vacuna y Tuberculosis
3. Vacuna y Encefalitis
4. Vacuna y Lepra
5. Vacuna y Erisipela
6. Vacuna y Eczema vaccunatum...

Pero la lista no es posible acabarla: es toda la patología. Vacunar es matar bajo el amparo de la ley. Con el acto de la vacunación, nosotros estamos seguros ya de que introducimos gérmenes de muerte; de que sembramos las enfermedades; estamos lógicamente, experimentalmente seguros de que, si inmunizamos, es para matar. ¿Pero, inmunizamos?

3.—La vacunación no ha impedido, jamás impidió, ni impide, la viruela. *Es inútil vacunar.*

1. Prusia vacunó y revacunó a sus infelices administrados, y la epidemia del 1871-72 fué de espectacular virulencia;
 2. Los Estados Unidos de América del Norte revacunarón, sin fiarse: cuando la guerra contra nosotros, llegaron a la revacunación *cada seis semanas*. Pero ese ritmo tan frecuente no les libró de la viruela;
 3. Llevaron, los Estados Unidos, la civilización revacunadora a las islas Filipinas, y nunca se conoció entre aquellos coloniales más terrible mortandad por viruela. Sin vacunación (y bajo el dominio de la descuidada España), ese azote exigía el 10 por 100 de muertes, entre los atacados. Bajo los americanos, y con revacunación, la enorme cifra fué: del 65 por 100;
 4. Los japoneses (ya bastante castigados por las *curas contra la sífilis*) habían humillado a la raza blanca en 1905. Pero esa raza había previamente calculado su desquite contra los soberbios nipones: los vacunó. Y jamás cayeron en aquellas islas más variolosos.—LA VACUNACIÓN **NO INMUNIZA.**
- Mortal, nociva, de una parte. Inútil, inocua, de otra. *Inútilmente mortal*: esa es la resultante última de la monstruosa falacia j Jenneriana.

II

4.—La Medicina ya ha entrado en la fase de las conversiones. Se da cuenta de que, bajo el amparo de la ley, ha ido asesinando con alevosía durante 138 años. Ante los casos horribles de encefalitis por vacuna, el reino de Holanda suspendió las inoculaciones. En Inglaterra rige el «Caso de Conciencia», como lo llaman. De todas partes llueven quejas iracundas, y un médico de Alemania, el doctor Weiss, contestaba a Græff, en la gran Encuesta sobre la Vacuna:

«Yo merezco ser colgado del abeto más alto de la Selva Negra por el hecho de que vacuné.» Nada más.
¿Contribuyamos a difundir remordimientos en España!

- 5.—La vacuna, ¿qué es?
¿Qué es la viruela?
¿Qué es la linfa?

A las dos primeras cuestiones no hay modo de responder con seguridad, por mucho que parezca mentira. Pero es así.

Vacuna y viruela, ¿son dos afecciones iguales o similares?
¿Son dos enfermedades diversas?—«Que sí». «Que no». No hay modo de ponernos de acuerdo.

Entonces, ¿por qué inocular? ¿Qué inmunidad va a resultar entre afecciones diferentes?

Pero eso es la ruina de la tesis misma, y de la práctica, de Eduardo Jenner. Vacuna y Viruela son *iguales* (en el fondo). Así se explica la inmunización. Pero, entonces, INOCULANDO SEMBRÁIS LA VIRUELA.

El dilema, es de los que no se pueden resolver.

6.—Y el dilema ése es muy punzante:

En el caso de que Vacuna y Viruela sean diferentes, prometéis lo que no podéis cumplir. Timáis.

En el caso de que Vacuna y Viruela sean iguales, os hacéis cómplices de una *siembra de epidemias*. ¿No? Japoneses, filipinos, alemanes se levantan para responder.

Eso sin contar con que hay una relación de causa a efecto entre Vacuna y Tétanos, Tisis, Erisipela, Lepra, Sífilis—toda la patología. Como lo demostraremos.

7.—O crimen o engaño. Elegid.—Pero la lógica sin entrañas, sintetizando los hechos de la experiencia clínica más minuciosa, pronuncia ya su veredicto.

Crimen y Engaño. Asesinato con alevosía.

No vacunéis. No os vacunéis. Exigid por todos los medios que cese la procesión de víctimas inmoladas al impune Moloch:

la Salud de Estado.

Los intereses de una bárbara terapéutica al servicio envenenador del Estado.

¿Qué es la linfa? Un atentado con pus y podredumbre, que la ignorancia gubernamental recompensa.

SECCIÓN SEGUNDA

Declaración de un testigo en el proceso contra Jenner

Je calcule sur le pire.

BONAPARTE

CARTA CONFIDENCIAL A UN PENALISTA (1)

Este, no es un *rumor*: es un proceso. No es en modo alguno una campaña de rumores (whispering campaign o flagelo americano), sino que es un estudio de verídicos sucesos por ver si tienen, en la querrela que motivan, unidad jurídica, y, luego, si están presentados, esos sucesos, ante el Tribunal que de ellos entiende—con arreglo a la ley procesal. Tal es el libro. Eso quiere ser este texto.

Como sesión lógica, aquí se desenmascara un sofisma. Se prueba que ese sofisma es un crimen—y se identifica al *public enemy*. El sofista inglés Edward Jenner, ha envenenado a las gentes de las 5 tierras emergidas. Tal es el hecho que se prueba. Tal es el texto.

Como hay uno que declara, tiene que presentarse el testigo. He ahí motivado, *a priori*, el *Curriculum vitae*, incluido en la segunda parte de este texto.—Por el artículo 312 de nuestra ley de Enjuiciamiento criminal, los jueces desestimarán la querrela cuando no se consideren delictivos los hechos denunciados, o no se consideren con competencia para substanciarlos. En diversos números del artículo 80 del Tribunal de Garantías hay aclaraciones muy precisas dentro de una misma ley orgánica. Hay que dar el nombre de los responsables: yo los doy. Hay que denunciar hechos previstos y penados en la ley vigente: yo los denuncio. Si se impide el paso de una Comisión de Ingleses, que «quieren convertir al país en una tierra de cipayos», ¿por qué no ver la homicida Comisión, que nos coloniza desde hace 138 años? Pues la posesión de Gibraltar

(1) Que es nuestro condiscípulo del Colegio Mayor de Bolonia, el profesor Eugenio Cuello Calón, discípulo de Dorado Montero, colegial también éste, como se sabe.

es menos lesiva que este tenaz dominio sobre los cuerpos—una lanceta criminal en las manos.

Mas soy testigo, y voy a declarar, prometiendo someterme a cualquier fallo, el que sea.

Voy a dar hechos. «En el momento procesal en que nos encontramos», es suficiente afirmar que tales hechos tienen la línea de figura delictiva. Mi querrela cumple el requisito de «adjudicar los hechos que abarca a las personas que considera autores».—La querrela no puede ser rechazada. Hay aquello de lo que habla MANCILLA: hay la fuerza procesal.

Ni—lo prometo—podrá echárseme en cara a mí aquella infame e hipócrita «condición de la evasión», finamente, definitivamente fijada por JEREMIAS BENTHAM, y que el autor mismo del texto ya citó en su libro de la «Represión Mental en Alemania». Al que remito insistentemente, y una vez para todas, a todo hombre reflexivo y capaz de un juicio, de «llegar a una conclusión».

Hay que tener la *Capacidad procesal* para presentar una querrela. Soy viejo sanitario: la tengo. Los artículos 56 y 57 de la ley de Orden público de 28 de julio de 1933, me asisten: los hechos denunciados ocurren dentro de la órbita del orden público. En buena línea jurídica, lo específico es dar preferencia a lo genérico, y genéricos son los preceptos que a su favor pudiera tener cualquier Sala del Supremo.—Pero hay que desglosar los sumarios: aquí doy, nada más, una declaración de médico. Pido que cualquier Tribunal de este país se declare competente para admitir la querrela y darla la tramitación que corresponda. Nada más.

Como no sea, el anticiparte que esto de la linfa vacuna tiene, a posteriori, proporciones ciertas de fuerza natural y de catástrofe. Y te acordarás, querido Eugenio, que hace muchos años, cuando tú y Buylla os reuníais en mi cuarto del Colegio Español de Bolonia, uno de mis temas del Curso íntimo era: la *cantidad de crimen* y la *VARIACIÓN DE LA ACCIÓN LESIVA HUMANA BAJO LA CATEGORÍA DE CANTIDAD*.—Un tifón avanza estos días sobre las Filipinas, y, en dos provincias sólo, ya hay 60.000 personas sin albergue. La práctica jennericiana, es eso: en el país más vacunado del mundo, una catástrofe. Un verdadero tifón. País más vacunado del mundo: Filipinas: más mortalidad por viruela. País menos vacunado: Inglaterra. Míñma mortalidad.—Es la catástrofe.

Mi pregunta es: ¿y cómo se paga?—Para eso, ni hay ordinario tribunal «que entienda». E inútiles son, me parece, los universitarios esfuercos del señor Jiménez Asúa en vista de la «penalización de los delictos». No hay capacidad procesal que valga—contra una fuerza de ruina tan ubicua. No hay modo de procesar a un volcán. Pero sí (creo), se puede combatir ese atroz remedio, más aún que la enfermedad temible misma. La conciencia, fuerza de juicio activo en la historia, a todos nos ha de juzgar.

A la santidad de su ley sometido, dicté este texto. Lo empecé a recibir en aquel cuartito de Bolonia, en el que concurríais tú, penalista, y el Buylla, futuro químico, honor de la Universidad de Oviedo.

No quiero tener razón, sino que la razón nos tenga a todos, que buena falta nos hace. El «caso de conciencia» es evidente. Adiós.

I

1.—Vengo de familia de médicos (2). Me gradué doctor en medicina—con una tesis sobre la *Unidad del tic, la idea fija y la fobia*—en la célebre Universidad de Bolonia, por entonces (con Tulio Martello en economía, con Ciamician en química, con Carducci en erudición latina, con Righi en física, con Murrri en clínica médica) Escuela en todo su esplendor. Luego estuve en París: como mi allegado, el higienista de Barcelona doctor R. Méndez—Rector de la Universidad, en la que fui yo mismo alumno interno, con Robert—, mantenía estrechas relaciones, siempre, de alumno a discípulo, con Albarrán, la Salpêtrière, por su influencia, se me abrió como escuela. Allí seguí las lecciones del profesor Raymond: en mis *Contes d'un filòsof*, hablo de un «caso», precisamente. Y observando allí, y por entonces. Fui profesor auxiliar del Preparatorio de Medicina, Farmacia y Ciencias, enseñando en el curso 1906-07 geología, zoología y botánica a esos muchachos, en las

(2) Esta familia de médicos catalanes y andaluces, es de grandes burgueses. Con negocios industriales. De niño, en Badalona, vigilaba yo a los obreros de los Silicatos.

El cuerpo del pobre sirve, en Hospitales e Institutos de maleficencia, para que el estudiante de la pequeña burguesía se ensaye en vista de cobrarse honorarios vistosos sobre los cuerpos de los ricos. Pero el rico es clientela en cuanto glotón, esto es, en cuanto artrítico, gotoso, diabético, arenilloso, arterioescleroso, canceroso... y tísico.

Así, una enfermedad que es producto directo de miseria y vida deficiente, acaba por hermanar a dos sectores humanos mediante el «trait d'union» brutalista del hijo de la pequeña burguesía.—Es un círculo, dos veces, tres veces vicioso. Que yo no conocí.

La ruptura, no puede venir sino mediante una insurrección de los cuerpos miserables contra las causas mismas que mantienen prestigiosos los aprendizajes, los sofismas, la ignorancia y los groseros errores, la práctica brutal de un arte servido por los enemigos de la vida misma, en toda su naturaleza. En toda su juiciosa esencia y naturaleza.—Un interés antihumano guía la mentalidad de «medicina». Ventaja, pues, para el estudiante de Medicina, el nacer entre grandes burgueses.

prolongadas ausencias del que iba a ser fundador del Instituto de Oceanografía, en Madrid : Odón de Buen. Estudié la histología con Calleja Borja-Tarrius, la terapéutica con Carulla, la clínica médica con Robert, la obstetricia con el barón de Bonet, aquí. Luego pasé a Italia, al Colegio Mayor de Bolonia, y allá sostuve la tesis por la que empecé sobre la Unidad del tic, la idea fija, la fobia. He sido, aquí, condiscípulo de Coroleu, Puig Sureda, Corachán, Reventós, de otros menores. En la «Gaceta Médica Catalana» numerosos son mis artículos, recensiones, noticias, traducciones del alemán, del inglés, del italiano, del francés. Todo eso, cuando era estudiante. Me parece poder afirmar, sin temor a ser desmentido, que fué en la «Gaceta Médica Catalana» donde, por vez primera en España, se daba cuenta de cierta *Psycho-pathologie des Alltagslebens*, de un médico vienés destinado luego a ruidosísima y aun mundana, escandalosa fama : Freud (3).

Al fin, gané por oposición la plaza de director del Hospital Provincial freniático de Salt (Gerona), instituto—el Reggio-Emilia del pobre—del que fuí director y Administrador (1909-12). Había publicado, de estudiante, cierta *Fisiología del Sueño*. Proseguí en Salt mis estudios, no interrumpidos ni por las luchas que hube de sostener—*coram populo*—contra un estado de cosas que, conocido, forzó a que se sublevara toda conciencia acusadora de los explotadores del *Infortunio mental* (una Memoria escribí, con ese título, y la editó el Dr. Ingegnieros, en Buenos Aires).

Salt era un depósito de pulpa humana delirante ; era un infame stock en el que se recogían enfermos para empeorarlos y lentamente matarlos de hambre. La superstición religiosa llegó a poner en peligro mi vida : por los pulpitos se predicaba contra «El infame director Diego Ruiz». Muchos intereses de la

(3) Paradigma de *La deformación profesional que la Psiquiatría imprime en quien la cultiva*.

Orden de San Juan de Dios ; muchas avaricias de la Diputación Provincial de Gerona, o se desnudaban o se lesionaban por un Director infame. Sin embargo, proseguí pensando. *A quoi sert le monde*. Se ha preguntado una vez el gran Ampère. Y ha respondido : *A donner des pensées aux esprits*. No pudiendo seguir de llavero de un stock de pulpa febricitante, por la que nada, nada podía hacer, me fuí a estudiar a otra más segura y civilizada parte. Yo ausente, de nuevo en el extranjero, a un novelista venal le animaron con unos billetes del Banco de España para que escribiera un libro en catalán, para mayor claridad por cierto, contra el Director de Salt. Temprana ha sido mi alumno. El se ha beneficiado de mi bolsa, de mi experiencia, de mi mesa—allá él. Sabe que miente. Su libro contra mí le ha ayudado a pasar alguna situación difícil : siempre fué así, en sus relaciones conmigo, tal escritor a sueldo de los que conmigo renegaba él antes. Bajo la dirección mía de entonces.

2.—Volví a Italia. Por reciprocidad de títulos, podía ejercer acá como allá. El Colegio Mayor de Bolonia ha sido una muy sabia institución en los siglos : al recogimiento de sus claustros debo mi juvenil *Genealogía de los Símbolos* (1905) y esa *Teoría del Acto Entusiasta* (1906), largamente prologada, ésta, por el antiguo colegial, Dorado Montero, célebre profesor de Salamanca. En el Colegio fuí condiscípulo de Calón, el penalista ; del químico Buylla. De otros muchachos que luego emprendieron la carrera diplomática. En Italia, y tras la experiencia de Salt, volví a ejercer.

El doctor Víctor C. de Portocarrero ha escrito, tiempos atrás, ciertas notas «Acerca de un médico filósofo» (*La Semana Médica*, Buenos Aires, tiraje aparte, 1914), obrita en la que se habla de mi ejercicio en Italia por entonces. He sido médico en Bondeno de Ferrara, en Finale Emilia, en Bolonia mismo y en Módena. He ejercido la medicina, en tiempos de gue-

ra, por la Umbria y por la Toscana. En Roma también—donde mucho intimamos con el P. Hagen, S. J., de la Specula del Vaticano, hombre sabio si los hubo en astronomía y en el dominio entero de las ciencias exactas y naturales.

Mi mejor maestro en Barcelona fué el doctor Sentiñón. En Roma, Hagen. Sobre ambos tengo que pasar, pues si fuera a referir cuanto les debo, el texto entero tendría que hablar de esos grandes hombres: uno, pertenece ya a la celebridad mundial, Hagen. Mientras que el otro, Sentiñón, se maceró en una ciudad de mercachifles sin vocación ni para el arte ni para el pensamiento—como muestra la secular esterilidad de esta vasta fachada sin significativo alguno inteligente hoy (el paréntesis Cajal-Picasso-Sentiñón, fué eso: un paréntesis). Lo mejor de aquí emigró.

A Sentiñón, sobre todo, debo la crítica y el desprecio por la corriente ciencia de la Medicina de hoy. Y la aspiración a una PANIATRÍA, que (en la Crisis de la Exactitud) la humanidad—entre dos Gueras—deberá hallar, antes de perecer. ¿Qué es salud? ¿Qué es enfermedad? ¿Qué es el Dolor? ¿Qué es el Remedio?

Empírica y semiteológica (4) ciencia—con sus dogmas, sus santos, sus mentiras desmentidas, sus mentiras sojuzgadas en un Colegio de amaratados cardenales; con sus yerros, audacimientos) era tan severamente juzgada como por el Dr. Luis Carlos Gaspar de Sentiñón. Y de una manera general tengo que advertir que, en el texto, casi no hay idea por mí expuesta que no tenga su germen en el alumnato a que hace muchos años me sometió aquel gran pensador catalán que esta versátil e idiotizada ciudad aun desconoce. Viven muchos de los que de él aprendieron: una biografía Sentiñoniana es cada

(4) *Vom Theologie kaum zu unterscheiden*, dice todavía Mephisto al estudiante.

vez más exigible. Si es que aquí queda todavía memoria, juicio, conciencia—o cualquiera otra cualidad por la que la gratitud es *virtus* (fuerza) entre intelectos decentes.

Mas Séneca ya ha dictado su apólogo—Apocolokintosis, o transformación de las rosas en calabazas—para consuelo de los que aquí ven malogrados, gracias a la mediocridad ubicua. cuantos esfuerzos hizo esta comunidad un día para civilizarse y perentoriamente desfolklorizarse.

3.—Pero el Teorema demostrado en Italia, en 1920, me pertenece. En nuestra Memoria *Prima Prova d'un Principio nuovo sulla natura del Tempo* (Bologna, Pizzi, ed., 1920) logré llegar a desenterrar—de un cúmulo de manuscritos, que puedo decirlo, me cubrían—una verdad, un principio en busca del cual en vano partieron los maestros más grandes en nuestro arte. No quiero llevar razón, sino que la razón a todos nos tenga, que buena falta hace ya. Por el Principio de Identidad *Tempus = Dolor*, un médico pudo al fin fundar una ciencia exacta de los remedios y de las enfermedades (5). Una ciencia, sin más.

(5) ARISTOCRACIA Y DEMOCRACIA EN MEDICINA

1.—La ciencia pura de la Medicina es como el alto cálculo. El privilegio de pocos.—*Uno solo, uno, único, es en realidad el Médico*. El viviente, en cuyo seno somos: uno solo. Este mundo es medicina. Pania-tría. Una sintaxis de presencias en el tiempo—contra el tiempo. Hay un médico.

HAY UN MÉDICO. Por su naturaleza misma, la Medicina es de aristocrática esencia y contenido. Tanto, que es una, universal. Hay un médico, uno sólo; nada más que un médico.

Mas, a su imagen y prescripción, *todos somos médicos*. Cada presencia, en general, es una cura (a más de ser un reloj). Cada presencia—en general—es en el tiempo. Y contra el tiempo. Se resiste.—Todos somos médicos.

Para ponerse (sólo, nada más que para ponerse) *el problema de la Medicina*—la solución aparte; suspendida la solución—hay que disponer de la cabeza de Hamilton, Evaristo Galois o Cantor. Eso, es de pocos,

La Memoria, son unas 30 páginas. Para escribirlas, al fin, preciso fué el empleo de toda una vida de aprendizajes, emigración—seguramente también de yerros, graves faltas y excesos. ¡ Pero la verdad fué! Quien pueda que diga lo mismo. Y en la Universidad ilustre de Padua (sacra a los sabios anatomistas del Renacimiento; cátedra de Pomponazzi, de Galileo, de Vesalio...), en esa Escuela, y en el año 1923, esto es, tres años después de haber aparecido en Bolonia la Memoria, un joven estudioso, el hoy doctor profesor E. Pellizzon, precisamente se graduó sosteniendo su tesis doctoral sobre mi principio: yo lo había demostrado *e mathematicis*.

naturalmente. Medicina es dictadura espiritual, por razón. Tras juicio proclamado. Medicina es fuerza del juicio como salud y curación.

Pero este mundo, es eso: un juicio. Un juicio que *se hace*. Que se va ultimando. Un juicio universal.—Y, en lo práctico, todos somos médicos. La fiera carnívora se cura a sí misma, toma hierbas, y no hay carnivorismo absoluto. Todos los animales tienen lo que se llama por ahí instinto médico. Los salvajes tienen una Medicina muy interesante: no hay salvajes, in abstracto. De los «salvajes» nos vienen la coca y el opio.—Aristocrática, unitaria, la Medicina es, en concreto, el (libre y necesitado) patrimonio de todos. Absolutamente de todos.

La autoiatría, así, es posición y negación de sí misma. Nosotros nos curamos; todo se cura, bajo una ley de vida. Bajo la única ley del viviente universal.—Su naturaleza es ésa.

2.—Mas esta forma de la Medicina, fase de hechiceros que ya no tienen fuerzas de serlo; esta Medicina *democrática*; esta estéril e infundada ciencia, a la que debemos los crímenes estatales, de que en mi texto tratamos; esta Medicina cultivada por una clase social, que no es aristocrática ni es salvajemente, rudamente plebeya; esta importancia de microburgués que *se reserva* secretos, que no pueden bajar, sino bajo forma de imposición jurídica, al «ignorante» pueblo; toda esta ciencia estúpida de farmacéutico materialista y de fabricantes de pus en conserva,—quedará en la Historia de la Civilización como un cruel paralogismo; con la actitud hipócrita y sin carácter del que, sobre un punto de un puente, no está ni a una orilla ni a la otra. Nosotros, médicos, hemos ahogado la reacción de defensa vital, por la que todo hombre es médico de sí mismo, y hemos desalojado de nuestras cabezas cualquier juicio que nos induzca a renunciar de una vez a considerar muerta la naturaleza. No somos ya, ni brutos, ni juiciosos. Para una ciencia pura y alta, nos falta suficiente cabeza; para reacción de brutos, corazón.

La democracia médica en que vivimos, es enemiga por igual de selec-

Tiempo es Dolor.

Si Tiempo es Dolor, vida es CRONOLISIS.

Si el Dolor es Tiempo, el «yo» es un ¡ ay! modulado. Y todas las enfermedades son mentales.

He sido un médico práctico. En sus «Notas», referidas, el doctor Víctor Ch. de Portocarrero cita en primer lugar esta frase nuestra, que recogió en diálogos (y el señor Carles Rahola, de Gerona, la cita, igualmente, en su *Una autobiografía inédita del Dr. D. R.*, 1926): «Mi madre, hermana del doctor R. Méndez, decía con cándido orgullo: Soy madre de médico, viuda de médico, nuera de médico, tía de médico, cuñada de médico, hija de médico, nieta de médico... En murien-

tiva ciencia y de plebe. Los pequeños burgueses han reducido el juicio a oficio; la humanidad, a muñeco de cautchuc. Esa actividad facultativa que no es ni aristocrática ni plebeya, dicta sus resultados de ignorantes para gobernados sometidos y para gobernantes crueles por ignorancia y sumisión.

Tal es la actual beneficencia médica.

Pero la razón impondrá su dictadura: Uno es el Médico, y todos lo son.—Los intereses, a cuyo servicio está el sector social democrático que acapara hoy una ciencia sublime, prostituida, esos intereses exigen *especialización* de unos ciudadanos. ¿Y los resultados?

El tratar a la humanidad, en peso, como ganado vacuno; los sofismas y los delitos inspirados por el mismo demonio.

El resultado es muerte, cáncer, locura, sífilis de «tercer grado»... La Medicina es una enfermedad del carácter. Una lesión del juicio, por deformación profesional y crónica.

Es uno de los neoplasmas del capitalismo. Tiene su mismo materialismo fachendero y su misma incompatibilidad con la historia—en la que no puede haber ya, ahora. La crisis de la Medicina, es la crisis de la sociedad de hoy. Cuando ésta pase, aquella entrará en reforma y conversión.

Pueblo y pensadores raros lo van comprendiendo así. Pero, hay que decirlo en acabando: si la medicina pequeño-burguesa ha contagiado a su público, este exige todavía que se le envenene. *No quiere ser médico de sí mismo*, el público. Ni admite, tampoco, un Único Médico, en el viviente—por el que somos, vivimos, nos movemos y rudamente somos sancionados.

¿Cuál droga, pues, para esa doble (y recíproca) democrática enfermedad?—Una guerra llega: las cosas no podrán seguir así. «Esto» habrá sido una etapa embriológica.

do, médico será mi Señor.» Somos, nosotros, de los Ruiz Toledo (6), de la ciudad de Málaga, patria de Ruiz Pincasso y del gran Gabirol. Tierra de Abel-Gudra—médico, economista, orador, pintor, matemático. De allá salieron, para América, muchos: en América, médico, el doctor Diego Ruiz seniore murió. Muy joven. Y somos de los Méndez Luque, de Granada: otra estirpe de médicos, que culminó en (acaso) el primer periodista médico de España, el profesor de higiene don Rafael Rodríguez Méndez. Su definición de la higiene: «ciencia y arte de conservar y hacer progresar la especie humana». Era terapeuta, pero con clara conciencia de la rivalidad entre Droga y Precepto. Era psiquiatra. Fué uno de los entusiastas de Luis Pasteur con quien se carteaba. Su discurso en «Elogio de Jaime Pi Suñer» es digno de Fontenelle, sencillamente. Sus «Deberes del Gobierno en materia de educación cerebral» sería obra de actualidad, editada que se quisiera intentar hoy. Venimos de familia de médicos, y al *temperamento médico*, a la idiosincrasia, propensión, herencia o como se diga, es a lo primero que con el Hábito socrático del Interrogatorio, atribuimos el chispazo por el que, en la Memoria, llevamos a consignar la solución de un problema con el que en todos nos enseñaron muchísimo. Pero ahí, es que no aprendimos de nadie. De nadie.

La Medicina no es un diploma: en el sentido original de fuerza, la Medicina no es sino una virtud. Todas las religiones (complejo de experiencias mágicas, depotenciadas) os lo dicen.

(6) ESTADO DE CONQUISTA Y LUMPENLOGIK

Una «conquista médica», tipo, es lo siguiente:—En perros, monos, conejos y pobres (hombres pobres) se ensayan «remedios», que, luego, habrán de imponerse y se impondrán. Mediante una réclame desde Academias, eso, que será remedio, se impone al sector ignorante de los ricos. Entonces, los pobres, se desviven por imitar lo que, ya no se ensaya, sino

Las filosofías también. ¿Qué es pensar? En la lucha contra el Tiempo, pensar es *medicarse*. Hay una sola ciencia y forma de Juicio: la Medicina. Mundo es Paniatria. Vida es cronolisis (7).

Frente a esa pura, exacta concepción, ¿qué es la Medicina aun hoy? Mi texto trata de responder, y acaso no me ilusiono demasiado prometiéndooos que efectivamente responde. La Medicina no es ni más ni menos que una enfermedad: por brutalistas (que no materialistas) proceder y procedimientos; por ideas absurdas, risibles, criminosas, defino tan equívoca y avergonzable actividad y ciencia como Enfermedad, en su sentido estricto (8). Y como una de las más graves, hieráticas y

que conquistadoramente se realiza en el sector rico, que puede gastar.— Tal es el círculo vicioso de la primera conquista.

Que, en definitiva, consiste en esto: el pobre sirve de perro, para que el rico pueda curarse con seguridad. Una vez obtenido lo que se desea, el rico es ni más ni menos que un perro de lujo — que el perro roñoso, mutilado, «de experimento», se emperna en imitar. Como quiere *comer de lujo*, así quiere *médico de lujo*.

Pero hay que pagarlo. No puede. Ahí están los hospitales, y, en la continua demanda de mercancía nueva leloterápica, el perro servirá para «otras conquistas de la Medicina».

El pequeño burgués estudiante que va para médico de lujo, tiene que *hacerse la mano*. A él no le conviene equivocarse sino con el que no paga. Que servirá de réclame, inevitablemente, ante el que paga—y viceversa. El rico exige: «prueba tú, primero». Y el pobre suspira por los resultados, una vez que se ha probado ya.

Esta es la historia sintética de Mercurios, Vacunas, Reacciones de Wassermann, Operaciones ovariotómicas y amigdalíticas. «La Medicina progresa a través de una montaña de cadáveres.» Vuelta de espaldas a la naturaleza, asevero que va de conquista en conquista.

Lo único realmente cómico y risible, en estas Tesmoforias de parálisis que conducen a ciegos, es, de veras, *lo profesional* de la augúrica seriedad. La dignidad. La prosopopeya en blusa blanca de los pequeños burgueses — que se encaraman hacia la conquista.

Un paso más, y es la Conquista del Estado. Así el pequeño burgués realiza su ideal más querido, del envenenamiento en vastas masas. ¡Vacuna, revacuna y requetevacuna!

(7) *Represión Mental en Alemania*, passim.
(8) La ley de Vacunación ha equivalido ni más ni menos—que a una declaración de la ley marcial. *Sanatus consultum ultimum*. Después de este atropello al honor, a la libertad y a la vida de los ciudadanos, ya

contagiosas, que a sociedades civiles puedan amenazar y lesionar. El caso de la vacuna es el que—*pathognomonicum*—aquí va desde luego a servirme. En la Crisis de la Exactitud—crisol por el que ha tenido que pasar la misma ciencia tipo de la matemática—, pues en esa saludable Crisis, todavía está en el trono una teología bajo forma de conciliares terapéutica y patología. Una teología que no deja de ser tal sino para devenir psicologomanía—o crueldad degradante de vivisectores. Por lo que actual todavía hoy es el dístico de aquel patólogo exorbitante «barceloní» (el Rusiñol de la medicina: Letamendi):

A la fisiología humana
le falta hombre y le sobra rana.

Pero, *scherzi aparte*: la Iglesia se bambolea hoy ya, la institución se hunde (9). El «*medicus cura te ipsum*» nunca ha sido más actual—pero como promoción de la tesis que aquí voy a poder sostener, a saber: Que, en su conjunto, la Medicina, al grado que ha llegado hoy, es un *migma*—por no decir aún un verdadero caos—, sin Principio ni norte; que es un navegar por el mare tenebrarum, entre terrores hábilmente infundidos y remedios inquisitoriales contra esos provocados terrores; que la ciencia actual de la Medicina no tiene noción—ni noción de lo que habrían de ser sus fundamentales su-

podéis leer historias de matanzas: todas palidecerán. Los asesinatos en masa, de Silla, o de cualquier otro déspota, os parecerán tímidos record del *fascismo*, desde las matanzas ordenadas por el Senado contra Cajo Graco y compañía. Las 16 batallas de Anibal son juegos de soldaditos de plomo. Atila, Gengis, Kublai Kan, y el gran Tamerlán perrijanos practicaba la vacuna inmunizante: pero nosotros. sí. Fuimos más bárbaros que todos los otros. Quisimos el record.

(9) *Science versus Nature*, by Dr. Jesse Merceze Gehman (Health for All, julio, 1934).

puestos: Dolor, Remedio, Enfermedad, Salud, Cuerpo, Juicio, Mente.

Que, en consecuencia, la Medicina está escrita con anfibológica intención y significado—y que, constantemente desorientadora, es una «ciencia de papel», como hubo de definirla el médico de las cabezas coronadas Ernst Schweninger (con Lee, y con Huchard, y con el desengañado Botkin).

Que, con mucha más claridad explicado y dicho todo, mucha parte del *Capítulo de Patología es Terapéutica*, y *Terapéutica es—fehacientemente—Patología*. La Medicina curativa es una enfermedad, hoy. Ayer como hoy.

La Medicina es una ciencia al revés. Una ciencia sin principio. Ciega actividad y arte (10).

Con las panaderías, con las refinerías de azúcar, los estancos, pues las boticas (ya semitransformadas en perfumerías) son expendurías de tóxicos—en la triple enemistad del sol, de la luz y del juicio. Con la fundamental animadversión del cielo y del aire. El médico individualista es el más fuerte colaborador de la conservación de lo injusto, en las agónicas sociedades civiles—entre dos Guerras como merecidas sanciones. En la Crisis de la Exactitud, el médico determinista, bárbaramente materialista, el iatroquímico, el iatorradiólogo, el vacunómano y serodislálico, es un sér acientífico, un sér envenenador, contagiador, vulgar comerciante de pulpas, tumores y huesos. El detalle de la preparación de la Linfa Mulford, bajo el signo de Jenner, es lo que va a servirme.

«Una sociedad se va. Otra se forma. Por eso, guerras: la humanidad es un *proceso embriológico*» (11). Ante la mesa de trabajo del historiador futuro, estarán esas Piezas del Proceso. Pero ya ha empezado, en verdad: es la revisión de los títulos

(10) *Daily Express*, 30 junio 1934, Dr. H. J. Woods.

(11) Cfr. la Conferencia de Gracia (2 enero 32) *La Muerte del Oro y la Guerra del mundo*. Y mi «*Quiebra circular de la Economía*».

a la gloria de una ciencia de papel servida por teólogos de Bizancio y por supersticiosos envenenadores (12).

Las bases para mi texto, están en mi discurso de Bondeno *dell' invidia tra medici*. Y en mi conferencia en el Salón de Actos del «Círculo Hebreo» de Bolonia (1926) sobre *Har Hazofim*. Llegado a esta ciudad, de Barcelona, tras una ausencia de dieciocho y pico de años, los estudiantes me invitaron a hablarles, y dicté una lección (que fué, en substancia, la de Bolonia) sobre «el Ocaso de la Medicina Individualista y la Facultad de Medicina de Jerusalén». Luego, hablé en el mismo sentido, en la Facultad de Farmacia. Y el año pasado (22 de abril) quisieron los Alumnos de Ciencias mi «Interpretación de Einstein»: di la ciencia, en general, como un *aspecto* de la Medicina. Pensar, en general, es medicarse. Tiempo es dolor, y en la lucha contra el Tiempo, vida mental es *cronolisis*. Tal creo: a la Medicina, fáltale base.

¿Qué es la Medicina hoy? Sobre todo, una enfermedad. ¿De qué índole? Mental, en un primer sentido (13). Es una superstición: en seguida. Un negocio inexacto y teologal como tercera fase. Lo *fatal*, de todos modos, habrá sido, esa inmunda experiencia, en el Proceso Embiológico por el que (todavía, apenas, Oligántropo) el hombre llegará a ser hombre. Y el hombre empieza por la cabeza: la Facultad se emperra en que comience por los pies. La *Lógica de los Médicos*, eso será de lo que el texto dará cuenta primeramente.

Curáis. ¿Cómo razonáis? La enfermedad, *voilà l'ennemi*. Perfectamente: ¿cuál es vuestro combate?

4. A estas cuestiones he llegado, no fuera, sinc dentro de la Medicina. He ejercido la profesión mía en tres continen-

(12) WILLIAM R. LUCAS, *Modern Germ Superstition* (1932).
 (13) *Medical science is cold, hart and inelastic* (J. M. GEHMAN).

tes. Vengo de una familia de médicos. He dictado mi Memoria del 20.

Por qué soy heterodoxo: La experiencia me arrancó el velo de la fe. Ojalá (carta certificada, a todos y a ninguno) la obrita halle su destinatario. No quiero tener razón, sino que ella nos tenga a todos, repito, puesto que buena falta ya hace. *Quiero ser convencido de error*, lealmente, si lo hubiere, digo que si en parte o en todo lo hubiere. Y nada más—sino que escribo por una convicción vieja y profunda. Vieja, contrastada. experimental convicción. Una razonada convicción, si en lógica las hay.

Esta es una obra de diagnóstico. Será fácil confutarme, si es que me equivoqué. Vengo, de todos modos, de la Escuela, no de los alrededores.

Vengo de familia de médicos y procedo por saturación. Estoy ciertamente en pecado: pues convertidme. A duradera gratitud me obligaréis, si es que lo lográis.

II

5. Lo primero que llama, hierre, turba la atención, en eso de la Medicina, es la *lógica* sui géneris de quienes la sirven. La Medicina viene de la Magia: eso es sabido. Por el teorema de Frazer, «la ciencia, en general, es la magia adulta; la magia, una ciencia párvula. La razón en pañales». La magia quiere y no puede. La ciencia es precisamente ese poder. *Ut dux*, dice el canciller Francis Bacon, de Verulam, autor del programa de descubrimientos «Atlantis». De modo es que la Medicina viene de la magia: como toda otra cosa, en el pasar a lo civilizado desde lo civilizado salvaje. No hay salvajes in abstracto. Hay una Medicina muy interesante de los salvajes. Pero que muy interesante. Todo está muy bien: pero lo que

llama la atención, es la infantil lógica bajo la que medita—un médico—como la dudosa experiencia lo formó: un médico de hoy.

Es una lógica hecha de *petitiones principii*, de Ignorantia Elenchi, de los más fragorosos «post hoc ergo propter hoc», de los entimemas menos motivados. Lógica de escamoteo en el que el Interés forma un block sólo con la mala fe. La lógica misma de Gorgias de Leontini. La actividad pagada que encendía la sangre al «demonio de Atenas». Y contra la que Heráclito ya (*Polymatheia*) ya se yergue.

El médico no sabe pensar. O piensa con la lógica del mago no llegado al estado adulto. Es lógica, excusad, lógica del asilo de infantes... Lumpenlogik! (14).

Me diréis que se exigen pruebas. Yo voy a proporcionáros-las, en seguida: a ello precisamente voy. Entretanto, permitido sea realizar que las más altas capacidades mentales de todos los tiempos, y en cualquier ángulo de Occidente, se rebelaron, de cruel y aun feroz manera, contra la *forma mentis* misma a la que debe precisamente su estructura la medicina profesional y teórica de hoy. Kant, Goethe, Bonaparte, el gran Federico, tomaron posiciones muy serias contra dicha *forma mentis*. El hecho es ése.

Ya sé lo que me vais a responder: «Bien, sí. Pero, hoy, hoy ya no sería lo mismo. ¡Ante los resultados! La medicina nuestra no es aquella, contra la que esos genios se insurreccionaron. E hicieron bien... Si queréis.»

Yo no quiero nada. Pero nada, absolutamente. Lo que desearía, es que no se cambiaran las cartas, en este juego. Digo que la Rebelión Kantiana contra «su médico», no es, de nin-

(14) Eso puede drásticamente probarse aún en las sesiones de los «psiquiatras». La ignorancia más vergonzosa de la actividad del espíritu, hace de la mayor parte de esos señores una cofradía de legos en la *Philosophie der Geist*. Los Alemanes, en especial, se han ofrecido a sí mismos «comidas de palabras», como decía Shakespeare.

guna manera, rebelión en tal año, y para aquella enfermedad, tratada así o así. No. Kant (en su Carta a su médico, y en todos sus privados diálogos y aun en públicas lecciones en Königsberg) va contra el *concepto* mismo de que una Droga pueda «combatir» lo que, desde siempre, es enfermedad. Enfermedades. Contra eso va aquel gran hombre.

Es lo mismo que pasa con Napoleón I. Lo mismo que ocurre con Wolfgang Goethe.

Franklin, Russell Wallace, Spencer, han insurgido contra Jenner.

Es una insurrección, en general, contra un modo de *discurrir*. El vuestro: el de hoy.

El Juicio, en fin, contra la infantil y selvática lógica por la que os regís. Es eso: a las cosas hay que llamarlas por su nombre.

Pero aclaremos eso un poco: no nos movamos por ahora de ahí. No quiero que pasemos adelante. No puedo en cortesía permitiroslo. Uno de los dos estamos aquí equivocados: o sois vosotros, o soy yo. Pongámonos de acuerdo, lealmente.

6.—Tengo ante todo que convenceros de un error: si lo logro, y en poco tiempo, querré esperar que os decidiréis a ceder y que cederéis.

Ante todo, pues, no es verdad, no lo es de ninguna manera, que la Ciencia Médica, contra la que se levantaron esas grandes representativas mentalidades, fuera una ciencia *diversa* (opuesta, pensáis: pero no lo consigno, eso, para no tener que humillar a poco coste), diversa ciencia, pues, de la de hoy. La Vacuna estaba lanzada. Y excusad si es poco... Las Vitaminas, pues son del año 1731: el año de J. E. Bachstrom.

¿Qué hay de opuesto? Nada. ¿De diverso?

Ha habido adelantos... Nadie os lo niega. Pero adelantos, ¿en el sentido de renunciar a vuestra *forma mentis*?

No, eso nunca. Precisamente contra el concepto de Enfermedad Combatida—y combatida por *maniobras*—quimicomecánicas—contra ese concepto mismo se levantan Kant, Bonaparte, Goethe... Ellos vienen de Montaigne. ¿Y decís que Molière fué ya acallado? No, puesto que Shaw todavía *predica* en la tierra misma en que maldijo nuestra lógica el terrible decano Jonathan Swift (15). En la tierra en que lord Dysard lanza su humillante desafío a los vacunadores, hoy.

Vosotros no habéis leído (sino, si acaso, muy de prisa) a Wolfgang Goethe? Mas, ante todo, quede bien sentado que la ciencia curativa, contra la que Goethe se rebelaba, es (formalmente) la misma, la mismita de hoy: con vacunas y otros menesteres. ¿Estamos? El *similia similibus* ya estaba en marcha, y todos los otros latinajos posibles... En el fondo, hay esto: una Enfermedad (el demonio) contra la que hay que esgrimir un Tratamiento, a base de *curas* por materias, substancias, jugos y electuarios, triacas y elixires... Y esto es lo que no convencia, pero que nada, a las soberanas mentes de Kant, Goethe, Napoleón, Swift antes. Y al desnudador Montaigne. Ayer, fué el «maniático» conde León Tolstoi. Todos, contestes, en rehusar una Lógica de magos, de hechiceros y de infantes (16). Nuestro Quevedo, ídem.

Convenços: es vuestro sofisma de partida—y el atroz error antihumano de llegada—lo que les ofende. Y son enemigos de peso, convenid.

Pero voy a probaros, por un argumento sin réplica, que lo de «estado de la ciencia *diverso*» (omito piadosamente lo de opuesto) carece aún del último sostén en que, acaso, os ilusio-

(15) *Doctors are social cement* (Lord Salisbury). Y han sido llamados un *reasonable and unruly* (Lloyd George).

(16) La Rebelión Plebeya contra la Medicina, en Alemania (Hahn, Rikli) toma una forma *mística* en Francia. La «Natur» se llama Lourdes. Y Charcot, no tiene razón contra Lourdes. Tampoco la tiene Pierre Vachet.

náis que la mala fe declarada se apoye. Ya he citado el papiráceo y despreciativo diagnóstico de Ernst Schweninger: «ciencia de papel», tal es la Medicina, para el práctico Schweninger: ciencia de papel. Igualmente fuertes han sido, contra la terapéutica, Virchow, Huchard, Lee, Billroth, Botkin.

Cuando las voces de que los ídolos son falsos; cuando esas voces salen del templo mismo y de los sacerdotes, ¿en quién, ya, vais a apoyaros? Decidme.

A propósito del Proceso, que en vano se ha silenciado, por la hecatombe de Lübeck (estaba yo entonces en Lugano, Canton Ticino), Friedberger, Abel, Much, el ilustre Uhlenhuth, se lanzaron resueltamente contra el difunto celeberrimo: Calmette (17). Fueron en Lübeck, 253 párvulos inoculados; 244 se enfermaron y 76 murieron. *La Medicina se halla en bancarrota*: eso fué lo que dijo Frey.

A ese D'Frey, en ese Proceso, y por la frase ésa, yo le llamaré un Kant-Goethiano, lo llamaré un Napoleo-Molieriano de hoy. El procede—contra nuestra lógica no emancipada—con la lógica misma inconformista del condenador de la Academia de Lagado: Swift. Con el bélico humor Quevediano.

Es la lucha—no de ahora, ni de ayer—contra una *mentalidad*. Una categoría, ya concretada, contra el concepto mismo de ataque a enfermedades. Contra el modo como tenéis vosotros de entender eso de Enfermedad. La lucha por convenceros de error en la duda (permitida) de que *la Medicina sea una enfermedad* con que afligís a los confiadísimos hombres (18).

(17) Cfr. STUART MOODY, *Backwood Surgery and Medicine*, y DR. SHELTON, *Human Life*.

(18) DE LA HONRADEZ

Médicos honrados (Cruchet y Cautorné): —Si la angina diftérica es grave, impotente es el suero; no grave, el suero sobra.
Médicos honrados (Crouzon y Cristophe, de París): el suero mata.

Eso es. Y ahora, como sea que nos hallamos al comienzo mismo de la acción, no es mi intento que desalojéis la posición vuestra, enseguida, sino que os mantengáis en ella. El procedimiento eclesiástico consistió siempre en acabar con disensiones, que llevan (cuando menos) a la duda, y en invocar, en imponer una fe. Y lo que yo, en cambio, me propongo es que el público siga las vicisitudes de una discusión, que nunca llegó a ultimarse. Como se debe.

Lo digo con toda sinceridad: por el instante, conviene que sigáis en vuestras trece. Conozco algo más resistente que el bronce: la opinión de un sectario.

Por eso, ya he descontado que sigáis en vuestro «partido», pese a todas las razones. A vosotros os quedará siempre la Estadística (o arte de falsificar las cifras, en la drástica definición del cínico Príncipe de Bismarck). En el dominio de la

Los argumentos contra la vacuna, son honradamente generalizables. Aun el simple suero de caballo, dado, por moda, como reconstituyente, *per os* — trastorna hasta dar mortal enfermedad (Ch. Garin, P. Imbert, J. Rousset). — Los argumentos contra una forma de asesinato médico, son honradamente generalizados.

Por una inyección de suero antitetánico moriréis paralíticos (Le-rond). Neuritis, amiotrofias, han sido típicamente descritas por la *clarté française*: André Leri, Escalier, O. Crouzon, P. Delafontaine.—El horror saludable que quisiéramos inspiraros contra la vacunación, tiene que generalizarse.

Cuando la Federación Ibérica de Sociedades Protectoras de Animales y Plantas, Sección de Madrid, consultó a la «Real Sociedad Central de Fomento de las Razas Caninas en España», en torno a la eficacia y conveniencia del empleo del suero antirrábico, la respuesta fué:

«Contraria al empleo del procedimiento, habiéndose comprobado en muchísimos casos que, no solamente no es eficaz, sino que resulta hasta peligroso, habiéndose comprobado en muchísimos casos que, perros inoculados por el sistema, no solamente no quedaron inmunes, sino que han adquirido la terrible enfermedad».

La respuesta, fué esa. — Hay que generalizar. Debe generalizarse. Si crees que, caído Jenner, deben continuar los epígonos, digo que eso, no siendo en absoluto lógico, no es de ninguna manera honradez.

La persistencia de los yerros médicos, no es sino una enfermedad del carácter. Vacunar es asesinar; ignorarlo, culpa deshonorosa y crimen. La bacteriología es una enfermedad del carácter.

Aritmética dirigida, lo reconozco: hay que daros por fuerza la palma, pues nunca el descaro se alió más cordialmente con la ignorancia para nombrar a los sofistas vencedores.

Eso de la *Aritmética dirigida* es una de vuestras fuertes debilidades. Y el mecanismo de vuestra lógica se hace manifiesto, ahí, de una vez para siempre. No sé si la Medicina está (ya) en bancarrota: lo que sé es que, con sólo dejaros razonar, vosotros mismos os desenmascaráis. No puede ya esconderse: es la crisis.

Tomemos en seguida la cuestión bajo esa fase. Y dejémosnos por el momento de filósofos descontentadizos y de iatróforos emperadores. Vuestra ciencia es la misma, en el fondo, que aquella contra la que se rebelaron los Kant, los Goethe y los Bonaparte. Pero vosotros nos remitís urgentemente a los resultados...

Eso es muy justo. Vengan tablas y números. ¿Mejor razonaréis?

Nada prejuizo: vamos a los resultados numéricos, cual deseáis.

7.—Nuestra Medicina está ya muy agrietada: el peso aritmético de los resultados es lo que la va a derrumbar. Preveo: ¿Qué pensarían Goethe, Kant y Napoleón, de la Estadística hecha ex profeso para sostener el Suero Behring? ¿Los Institutos antirrábicos? ¿La vacuna preventiva contra el tifus, la tuberculosis? ¿La vacuna jenneriana?

Pues, nada. Que se convencerían. Que tendrían que callarse...

A vosotros no os cabe duda de eso. Pues bien, a mí sí. Vuestros números forman parte constitucional de vuestro aparato lógico, y ellos no son más fuertes que vuestras razones.

Vuestras estadísticas son como las indulgencias plenarias: un mero cálculo probabilista hecho pasar por verdades de fe.

Es Aritmética dirigida: ciencia compulsadora de intereses filantrópico-mercantiles.

No quiero más, por el momento, que un ejemplo: y ese sea el caso de la gripe de 1918. Está demostrado que, viniendo a faltar sanitarios en la ciudad de Nueva York, muchos atacados se curaron por sí mismos y sin recurso alguno de botica. En los hospitalizados, por gripe, esa mortalidad subió hasta el 60 por 100 en Nueva York. Ahí la Aritmética dirigida es operación que no se cumple en la medida de los intereses.

Pero la Aritmética dirigida es, de todas suertes, una de las fases de la *Dialectica medicorum pessima*. La falsificación se reforzó (a toda máquina) con la cuestión del suero Behring. Vamos a tratar de eso.

«La Medicina es una especulación superficial y un curanderismo manifiesto» (Virchow). Os recomiendo, en tanto, esa frase del fundador de la Patología celular, como *addendum* a la «ciencia de papel», de Ernest Schweningen. Y vamos a lo de la Aritmética dirigida diftérica, efectivamente.

El descubrimiento del suero adviene en 1895. La mortalidad por difteria (se había comprobado desde 1889) estaba ya en descenso. Las epidemias tienen eso: que nacen, progresan, reposan (19). Tienen, como toda manifestación vital—y lo son

(19) MIS ATENUANTES

Para (1.º) salvar el honor de la medicina alemana, tan duramente tratada en mi texto, y (2.º) para hacer ver que, en general, el Estado de Conversión (Teshubah) no data de ahora, a mi discípula María Gracia dicto algunas Confesiones de ilustres sanitarios de la Alemania Kaiserista: DR. MÉD. GREGORI: «Señores, 99 de cada 100 observaciones médicas no son sino mentiras; en tanto que las teorías médicas, no son sino disparates».

DR. MÉD. FRANKE: «La policía inspecciona el ejercicio de la medicina, mientras que en las casas donde hay enfermos se cuentan por millares las víctimas».

DR. MÉD. BASCH: «Nosotros no hemos hecho más que aumentar las enfermedades, y hacerlas más mortíferas».

—pues tienen, digo, inicios o digamos período de ascenso y de declinación y cese. La difteria decaía, y sobreviene, la seroterapia a la Roux-Behring.

Fíjense: para cada 100 casos, en 1889 murieron 40 por difteria. En 1890, murieron 33. Y así: 1891 = 30; 1892 = 28; 1893 = 30; 1894 = 29...

¡1895! Suero: la mortalidad fué del 20%. Y así: 1896 = 20; 1897 = 17; 1898 = 15; 1899 = 14; 1900 = 12.

¿Esas cifras (prescindiendo de Behring) no indican, de por sí, caída de la infección? Luego atribuir virtud al suero es, en plata (e introduciendo una causa fantástica) caer en el sofisma: *post hoc ergo propter hoc*. Mas, desde Edward Jenner, eso es el pan nuestro de cada día. *Dialectica Medicorum*.

Los matemáticos ya han renunciado a la *teleología*, substituyendo la «causa» por la «función». La Medicina curativa está todavía debatiéndose con las Causas. La ordinaria Medicina funciona con una lógica que, en sí, es *deficientia mentis*. Lógica de hechiceros y de infantiles.

He dejado, por lo demás, que se dirija arbitrariamente la Aritmética. La verdad es que la defunción por difteria aumenta, en París, en el período 96-1900; y en Berlín está perfectamente establecido que, en la misma época, la mortalidad cubrió del 12 al 17%. A pesar de Behring.

PROF. DR. WUNDERLICH: «Agradeceríamos a cualquier patán, o cualquiera bruja, que nos procurara un medicamento que curara verdaderamente, pues nosotros, médicos, no poseemos ninguno».

Fuerte será lo que hemos dicho en nuestro texto; pero estamos bien acompañados. Latente, y pública, fué siempre la Protesta de los Médicos contra la Medicina, en Alemania. — Y, eso, para mí, es de más enjundia que el discurso de Queraltó contra los tuberculinizadores, y que «todo Veresaief». En este último sanitario, se ve todavía «devoción» por los métodos de una ciencia, que debe condenarse, en masa, prescindiendo de los individuos que la sirven. Tengo mis atenuantes para invertir los términos, y para decir, no qué malos son los médicos. Sino qué malo es el arte de brujería que enseñan a respetar y del que viven.

III

8.—La oposición de Kant contra su médico, está fundada en que el Arte de las drogas abusivamente se substituye al valor humano en la lucha contra las enfermedades.

Esa rebelión no fué inútil. No le han faltado adeptos a ese intrépido carácter. Yo he tenido en las manos, durante mi ejercicio en Italia, un buen librito (un poco enfático, como de segunda mano ; pero bueno) titulado *Il Coraggio nelle malattie*, por un médico de Verona del primer tercio del siglo XIX. Era la rebelión que cundía. La actitud de Goethe es muy semejante.

Goethe cuenta de una «fiebre infectiva y muy contagiosa —que padeció él—, fiebre *vencida por la voluntad*». Y ese gran carácter se rebela contra el Miedo, el Temor que el arte de drogas propaga y el médico difunde.

Exactamente lo mismo que hoy dice Hermann contra Hebra : que la sífilis es una enfermedad producida terrorística, hidrargíricamente (o arsenicalmente) por la Medicina curativa. *La Medicina es una enfermedad : morbosa lógica que induce a nociva acción* (21).

(21) NUEVAMENTE CITADO A DEPONER, COMO TESTIGO,
EL APOSTATA ANTIPREPASTEURIANO, DR. BIGEL,
DE STRASSBURG

«No nos hagamos por más tiempo ciegos al origen de miles de inco-
modidades, que desfiguran la especie humana. El hombre es física y
»moralmente el autor de sus propios males.»
Si lo creéis en conciencia, Bigel, jurad.—Por el JURAMENTO DE BIGEL,
malhechóramente entusiasta de las curas operada en Graefenberg, queda
destruido el «Momento Newtoniano» de Louis Pasteur. En el futuro pro-
ceso contra el Microbio, se habrá de reconocer un día que ya estaba iden-
tificado el criminal.

La Bacteriología es una enfermedad del Carácter.

Lo de Bonaparte ya es menos «kantiano»: el corso es más instintivo, más hombre de arranque... Pero ha expresado su temor en términos insuperables: «Yo he presenciado impávido las batallas más sangrientas. Las granadas han estallado a los pies de mi caballo, y yo, impasible. Pero, lo reconozco, me pongo a temblar ante una píldora»; dice una cosa así. La Medicina es una defectuosa manera de pensar, que inspira intervenciones temibles. Para el Emperador, en definitiva, la Medicina es una *furiosa enfermedad* (22).

Hay un terrorismo terapéutico, y la era de las sangrías no se ha cerrado, no: por Salud del Estado, se intoxica sin compasión alguna a las gentes aun hoy.

Tal es la situación. Es mentalidad medioeval. Mentalidad de hechicero y curandero. Mentalidad mágica que no ha llegado a madurez—mentalidad de cruel y descorazonado infante que juega a enfermos y envenenados. Luego despanzurra el cadáver—que con esa mentalidad misma fabricó—y se pone a reclamarle el secreto de una vida, que mutuamente desconocen. Tal es la situación (23).

(22) En la epidemia de viruela de Gloucester (1806), atentamente seguida por el Dr. W. R. Hadwell, hubo 400 defunciones en 200.000 casos.—Estaban vacunados. ¿De qué sirve la vacunación?

Pero el destino patológico de las 200.000—400, ¿qué destino fué? Siempre, los médicos, plantamos las epidemias cuando parece que cesaron. La estadística no conoce sino la aritmética. Una criptopatología se afirma, a pesar de esos números. Acaso, los 400 muertos de Gloucester, fueron los más afortunados. Una maleficencia humanitaria guía nuestros pequeños o nuestros grandes pasos.

(23) En 1882, se abolió en Suiza (cantón de Basilea) la vacunación obligatoria. Entonces disminuyó la mortalidad infantil (BRUCKNER).

En Zurich, en ese mismo año, y bajo la vacunación obligatoria, murieron de crup y difteria 390 criaturas. A los dos años, se abolió la vacunación en Zurich: murieron de difteria y crup 177 (DR. CRUWELL). Luego 213 criaturas, ¿pueden relacionarse con la práctica incriminada? Queda la duda. Pero, por cuantas evidencias ya emergen, la duda se acaba.—Vacunar es asesinar. Es batir en brecha las infantiles reacciones antimorbosas.

Acordaos de los niños de Zurich, antes de vacunar.

9.—El error de los médicos, es un Permanentismo patológico—junto con un dispersionismo (*varias enfermedades: «casos»*). Por una parte, la Enfermedad es una Entidad, fija, invariada, «lo maligno» que hay que atacar. Matar, sea como sea. Y, por otra parte, esa Entidad se fracciona; llena capítulos de «Patología» como departamentos incommunicables.

Es mentalidad de hechicero. Pereza de pensar *modernamente*. En un mundo hecho, ya, de Física como Ritmología; ante unas «Leyes de la Naturaleza» ya declaradas caducadas, absorbidas en un solo Cálculo de probabilidades; en plena Crisis de la Exactitud, el médico se conserva todavía determinista, materialista, fatalista... Y, en su Permanentismo feroz, exorciza *lo fijo*: la Entidad enfermedades. La Medicina no sabe pensar. No, no sabe pensar todavía hoy. Y estamos, con esta Medicina, y respecto a otra—que tiene que surgir y surgir—como estaba la alquimia respecto a una química futura; como la astrología judiciaria respecto a la futura Astrología de Kepler.

Esta será llamada acaso época de la latropatía. Por sus terrores inmotivados y por sus errores que devienen propiamente crímenes, la Medicina es, ya debe decirse, una enfermedad que vino a afligir a Europa—y que de aquí se propagó. *Una furiosa enfermedad*, que ha contagiado a la totalidad de las gentes. Típico, entre todos los casos, será el relato algo circunstanciado de la gran falacia jennericiana. De lo que el lector mismo, por poco que esté atento, acabará por llamar el increíble crimen de Edward Jenner (24).

Es verdaderamente el Proceso de la Vacuna, el documen-

(24) Es tal el peso de razones contra la inmundia, contradictoriamente (1.º) inútil y (2.º) nociva superstición jennericiana, que, a pesar de lo mecánico del rito y lo automático de la fe, no creo que haya vacunista que no haya pasado por *tentaciones*. Verdaderas y propias. Pero esas tentaciones se vencen porque, como decía el feroz amante de Mme. de La Fayette, «Dios nos ha dado muchas fuerzas para soportar los males... de los otros». En

to revelador de tan funesta *forma mentis*. El libro «The case against vaccination» (Dr. W. R. Hadwen) está escrito, y la Antivaccination League funciona en el país mismo de Jenner. Los españoles se están insurreccionando todos los días: ¿por qué no se insurreccionan contra la Salud de Estado y contra la bárbara imposición de obligatoriamente vacunarles? La medicina es una enfermedad. Jenner es un malhechor de Europa y de América, Asia, Oceanía, Africa. Jenner empezó tuberculizando a sus niños sujetos del experimento. Eso, directamente, se sabe. De indirecto modo, la inexplicable ocurrencia jenneriana ha dado a la humanidad, a más del regalo atroz de una *infección mantenida latente*, y por obra de la vacuna; pues, a más de eso, la encefalitis vacunal, la sífilis, el cáncer. El, Jenner, con los sifilópatas, figura en la historia médica como uno de los terroristas más funestos que, guiados por una dialéctica infantil, llegaron a los más vastos y cobardes crímenes (25).

eso, les pasa a los vacunistas como a uno que tenga una Expendeduría de tabacos, que de ello viva—y que sepa, con seguridad, que fumar es envenenarse. El no fumará (si es tan fuerte) pero seguirá amorosamente vendiendo tabaco. El Dr. Samuel Bernheim, director de un Instituto Vacunal, ha confesado así *Les méfaits de la vaccination*: «Los antivacunistas tienen un poquito de razón»...

Pero, como no es sino un poquito, se sigue, pues, asesinando.

(25) MIS ATENUANTES

A veces se me ha ocurrido la idea de buscar atenuantes, para el título de un libro. Pero:

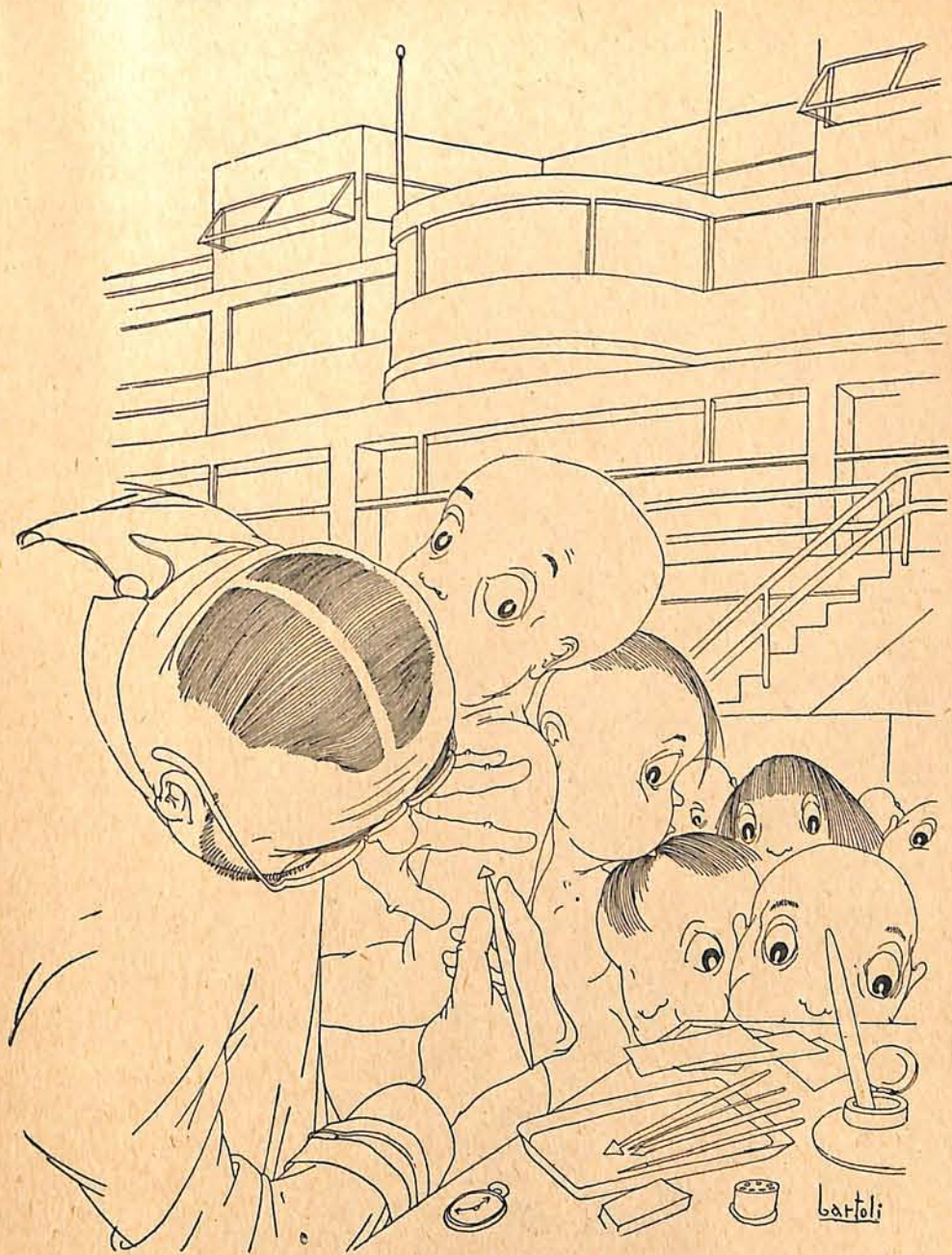
«Que esa grosera superstición, sin base, de un siglo anticientífico, sea completamente demolida!» (RUSSELL WALLACE.)

«Suponer que la vacuna cambia la constitución orgánica en relación a la viruela, y no produce ninguna modificación, es pura demencia.» (H. SPENCER.)

«La vacunación es un engaño; su imposición, bajo sanción penal, es un crimen» (también WALLACE).

«La teoría del poder preservativo de la vacuna es una diadema de errores, falsas conclusiones, supersticiones y equívocas interpretaciones» (DR. SCHREIBER).

«La vacunación es una empresa estúpida cuando no se conocen los



La acusación es muy grave, y la voy a justificar. En nuestro país, sumamente ya conviene. Lo sé.

IV

10. La vacunación es un dogma ya derruido: todavía tiene sus adherentes. La vacunación es una bárbara práctica, inspirada en un rural y detestable sofisma. La vacunación es un envenenamiento y degradación de la especie humana, que vivió y padeció bajo ese dogma. Ha hecho más víctimas que la fe en la Encarnación del Verbo, o que la doctrina de la comunión bajo las dos especies. Ha equivalido a un Santo Oficio en sesión permanente. Ha sido como una guerra, una larga guerra, una serie de guerras (continúa la acción), serie que

peligros; es un delito, cuando los peligros se conocen» (DR. HARTMANN).

Estamos en buena compañía. En virtud de ello; en fuerza de todos los datos, acumulados en mi texto, y de estas alarmas, por Hojas, ¿*vacunariáis*? «Pro forma».

Entonces sois unos hipócritas. ¿Dudáis, y por eso vacunáis? Pero no hay dudas: son hechos. Crimen es vuestra hipocresía, y oriminal vuestra ignorancia.

O es que «no queréis saber». Entonces, meteos a curas de la India, a «fellahs», a servidores de la magia negra en Tantras.

«La vacuna es una maldición, no solamente para la actual, sino para las futuras generaciones» (DR. SQUIRREL). Si fuí duro, mirad cuántas atenuantes tenemos.

Pero no hay que esperar gran resultado, si se interponen los intereses de los *petits bourgeois*.—Antes que la verdad, sienten el orgullo. Por eso son, todavía!, vacunistas. Hay que *sentir la verdad con orgullo*, no hay otra vía de salvación.

De modo es que la Campaña contra la Vacuna es una acción por la pública lógica y moralidad. Toda campaña, en particular, contra la Vacuna, se universaliza como campaña contra la Hipocresía, el sofista, el impostor—en ése, o en cualquiera otro terreno.

El Antijennerismo, es una especie de *gimnasia*, en sí, para desintoxicarnos. Para el recto seguir un razonamiento.

Todo texto contra la vacunación, es una Antropagogía, concretada y universalizada *ipso facto*.—Hay que enseñar a discurrir. Eso es todo.

no acabará hasta que la humanidad enteramente se despierte y se rebele.

Este es un libro para enseñar a diagnosticar el lúcido delirio de hechiceros universitarios bajo el aspecto de Lógica usual de médicos. Mi libro tiene por misión el estudio del mecanismo de esa lógica, y aquí la Vacunación me sirve de paradigma típico y antonomástico. No voy a poder entrar en lo vivo del Proceso contra Edward Jenner y sus secuaces. Por lo demás, ya está fallado. El jennerismo es, en sí, toda una patología. *La vacunación es una enfermedad*. La mentalidad vacunista, ya de por sí una grave, gravísima, una funesta afección. Jenner es un atentado contra la salud e integridad de la humanidad en sus niños. De lo mejor de una nación en sus soldados...

Un Gobierno tan cuidadoso de la higiene de sus administrados, como el Gobierno de Holanda, tuvo que *suspender*—por un período de tres años—la vacunación de sus niños, ante las irrefutadas objeciones de los prácticos más conscientes, horrorizados ante los casos de encefalitis vacunal. Y de otros casos. A Prusia no le sirvió de nada su Ley de Vacunación, puesto que, en pos de la guerra del 70, contra Francia, vió diezmada, por viruela negra, a su población vacunada. Uno de los países más escrupulosos, en lo de vacunar por obligación a todo el mundo, ha sido el Imperio del Sol Naciente, genial mimetista de todo aquello que procede de donde se pone el sol. Pues bien, el Japón no ha visto disminuir sus epidemias de viruela, en atroces períodos en los que la Iglesia dogmática vacunomanista nada tenía que decir, y se cruzaba de brazos... ¡Qué hacer!

La vacunación es inútil. La Epidemia sigue su ciclo—y se desentiende (aparte la limpieza) de las suciedades que en la sangre inocente humana «inoculan» los médicos hechiceros. ¡Tiene en cuenta esas suciedades, al contrario! *Cuenta con*

ellas, la Epidemia, y así se mantiene latente, en los diversos suelos de Europa, un flagelo—que, como la peste y el cólera, como la lepra, iba ya pasando. Pero la vacunación fué... ¿Comprendéis? En esta sección precisa, no cabe duda ninguna, ni hay nadie que pueda racionalmente negarlo hoy: la Medicina en general es una enfermedad. Su síntoma más conspicuo, Jenner (26).

La vacunación no os salva de la viruela, que hace su curso en el individuo, y (considerada como individuo) en la comunidad. Tal como dije a propósito de Behring. No hay tal combate victorioso de la viruela por la vacuna. Eso es una sagrada mentira. Por otra parte, con la sucia práctica de la vacunación os inoculáis... la muerte. O rápida y ejecutiva, o bien lenta e insidiosa. Cáncer y sífilis van en aumento en una sociedad que se vacuna. Eso está registrado. Y la lista de grandes y pequeños males va—ya se sabe; está clínicamente establecido—desde el eczema vaccinalis hasta la encefalitis que el honesto y valiente Dr. F. R. van B. Bastiaanse, de la Haya, no dudó en públicamente atribuir a la suciedad ignominiosa y degradante de una práctica terapéutica deshumana. La Medicina es una enfermedad.

11.—Una enfermedad, que empieza por el juicio. Una

(26) Los llamados gérmenes morbígenos (?) nada tienen que hacer en una Economía limpia y en marcha. La suciedad, se propagaría por el mundo, si—mentalidad de Purificadores—nos secundara la Naturaleza. Ella limpia, y tiene sus Agentes. Son los «microbios», ¡y nosotros los queremos matar!

Taparíamos el Vesubio, con una tabla de bronce, si se pudiera. Dispararíamos contra el *lapillo*. Puede ser que, cuando lo de Pompeia, cayese en el arbitrio, un esclavo, de dardear los copos de ceniza (uno por uno) que iban sepultando a la sibarítica y terremotada, linda pequeña ciudad.—Pues así funcionamos nosotros. Mirad qué bonita medicina ejercemos.

enfermedad, ante todo, en el poder coordinador del razonamiento (27).

Los alemanes llaman a esos defectos o excesos de pensar—que a veces son incluso aciertos—Gedankexperiment. Los lógicos ingleses, con más fuerza, *suicidal propositions*, proposiciones de suicida... Recuerdo haber traducido yo, cuando era estudiante, y para la veterana «Gaceta Médica Catalana», un artículo (de Marandon de Montyel) sobre los «suicidadores». *Les Suicidateurs*.

Jenner habrá sido, pues, eso: un suicidador del género humano. El nombre de Jenner merece figurar en la lista de los tiranos de Sicilia que inventaron el tormento de «la panza enrojada del toro de Falaris»—tormento ante el que sonreía impasible el solo Epicuro, verdadero médico. Es nombre el de Jenner, como para figurar en la lista de los que mataron a los Albigenses y fundaron la institución del Santo Oficio. Se ha dicho, de Broussais, que hizo derramar más sangre que Napoleón. Siempre una generación médica se burla y se horroriza de los papás que «no supieron lo que quería decir curar»... Pues el vacunismo habrá sido peor, mucho peor que la sangría. Jenner ya pasa: ¡pero qué crepúsculo más largo!

(27) La legislación sobre la Vacuna es tan inicua, que rebaja una nación a colonia—a un nivel todavía más bajo. La catequización es autorizada, no impuesta, dice el mismo legislador del Paraguay, que aplicará la ley de 1850 al misionero que *se quiera imponer*; y ese mismo legislador conocerá un género especial de misioneros, que se imponen: los vacunadores jennéricos. La vacuna equivale a un «Pogrom silencioso»...

¡Pero no tan silencioso! Me explican, madres de Barcelona, que, en tan alegre ciudad, empleados del Municipio las detuvieron, por las calles, en las lecherías, en las tiendas, adonde iban acompañando a sus nenes—y, a la pregunta: «¿Está vacunado?», seguía la ejecución de hacerlo, al día siguiente. «En tal dispensario».

Es la caza del hereje, por las calles. Estamos en los tiempos de San Vicente Ferrer, «catalán de Valencia». Entre carnes, embutidos, *purrans*, vacuna, la Administración quiere sin duda reducir a tribu subcolonial una ciudad que se engrió tanto. Y que tantas atrocidades tiene sobre la silícea conciencia púnico-almogavática.

¿Y por qué? Cuando se trata honestamente de responder a esa pregunta, lo que en seguida se le ocurre a uno (aparte la diagnosis general de *Dialectica Medicorum pessima*) no es otra cosa que la Cuestión de Intereses. En su mercantilismo filantrópico, y una vez que se pasó por el sofisma de que la vacuna es la viruela; por el sofisma de que, iniciada que fué la práctica (causa) se produjo la disminución (efecto) de la epidemia, pues la Iglesia montó un negocio. Fué eso, como la Cuestión de Suez. *Medicina es terrorista dolencia interesada*.

Beneficium suprema lex esto. Jenner era habilísimo hombre en lo de ayudar a vivir a sus semejantes, pidiendo para sí pensiones a un alucinado Parlamento.

A mí me interesa la cuestión de la vacunación en sus relaciones, sobre todo, con la Medicina, como mentalidad. A mi texto, lo que interesa es el *funcionamiento de la mente inglesa*, en tal época, bajo tales y cuales sicofantes, que hallaron, al fin, un dogma, y que lo impusieron. De Jenner se pasa a Pasteur: la culpa de enfermarse, no es del hombre. Todo el capítulo de culpas se transmite—en cuenta corriente de una banca siempre en riesgo de la bancarrota—del hombre al virus. Del virus al «microbio».

Mucho virus y poco vir. La decadencia irremediable de la filosofía en Europa, en la época industrial, corre parejas con la ausencia de virilidad para pensar una Medicina como Lógica (28). Una Medicina presentable, en el curso de las demás

(28) EL BRUTALISMO COMO METODO

1.—Nosotros, médicos, no somos ni materialistas. Somos brutalistas. El materialismo es un método. Nosotros precedemos sempiternamente por disonantes y groseros paralogismos. Nosotros no tenemos método alguno. *La Medicina, ciencia de la vida, no ha hallado aún su método exacto*. Nosotros no somos materialistas, sino brutalistas, porque el materialismo es una sensibilidad. Y ninguna sensibilidad (Epicuro) sin juicio. Ningún juicio sin ley, método. Nosotros no, no tenemos sensibilidad. O, si no, a ver los frutos.

ciencias, definitivamente purgadas de hechicería, cruentos sofismas y párvulas operaciones de magia. Así vemos una medicina que vuelve a Eros, en el poema permanentista de Freud-Empédokles. Y que vuelve a lo del virus y la *inoculatio*—con toda la superstición oriental. No nos movamos de nuestro Edward Jenner.

12. Inoculación. A no pocos estudiantes de medicina convendría saber lo que significa la palabra esa. Es muy urgente que un sabio sepa las palabras de magia, y de qué ideas primitivas son vehículos esas palabras.—La idea de inoculación, es bárbara.

Inocular... Inoculo. La práctica es hindú. En la India, una de las patrias de la viruela negra, la población se variolizaba. Similia similibus curantur... Era, y es, una práctica mágica bajo el signo de la reconciliación. India tiene una diosa de la viruela negra: Matah. En ella adora. A ella teme, y hay por qué. En las grandes epidemias, India se reconcilia con Matah: ¿cómo?

Por inoculación. Y, entre los ojos, *in oculo*, el hindú se varioliza. Práctica muy extendida entre las poblaciones de Oriente. La vacunización, es precedida de la variolización. Con las materias mismas hediondas, procedentes del hombre afecto de viruela negra, los Orientales (Persia, China, la India de los Brahmanes, la Turquía precedente a Mustafá Ke-

2.—Pero nosotros nos hemos venido emperrando en lo imposible: en imponer un método del brutalismo, un bruta'ismo (de idea y conato, acción y propósito) como método. Esa *contradictio in adjectis* condujo a nuestra Conquista del Estado. La vacunación obligatoria fué. Se rebeló la naturaleza, nos expulsó de su seno. Todo el oprobio de la lógica ultrajada cayó rudamente sobre nosotros.

3.—Nosotros somos bien curiosas y excepcionales criaturas: vivimos fuera de la Naturaleza. Fuera de la Naturaleza del Juicio: no hay otra naturaleza.

Nuestra vergonzosa acción y doctrina es una innatural brutalidad.

mal Pachá) voluntariamente se contagiaban. Y, en India, propiamente, se *inoculaban* (in oculo). La parte fué tomada por el todo, y he ahí el bárbaro arranque de la práctica de la inoculación. Estamos en la Era—que va cerrándose, pero ¡qué cuesta!—de la mentalidad médica primitiva. Epoca de tránsito, en la que la Medicina no tiene ya el arranque del instinto—y todavía no es, propiamente, razón. La Edad Media continúa.

Hufeland—de Kantiana memoria—fué el que orientalizó a la infeliz Alemania, a comenzar, en verdad, por la Turingia. Pero el médico de Kant y del emperador Federico Guillermo III, no hizo sino copiar lo que ya se practicaba en Francia, desde el principio del setecientos... ¡Y pensaban Leibniz, Huygens, Newton! La ciencia seguía por un camino, la Medicina por otro. La ciencia no será ya nunca una Medicina hasta que incida la Reconciliación. Este es un balandro que perdió, por no se sabe qué destino, timón, brújula. Los resultados de Hufeland, en Turingia, fueron sencillamente horribles.

Como los de la inoculación Jenneriana, en Prusia, siglo y medio después.

¿Influyó el experimento en la actitud antiterapéutica de Kant?

La «fiebre infecciosa y muy contagiosa», que padeció Goethe, y que curó como se dijo, viene sin duda de la *Matanza de Turingia* (29).

(29) Cuando van al asalto, a la bayoneta, les dan rhum, ajenjo, cognac. En previsión de ese día de suprema *Ebrietas*, y para facilitarla, los vacunan. Los *pusifican*. Los drogan. Así salvan a la patria, desde niños: un estado de narcosis que consienta al glucosio ser quemado para mucho rendir, en músculos *vigilados*.—Ni más ni menos que como una domesticación.

Ths. Hobbes no había previsto esto, en el «Leviathan», y se quedaría sorprendido. Mas ¡qué sorpresa para el decano Swift! Y para Quevedo.

13.—Por criminal empiria y mimesis de la oriental superstición e ignorancia, la inoculación Hufelandiana produjo a centenares los fallecimientos. ¿Qué era entonces la inoculación? La variolización. A la persa, a la hindú, a la turca. La variolización es el atrio de la vacunación... L'appetit vient en mangeant.

Pero la ciencia médica de entonces (que no es *diversa*, no digo opuesta; digo diversa, *esencialmente* diversa de la de ahora) se hallaba ante una Responsabilidad sin atenuantes, de la que tenía que dar cuenta ante su engañado público. Y en seguida. Entonces el gran Hufeland *dirigió la Aritmética*. Y tenía por qué: contra los remordimientos, todo sabio director de estadísticas, no conoce otro opio que las columnas de números. Acalla su conciencia así. Ahora, como entonces. Y mañana mismo como ahora, hasta que no incida la sublevación de la vejada razón pública.

El ultraje era inexcusable. Como ha pasado en Holanda, con el lío de lo de la encefalitis vacunal, así sucedió en toda la Alemania inoculizada (in oculo) por el gran ciego Hufeland. Y es esto: que, ante la diosa Matah, Icono de la viruela negra, cualquier fallecimiento se comprende. Los primitivos pueden inocularse al infinito: la negra divinidad exige víctimas. ¿Pero y cuándo, no Matah, sino la Razón medicatriz promete que ha de curar y curará, a su público? ¿Que lo prevendrá?

En ese *impasse* está todavía la Medicina. Ni es magia, ni es ciencia Kepleriana. Ni rito, ni cálculo... Se está siempre *ultimando* la Medicina. Y siempre mata... No; fijaos: la práctica de la variolización, introdujo necesariamente la virue-

Jenner realiza un programa de fiestas, en el orden de ideas del que pensaba que superiores a los hombres civiles son los caballos.

Esto es un Circo, y los ejercicios son peligrosos: todo consiste en realizar los números en un grado de borrachera prudencial. Tal es el Estado.

la en regiones que nunca la habían conocido. Y la práctica Jenneriana ha mantenido, y mantiene, latente una Epidemia, que, como la peste, el cólera morbo asiático, la lepra, ya de Europa (en la que nunca estuvo sino de paso) decididamente se despedía. La Medicina es una enfermedad. Ella empieza por el raciocinio.

Entonces, el médico de Kant se defendió. Manejó la ciencia matemática interesada que yo he venido llamando aquí (en pos del libro *Represión Mental en Alemania*) Aritmética Dirigida.

Y he aquí cómo. Sencilísimo: he dicho ya que las defunciones por variolización adquirieron las proporciones mismas de una hecatombe. ¿Cómo no se murió de dolor el sabio práctico Hufeland? «Porque sólo el 30 % de las personas inoculadas fueron violentamente expulsadas de este mundo». Nada más que el 30 %. Se trataba de premunirlas contra la viruela negra. ¿Y si hubiera estallado sin la maniobra?... Ese es el necesitado supuesto. Pues fijaos, si en Turingia hubiera estallado una epidemia de viruela negra, las víctimas habrían alcanzado la proporción del 50, del 60 %... de modo es, que la mitad.

Rezad por el salvador.

Ante ese caso de memez, de dislalia noológica, de cínica y fría predisposición al crimen, se comprende todo lo que luego ha sucedido. *La rebelión de Kant y Goethe no es contra una ciencia diversa*. Hufeland ha dirigido la Ciencia numérica, con ejemplaridad que tenía que servir de norma a todos los suicidadores que—hasta el día—nos reservaron los pacientes siglos (30).

(30) Hay esta contradicción doble, en nuestras relaciones con los niños: pues

(1.º) por una parte, les buscamos escuelas y nos apesadumbramos porque el analfatismo no se combate. Pero, con el Kindergarten, edificamos Institutos vacuno-séricos. Damos aire, instrucción, alimento—y Pus.

Un razonamiento así, ¿sería tolerado en trigonometría? Pues a eso se le debe ya llamar por su nombre: eso es un error por culpa. Un error por eclipse de la conciencia moral. *La Medicina es el campo en que demostramos que todo error es culpa infamante.* El hombre empieza por la cabeza, y ¡no hay que equivocarse! Las bestias no «se equivocan». Ellas siguen la *Vis Naturae Medicatrix*, y nosotros debemos conducirnos bajo la *Vis Rationis*, o mejor dicho todavía *VIS IUDICII MEDICATRIX*. Demasiado duró la Tradición Hipocrática. Demasiado se rebelaron contra Hipócrates. Ahora, hay que superarlos a todos, a tirios y troyanos. Hacer una ciencia de lo que fué una dolencia: tal es el asunto de hoy.

La insurrección de Kant, y la de Goethe, fué todavía bastante tímida. Tímida, cuanto al *fundamento*. No tímida, heroica, al contrario, por el *carácter* con que, en nombre del «Valor», se opusieron a la deshumana enfermedad de la Medicina de entonces. Que es la de ahora, en substancia: la misma. Dada una enfermedad, «atacarla». Como al demonio.

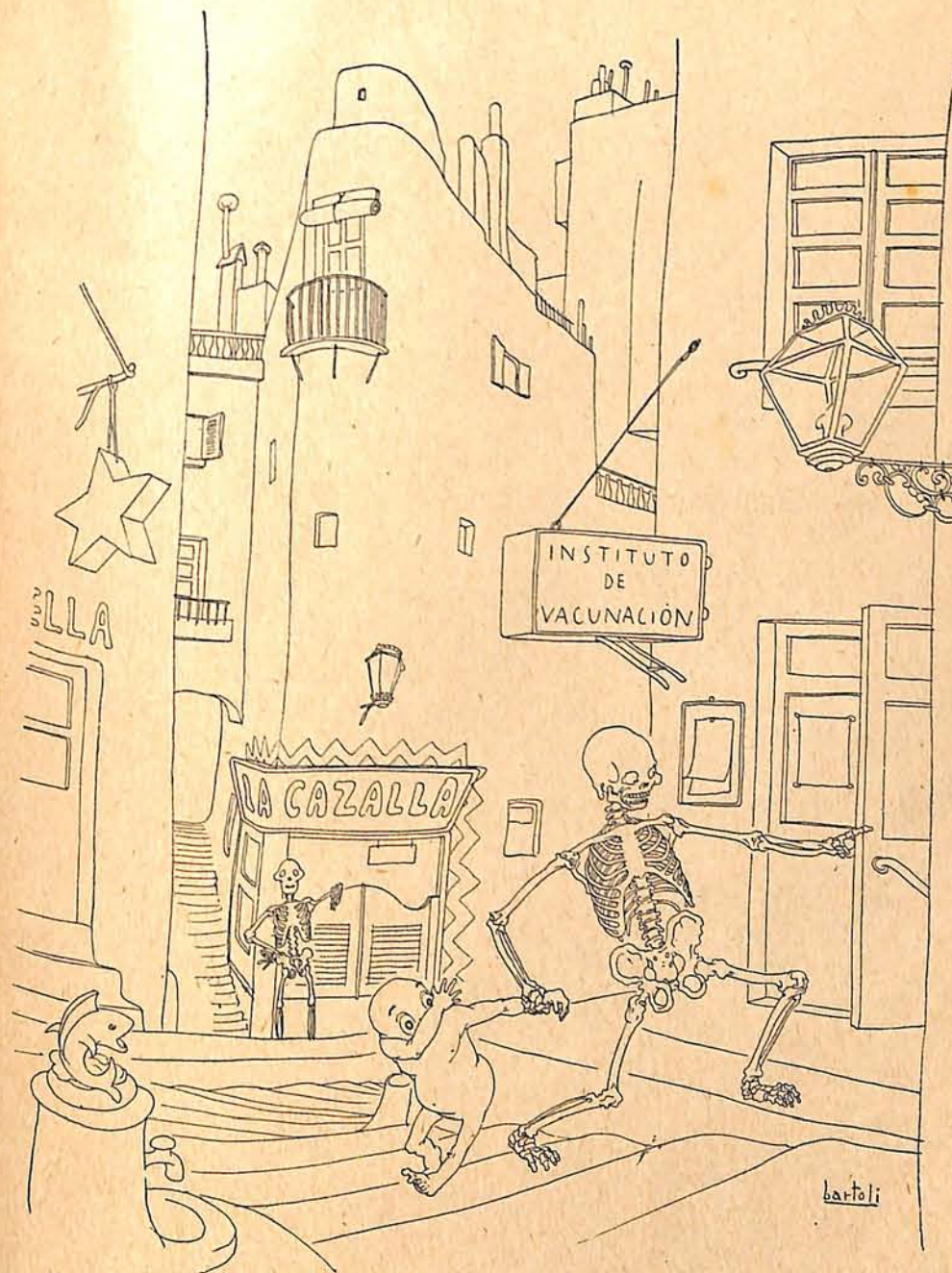
Froebel contrarrestado con Edward Jenner. Y Pestalozzi anodinizado mediante Kohler.

(2.º) Y, por otra parte, en las Escuelas del Municipio servimos a los niños una comida que es... cuatro veces peor que el excremento: la carne. Una solución de venenos, el caldo de carne. Orina, ese caldo. Y 75 millones de bacterias por miligramo de «beef» hamburgués. Educamos matando. Si para instruir tenemos que envenenar, dichosos entonces los Guaraníes analfabetos.

El niño tiene derechos. Esos derechos, son conculcados por la brutalidad de hacerle tragar «medicinas», por la bestialidad de sujetarle el brazo, y, entre gritos y protestas, *inocularle* (in oculo) la sífilis, la tuberculosis, la erisipela... Matarlo, con la encefalitis vacuna. Y hacemos peor que matarla: la condenamos a toda la generación niña. Nosotros pusificamos la generación niña. Y hacemos peor que matarnos maldeciría, si *supiese*. Y algún día sabrá.

Se ha predicado en estos últimos tiempos la práctica de la llamada Eutanasia, y yo protesto. Pero, en un caso, y por fuerza mayor, comprendería, y me explicaría (no digo justificaría) al padre que degollara a su hijo, antes que dejarlo **vacunar**.

¡Madres de España! Defended los frutos de vuestros vientres contra los bárbaros universitarios! Y leed a PETER PYNTON, médicos.



Visto y considerado que el demonio sobre nosotros se cierne—que va a venir—engañémoslo con una dolencia de mentirijillas. Pereat mundus, fiat Inoculatio... Por Matah sacrosanta ebúrnea, amén.

Ante esa mentalidad, terror, es lo que el corso sentía. Máxima actividad del hombre, sin embargo; única razón del vivir, mirad la Medicina aun hoy: una enfermedad de furiosos es aun hoy nuestra Medicina. Falsifica hasta las matemáticas, y excusad si es poco falsificar (31).

Tal es, por el momento, lo que sobre el caso Edward Jenner se nos ocurre. Pero eso no es más que empezar, atended.

V

14.—De la variolización, pues, al Jennerismo. Recordad el *Curriculum vitae*. «Me sabe mal» (como ex-

(31) Los Estados quieren salvar a sus súbditos, de ello no cabe la menor duda, y—ya se sabe—la causa minero-antropológica de la *Grande Guerra* está adscrita a la Necesidad de que el Acero y Carne de Alemania no creciera más que Carne y Acero franco-británicos. *Ils ont douze millions de trop*, decía Clemenceau. Europa lucha por «salvar la simiente». Y al Dr. Manuel Salvat Espasa, en su «El Kindergarten» (Barcelona, Salvat, 1932) parece éste un *sentimentalismo*, así, con todas sus letras: «El sentimentalismo, dice Salvat, pág. 4, ha favorecido la realización de medios defensivos contra la gran mortalidad y morbosidad que acechan al recién nacido.» Dejemos el modo de escribir: es la idea, la acechan, la mala. No hay tal sentimentalidad. El Estado necesita súbditos—«noches de París»—para su defensa. Premios a la fecundidad. Leyes de protección a la mujer encinta. Seguro materno. ¡Contra la mortalidad infantil! *Se protege al niño*. Y, al mismo tiempo, se le pusifica.

(1.º) Salvando al niño de la muerte, y (2.º) vacunándolo, los Protectores muestran bien la recóndita teleología de un (3.º) fabricar un stok para que, sin apego a la vida, la dé, «la tire, como un alfiler», dice una de las muchachas de Shakespeare, cuando suena la hora *du Salut public*. La Administración os quiere vivos, pero no tanto. La Administración quiere sumisos, y para ello os quiere, ni muertos ni vivos: intoxicados «ab ovo».

El Estado no quiere la Salud, sino esa agonía, o lenta dolencia, o envenenamiento que llaman Salud de Estado. ¡Mirad qué sentimentalismo, querido Savat! Os remito a PETER PYNTON.

presivamente decimos los catalanes), en efecto, me sabe muy mal, pero aquí tengo que remitiros al capítulo que llamé Curriculum vitae. He dicho que procedo de una familia de médicos; que vengo de doble estirpe (a Sur) de asclepiadeos. Mi allegado, don Rafael R. Méndez, era un epidemiólogo *en titre*. Su padre—en la Malahá—epidemiólogo muy distinguido. He trabajado con el Dr. Méndez—profesor de Higiene, antiguo Rector de la Universidad—en una Memoria muy profundizada sobre la «Verruga del Perú». El trabajo resultó como consecuencia de una Carta Abierta que a Méndez dirigió una revista médica de por allá. El doctor Méndez era un erudito muy consciente, de lo más exigente consigo mismo. Estudiante, yo le fuí preparando cantidades de materiales. Juntos leímos a Tucídides. Removimos todas las bibliotecas, para el asunto de la verruga. Tenía una memoria enorme, Méndez. Buen poder de concentración y meridional dón de la síntesis. En esa ocasión, yo supe sorprender ráfagas de dudas saludables, en aquella mente, sobre el vacunismo. Pero ese sabio tenía en su salón de recibo, un busto de Pasteur, una buena litografía con «el monumento a Jenner», en el acto en que tan funesto médico de pueblo inoculara a la muchacha Sarah Nelmes—no, al infeliz muchacho James Phipps, que Sarah fué propiamente el «animal testigo». ¡ 14 de mayo de 1796! La vacunación fué. Empieza *La Terreur* y ahora se miran, Pasteur Dantón y Maximiliano Jenner el incorruptible.

Mi tío vacunaba. Mi padre vacunaba (lo recuerdo perfectamente, en Córdoba, inoculando el cow pox en las pantorillas de la marquesa de Gelo, que transigía con todo, menos con las *huellas*). Mi padre vacunaba, pero era antivacunista declarado. A él, con qué escándalo no diré, oí los primeros argumentos (en tertulias de colegas) contra la superstición vacunista... La moral médica se me reveló, en mi misma casa, y desde muy niño. Cuando ejercí en Italia, oí, leí a Ruata.

El célebre profesor de Perugia, en Umbría. Estuve en los casos de viruela negra, *en vacunados*, allá. Estuve en Nápoles, con epidemia, cuando lo del Armisticio... Leí, profundicé el asunto ese: estudié con bastante atención *Vaccines and Serums View from the Standpoint of Many Physicians*. Me impresionó la obra del doctor W. R. Hadwen, que he ya citado. En seguida sobrevinieron los casos de Holanda. La venda cayó de mis ojos: sé por qué médicos antijennerianos vacunan. La Medicina, he escrito al frente de este texto, es una enfermedad. Desde luego la Medicina profesional de hoy es una práctica enfermedad mucho más grave de lo que reza mi título: *es todo un homenaje a la hipocresía* (32).

Y mi brutal sinceridad me lleva a confesar, que esa hipocresía la he visto en los eminentes prácticos de mi propia casa—hipocresía a la que colaboré yo también. Somos tímidos. Vamos «con la corriente». Ya se reaccionará... ¿Cuándo? ¿Y por quién, si no comenzamos de una vez nosotros?

15.—Acaso, en los médicos de mi familia, eran *dudas*, y no pasaban de eso. Pero yo recuerdo perfectamente las carcajadas de mi padre, ante las razones sofísticas de sus colegas. Y su fanatismo por Napoleón—cuya frase antonomástica (la que he recordado) citaba y constantemente repetía. Si eran dudas nada más, eran, de todas suertes, bastante arraigadas y fortalecidas esas dudas. Entonces, ¿para qué vacunar?

(32) DECLARACION DE LOS DERECHOS DEL HOMBRE Y DEL CIUDADANO

La Carta de Inmunidad, es el estigma sobre tu frente. Esa carta infame y degradadora, se inscribe más sobre tu frente que sobre tu brazo. Más sobre tu alma que sobre tu cuerpo matriculado como «caso». Con el certificado de inmunidad artificial ante la viruela, te dan una cartilla como a la pobre prostituta. Te rotulan como idiota, sumiso y obediente, en el Orfanotrofio del salutista Estado.

Ese Estado fué conquistado, contra ti, por los *petits bourgeois* puestos a medicastros.

1.º De nada sirve. Nunca cortó, el jennerismo, la epidemia ;

2.º Perjudica. Si se sospechaba ahora se sabe ciertamente.

Entonces, ¿para qué vacunar? Yo oía al doctor R. Méndez, que era un hombre elocuentísimo, buen escritor, buen artista, echar discursos y lecciones sobre la Vacunación obligatoria (en pro naturalmente de ella), mientras, con ocasión de la redacción de la Memoria epidemiológica, yo iba privadamente recogiendo sus expresivas sonrisas y silencios acusadores de profundos celos y dudas. Y mi maestro, el doctor L. C. G. de Sentiñón, que era un hombre que lo criticaba todo ; que era un anciano hombre que, como «el demonio de Atenas», le gustaba discutir, aun en el infierno, pues ese maestro mío escribía «Referate» en el *Centralblatt für bakteriologie, Parasitenkunde und Infektionskrankheiten* ; escribía allí un «alemán goethiano», como le decían los alemanes mismos. ¡ Y sobre inoculación también, el doctor, no ocultaba su posición de duda !

Entonces a mí me parecían, esos eminentes hombres, como los augures de Marco Tullio Cicerón. Sonreían, al encontrarse, porque ya no creían en nada, pero eran ortodoxos creyentes ante su público.

Medicina es enfermedad de hipocresía. Es una diplomacia al servicio de intereses (33). Es una Aritmética enteramente

(33) La Cláusula de Tiempo, para la aceptación de la ocurrencia homicida de Edward Jenner—su «descubrimiento», Idea Nova—, no es la misma, según los autores. Verdé-Delisle dice : 40 años. Alejandro Humboldt (recordado por Heinrich Lahmann, en el prólogo a *Dishemia*) quiere aquí : 2 siglos. Lo menos : «en estos asuntos hace falta el transcurso de lo menos 2 siglos antes de que una *verdad nueva* sea aceptada como tal y puesta en práctica». La diferencia es de 160 años.

Nuestra exigencia es mayor. Nosotros venimos a decir, que, no 40, ni 200, ni 2.000 años. *La práctica jenneriana no debió haber pasado de «idea», nunca.* Esa idea, es una ocurrencia. Para pasar al hecho, esa ocurrencia (ya, en sí, risible y grotesca ; ilógica, absurda) era preciso una microántropovivisección. Pero mirad los resultados. *Se habrían tenido que prever.* No se tenía que haber vacunado nunca. Nunca.

dirigida al servicio del bien público. El resultado es una Salud de Estado : a vacunar a todo bicho viviente, quiéralo o no.

¿Por qué? Producid razones. Pero eso es como querer que el hindú (que es el que trajo las gallinas) abomine de Matah. Se ha inoculado y se inoculará, pese a los resultados. Es fe.

Es la mentalidad del médico de Kant y de Federico Guillermo III, el despiadado inoculador de la Turingia entera (al 30 por 100 de descuento con la muerte), el sublime Hufeland.

Ruata fué el verdadero hombre de lealtad y de sinceridad. Pero él viene de los ingleses insurreccionales, desde la *catilinaria* del autor de *Facts and Comments*, el ya olvidado filósofo ingeniero Herbert Spencer, hasta el desafío del doctor R. A. Lyster, Jefe del Servicio de Medicina de Hampshire, y la suma de 1.000 libras de Lord Hyrand, prometidas en 1927 a la persona que pueda demostrar y demuestre : 1.º que la vacunación protege contra la viruela espontánea ; 2.º Que es inofensiva.

Las 1.000 libras nadie las ha cobrado hasta la presente. Ya no es posible cobrarlas nunca. El Proceso contra Jenner está fallado, como el proceso general contra todo inventor genial del movimiento continuo.

Los médicos de mi casa estaban todavía en dudas. Ya no hay dudas, ni motivos para ello. Si no que, antes al contrario, el pleito está fallado—desde el día mismo de mayo de 1796—contra la sucia práctica de una inoculación que ha envenenado a medio mundo. El primer niño, que sirvió de caso a Eduard Jenner, murió tísico. El propio hijo de Jenner, se enfermó de tuberculosis, y, en la biografía de Jenner, por Barón (una obra clásica), se puede leer con toda la claridad deseable que el célebre terrorista vivió en la persuasión de que tenía

que haber una relación causal entre vacunación y accidentes precisamente de tisis de aquellas criaturas (34).

16.—Pero Inglaterra (hasta la Reforma Electoral, y aun después) trató siempre mal, pero que muy mal, pésimamente a sus niños. Queda, en la historia, el caso del *Niño de Newgate*, ahorcado a los nueve años por un escrupuloso juez, a causa de que el niño ése había cometido un robo en una tienda de Londres, con daño que se elevaba a 5 schillings. Y lo ahorcaron: era la ley. También los padres de la civilización industrial trataron, en los pululantes talleres, como bestias feroces, a los niños. Luego intervino farmacéuticamente el padre de la vacunación: la niña Sarah Nelmes ordeñaba una vaca

(34) CONCRETAS VIOLENCIAS ESPAÑOLAS POR SALUD DE ESTADO

En una Nota, citaré el caso del Ejército Brasiliano, en acción patriótica de armas para imponer la vacunación. Aquí en España, se ha recurrido a la guardia civil. Supongamos que mediante la guardia civil hubiéramos querido imponer que dos más dos son cinco. O que el sol es más chico que la provincia de Sevilla, y que todas las dimensiones de que hablan los «sabihondos» son una exageración. Supongamos que, por la fuerza de cívica guardia, quisieran imponer al público la convicción de que Velázquez es de la Barceloneta; Picasso, del Prat del Llobregat; Maimónides y Trajano, respectivamente de Lérida y de la Barceloneta. Y supongamos que salieran por ahí fuerzas del ejército a fusilar a todo el que no quisiera cloroformizarse, para inmunizarse contra el sueño; a quemar viva a toda madre española que rehusase entregar su propio hijo al cuchillo del cirujano, un señor, éste, que hubiese descubierto el medio de cortar medio corazón a los niños de teta para así premunirlos con toda seguridad contra las endocarditis... Pues todo eso, sería más explicable que una guardia civil puesta en la calle para asegurar la muerte normal del *Índice* 65'7 que corresponde a España, por viruela.

Y hubo una insurrección, en Andalucía. Los hechiceros universitarios (muchos de ellos) atribuyeron tal insurrección al fanatismo ignorante y retardador de la «kábila». Pero hubo un número suficiente de médicos honrados. Es que la mejor vacuna «Alfonso XIII» producía sus *naturales* efectos. El vecindario se alborotó. Pero se siguió vacunando, porque... dos más dos tienen que dar cinco, y no 4. Aritmética dirigida y salud de Estado. Un Estado homicida, timador, suicidador.

el año 1796. Le salió una úlcera en el dedo. El contenido de esa llaga, fué el que sirvió para procurar a James Phipps una decidida tisis. Pero se trataba de librarlo de la viruela. ¡ Cuando la viruela ya iba de capa caída? No digo que la Medicina es una enfermedad: digo que esa enfermedad es, ni más ni menos, que un crimen.

Para refutar, mediante experimentos, *pruebas*, el argumento de que, vacunando, sifilizáis a los críos, pues en niños y soldados (que son *les enfants de l'Etat*) inocunólogos de Francia y de Alemania no han retrocedido ante el crimen de introducir la sífilis. El Prof. Henri von Würtemberg, el doctor Schreier de Regenshirm, el doctor Tanin del Hôpital des Enfants Malades, de París, tomaron linfa de enfermos de sífilis, que habían sido vacunados. Y la inocularon a niños y soldados, deduciendo, divinamente, que (los síntomas no lo revelaron) «no había peligro».

¡ Por el momento! ¿ Y después?

Pero ese después insidioso, no forma parte nunca de una brillante estadística. Esa lógica, ya no es sofística. O, si aun lo es, digo que el sofisma ese es un crimen.

Viene de Hufeland, y después de Jenner. Nuestra ciencia de hoy, es *forma mentis* la misma de ayer.

Es ciencia curativa de aprendices de salvajes. Para el devoto de Matah, el cuerpo dañado no existe: la divinidad dispone y toma sus víctimas exigidas. Traducción al lenguaje inocunólogo: el cuerpo ese es de cautchuc.

Los nenes son conejillos de Indias.

VI

17.—*Vis Rationis Medicoatrix*. ¿ Se empieza ya a comprender lo que es la inoculación, en su caso primordial y más típico?

Nigra praecordia ! El inoculador es un enfermo, por el corazón y la moral, de la comprensión y de la mente (35).

LA VACUNACIÓN ES UN PELIGRO. Nadie puede desmentir hoy esa tesis. La vacunación es una enfermedad que termina, a la larga, en la muerte. O bien en seguida. Esa es la tesis indestructible, después de 138 años de linfas, lancetas, *cow pox* y suciedades consentidas.

Y la otra tesis, también indestructible: LA VACUNACIÓN ES INÚTIL CONTRA EL PELIGRO en evitación o aminoración del cual fué instituída.

Esas dos proposiciones son fruto de una minuciosa experiencia intercontinental, y no hay modo de removerlas, ya hoy, aunque los intereses todavía (como suelen) resistan.

(35) EL TESTIGO WONNER

En esta nuestra hemeroteca, y actas adjuntas al Texto para el seguro fallo, no falte la citación del Dr. Esteban Wonner, de Montevideo.

Wonner experimentó, en su propia casa, los efectos del fanatismo. Era vacunador, y dejó de serlo. Mirad qué hecho:

La señora de Wonner había sido vacunada con éxito. Murió de viruela.

Dos hijos de Wonner, casi al mismo tiempo, y tras inoculación del virus vacuno, murieron del crup.

Es un hecho aislado: perfectamente. Que alcanza relieve en la totalidad del cuadro.

Ese cuadro, está lleno, repleto de *casos aislados* así, desde que Jenner empezó a vacunar. Wonner hubiera tenido que acordarse de que el papá del «*cow pox*» evitó el rito en su segundo hijo, Roberto.—Pero en la Universidad le habían enseñado que la pusificación de la sangre evita la *terrible* viruela. Y Wonner vacunó. Pusificó a toda su familia. Cuando le tocaron en lo vivo, entonces se hizo protestante, y se rebeló contra lo absurdo. *Vió el absurdo*, y renunció a ser un ignorante asesino, o un suicidador alevoso. Gregory no tuvo tanto carácter: respetando a su propia familia, siguió—por política—vacunando.

Las conclusiones del Dr. Esteban Wonner son muy graves: él sabe elevarse al fin del caso a la ley.

Escuchad lo que nos dice este testigo:

«Si los niños vacunados escapan a la viruela durante 8 ó 10 años, están expuestos a otras graves enfermedades, entre ellas el crup.»

Y estotro:

Casi todos los niños muertos de crup estaban vacunados, y AQUELLOS

18.—Y, ante todo, daño y peligro públicos. ¿A quiénes vamos a vacunar?

La respuesta dependerá ahora del *grado* en que os sintáis padres. Que eso, yo no lo sé. Para los que, lanceta en mano, se plantan ante los críos como ante conejillos de Indias, o ante ranas, ante bulldogs o hipócrifos propiciatorios, para los Tampin, Schreier y para el mismo Edward Jenner—para esos, no va desde luego mi pregunta. *El padre sólo es hombre* en la grandiosa definición del sumofilósofo alemán Hegel. Verdaderos padres de nuestro «material», vosotros no inyectaréis, por lo pronto, la linfa que ha de preservar del Demonio a un niño hemofílico, como se dice.

Prescindamos ahora del peligro, como responsable directo del ectima, flemones, erisipela, y así hasta la encefalitis. No hagamos, por el instante, caso de eso y excusad si es poco. Ahora nos concretamos a las *contraindicaciones* que hacen retroceder al padre ante la inoculación de la linfa vacuna. Pues una de esas *contraindicaciones*, es la hemofilia.

Siguen otras *contraindicaciones*. Las afecciones de los bronquios y del estómago, la anemia, el raquitismo, la diátesis exudativa, las manifestaciones linfáticas... He ahí otras tantas *prohibiciones* para la inoculación sobre las que no insiste ni el mismo sectario vacunista.

¿A quién vamos a vacunar? Esa es nuestra pregunta.

Los vacunistas tienen más o menos ancha la manga. El profesor Groth (1926) tiene más bien la manga ancha: el profesor Czerny, estrecha. Hablando, años atrás, el gran médico de París, Huchard, de sus relaciones con el terapeuta Albert Robin, decía: «Lo que nos separa, es el espesor de un vejigatorio»... Czerny Groth son unos buenos amigos, separados

QUE PUDIERON SALVARSE, O NO ESTABAN VACUNADOS O HABÍAN TENIDO LA VIRUELA.

Id apuntando.

por la maldita «diatesis exudativa». ¿Vacunar de todas maneras a niños en esas condiciones?

Groth : sí. Czerny : no.

El vacunista ve ya *contraindicaciones* en un terreno en el que el j Jennerismo ortodoxo sólo veía rosas y claveles. Pero queda siempre (para salvar el dogma) la cuestión de la *manifestación grave*. Esto es como el pecado venial y el pecado mortal... ¿Cuándo una forma raquítica se manifiesta «ligera-mente» para permitir que la lanceta pueda impunemente clavar-se? En el terreno de los atentados, ¿qué puede ser lo venial, os lo suplico !

Sed padres. Sentíos padres.

¿A quién vacunar?

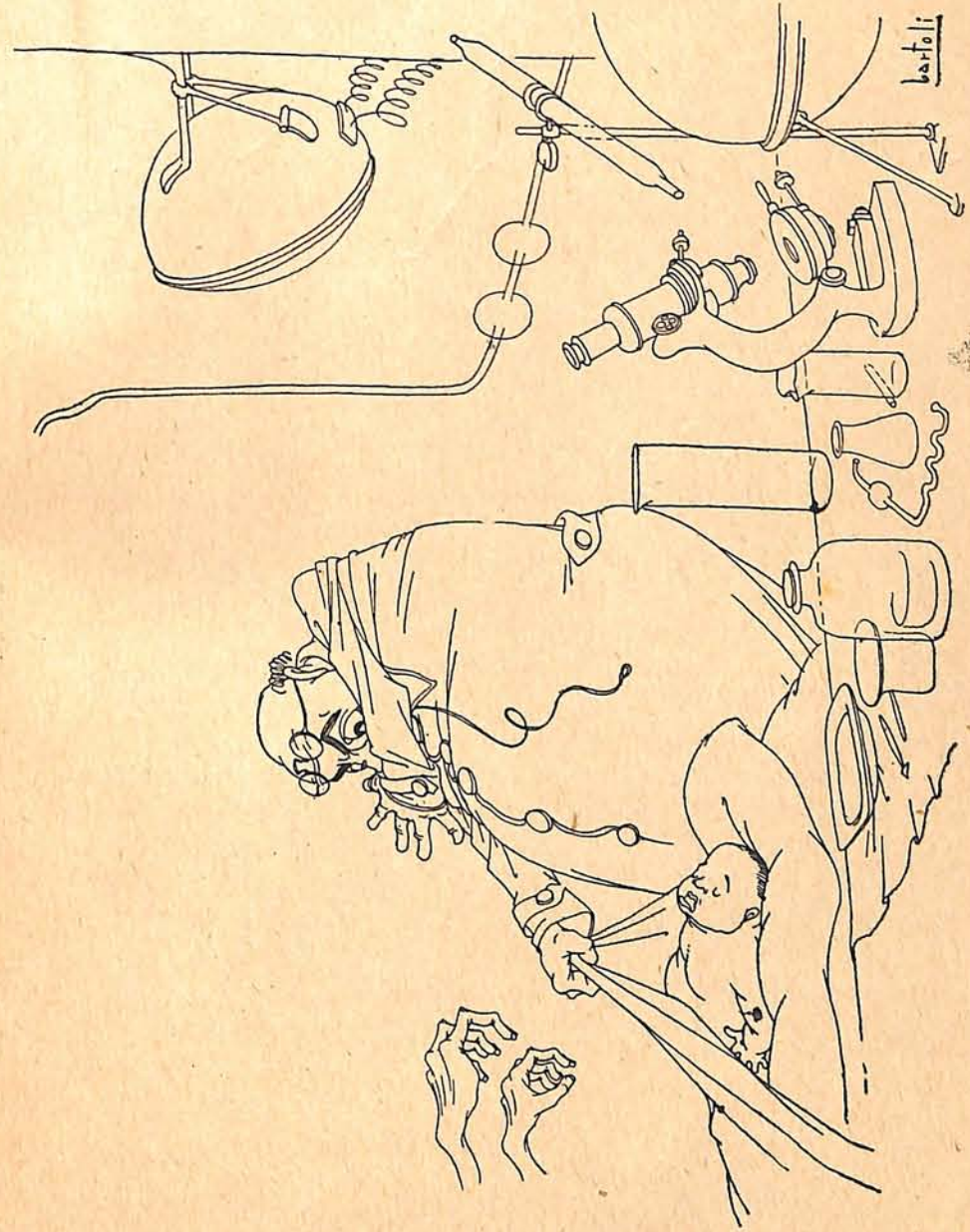
19.—Cándidamente lo confieso : estoy por el o todo o nada. La lanceta, contra todos o contra ninguno. No conozco posición de hipocresía más refinada que la del Jennerismo con-traindicacionista.

En ese campo, Edward Jenner es bastante más preferible. El dice, claro y neto, que con su operación en honor de Ma-tah, da la inmunidad para todo el curso de la restante vida. Y Jenner dice que todos se deben vacunar.

¿Qué es lo que introduce, en la sangre, con la linfa vacu-na? Pero, señor, eso es otro capítulo. Lo importante es saber y entender que con la inoculación hindú (modificada por la su-perstición acogida de los vaqueros de Escocia) *se previene la viruela*. Eso. Esa prevención es universal : para todo tiempo y para cualquier condición fisiológica o patológica. A lo que Jenner tiende, en su fanatismo negrero, es a prevenir. Matará, pero prevendrá.

El es fiel a su programa redencionista.

¿Previene, en realidad, la vacunación? ¿Evita la viruela? Pero ese es otro problema. Eso, ya se verá. Mas, en el caso



(actos de fe) que comencé a creer en una relación de causa a efecto entre (1.º) acto de inoculación, (2.º) cese europeo de la epidemia, ¡ah! en ese caso, vacunad, sin contemplaciones. ¿Qué pasa?

Pues pase lo que pase, siempre seguiremos las huellas de Hufeland: matamos en proporción del 30 por 100... y gracias. Si no hubiese sido por nosotros, el Mal, el demonio habría segado el 50 por 100, cuando menos de Vidas. El 60 por ciento. Seremos una enfermedad. Acaso de todas suertes, peor que el remedio nuestro, peor hubiese sido la verdadera enfermedad...

Vosotros veis que estamos en un círculo absolutamente teológico. Esto es una sesión del Concilio de Nicea, una de las magnas reuniones medioevales de San Juan de Letrán. Pero, por lo menos, Edward Jenner tiene una posición de verdadero aguante.

Los peores son los señores del limbo: los que no acaban de decir ni sí ni no. Los contraindicacionistas.

¿Contraindicación? *La vacunación es unsemillero de males.* Todo, todo el hecho de vivir, es contraindicación contra la linfa vacuna. Niño sano, o niño enfermo, por el hecho de *tirar*, se levanta contra un atentado de cuyas proporciones vamos a dar cuenta sucinta, y en concreto. Que en lo general del asunto, por cuanto fuimos ya declarando, estaréis en buena guardia ya. Poneos una mano en la conciencia, y sed padres: por el momento, nada más os digo.

Vamos, pues, a los peligros ya en sí... A las enfermedades que acarrea la *Inoculatio* (in oculo); a las procuradas muertes prematuras.

VII

20.—Por lo que decimos nosotros que, en concreto, el acto

de inoculación es peligroso, es (1.º) porque *nunca estamos seguros de lo que inoculamos*, o demasiado seguros, por desgracia. Y (2.º) porque, sea lo que se quiera, ese remedio equivale, no a una : a un sinfín de enfermedades (36).

Quiero que la linfa sea un maná llovido mágicamente del Empíreo, y maná personalmente confeccionado además por Matah en persona, ya reconciliada, enternecida. Pues bien, ese maná, ese bien del cielo, esa magnífica augusta linfa sacrosanta, ¡miren!, al ingresar en el cuerpo infantil provoca la de dios es cristo. Y, en tanto, la encefalitis. Excusad.

El año 1924, el doctor holandés de que he hablado con elogio en mi § especial, T. S. van Bouwdyk Bastiaanse, de la Haya, se encontró con una tremenda sorpresa ante uno de sus vacunados. Diez días después de la inoculación de la linfa, una encefalitis.

En seguida, Bastiaanse piensa en una relación de causa a efecto. Y tiene la paciencia de contar, Bastiaanse, desde el

(36) HUMANIDAD Y GANADO

Tú, ¿qué quieres ser, pues, hombre—o ganado vacuno? Esta es la verdadera *Cláusula de Conciencia*, en la cuestión de la lucha contra la falacia j Jenneriana, falacia que conduce a un crimen. A un asesinato colectivo.

Por medio de los hijos de la pequeña burguesía, llegados a médicos influyentes, el Estado bestializa a su prole. Por la que se desvive, en el sector especial de la viruela—mientras que maldito lo que le interesa, al Estado, lo que esa prole come, o si come; en dónde habita; si toma sol; si le falta aire... Eso, es ganado vacuno. Y, en efecto, los trata como carneros, vacas y terneras. Los trata como perros, asnos, monos. La Vacunación obligatoria es la continuación (consecuencia de la consecuencia) del viviseccionismo bajo todos sus aspectos. y sobre todo bajo el aspecto de las *pruebas* en los hospitales, institutos de maleficencia y otras cuadras en que (para cobrarse, sobre los ricos) los hijos microburgueses trabajan «gratis», sobre la vejada prole de los sacrificios.

¿Quieres ser ganado todavía, u hombre? El vacunador oficial atenta, ante todo, contra tu rango en la naturaleza, tu posición biológica en el mundo. Te ofende, ante todo, en el alma. Si tardas todavía en rebelarte, dime quién eres tú mismo.

primer día de enero de 1924, hasta el último de junio del año siguiente, más de 45 casos de esos. 14 defunciones.

La noticia cundió. Pero eso es como la duda : un atentado contra la fe. Dudar, es culpa.

Sin embargo, el práctico de Holanda afirmaba. No dudaba, sino que afirmaba rotundamente que la inoculación vacuna era *responsable* de esa enfermedad, seguida muchas veces de horrorosa muerte.

El «escándalo de la Haya» no había sido ni aislado, ni siquiera original o primitivo. Resultó que, dos años antes de la guerra, en 1912 ya habían observado los médicos ingleses una encefalitis por vacunación. Las observaciones posteriores fueron recogidas : H. M. Turnbull y J. Mc Intosh concluyeron que no se trataba de encefalitis letárgica. Que no era poliomielititis, como se dice. Que era *encefalitis postvaccinal*.

El Prof. Dr. F. Luksch, en Praga, llegó a las mismas conclusiones.

Acudieron otros testigos. Hubo fuerte rumor de acusaciones, y fueron recusadas las cínicas excusas a la Hufeland. Total, que los médicos pidieron a los gobiernos la abolición de la Vacunación Obligatoria. *La Vacunación no es inofensiva*. Vacunar equivale a comprometer la vida. No insisto (37).

21.—La índole especial de mi texto no me consiente trans-

(37) CANCER Y VACUNA

¡ Médico que inoculas, injertas, pusificas a tus gentes. Tras de vacunar, tú aumentas la cantidad de *colecsterina* proporcionalmente al poder aglutinante del suero que introduces en tu animal dotado de apariencia humana.

¿Y qué te da tu misma ciencia, amigo, como base química de los cánceres? La colecsterina.

Ponte de acuerdo, pues, de una vez contigo mismo, y pon en tu placa, a tu puerta :

«A precios muy rebajados, se procura a quien lo desee un buen cáncer.»
Eso es lo que has de poner.

formarlo en un Elenchus morborum de cuantos peligros ofrece la inoculación de la linfa vacuna, de esos peligros, ya actualizados, en dolencias propiamente dichas. Desde el *eczema vaccinatum*—mortal, no pocas veces—, hasta las aparatosas manifestaciones cerebrales, todo: el impétigo y los flemones, la erisipela y la encefalitis se ha descrito justamente como efecto directo del virus introducido. ¡Qué linfa! Lo más angustioso de la cuestión es eso: que no podemos nunca responder «tal linfa».

Y además: que, engañados por la ocultación reaccional del mal que tiene que revelarse alguna vez (¿qué día? ¿a qué hora?); despistados por lo que llamaríamos Criptopatología de la Inoculación, las estadísticas—dirigidas, ellas—dicen, forzadas, cuanto decirles hacerse quiere.

Pero la razón en marcha pone en claro y a espaldas, claro está, del dogma, la relación:

- 1) Entre Vacunación y Sífilis.
- 2) Entre Cáncer e Inoculación vacuna.
- 3) Entre la Lepra y esa Inoculación misma.
- 4) Entre Tuberculosis e ídem eadem ídem.

Esas son fundamentales relaciones causales, que (la última, entre ellas) ya obligaron a humillada confesión a Edward Jenner mismo. Tuberculizó a su hijo.

Pero ante todo: ¿la relación entre (1.º) Vacuna y (2.º) Viruela negra, está fundada en algún hecho? Nada más (doctor Ch. Creighton), nada más que en la imaginación. Mientras que, en cambio, lo mismo que Bastiaanse, de la Haya, ha hecho abrir los ojos a los gobiernos sobre la relación causal entre inoculación vacuna y encefalitis postvaccinal, pues así Salomón, Kobb, Darakiewitsch prueban la relación causal entre vacuna y parálisis general progresiva. El doctor Hall Bakemell y Sir Leonard Roger, entre vacuna y lepra. El doctor E. Patrie Hoyle entre vacuna y cáncer.

De ese cúmulo de cargos, ha surgido la escuela de los contraindicacionistas.

¿A quién vacunar? A alguien. ¿Quién ha de ser ese alguien? ¿Quién se arriesga?

Hasta Jenner, sería hoy bastante más remisivo. La vacunación es una enfermedad y en sentido doble: por la «formamentis» a que la humanidad civilizada debe el mágico descubrimiento. Eso, ante todo. Y es enfermedad, además, la vacunación, por la secuela de enfermedades y muertes a que condena a los niños.

Vacunación es terrorismo.

Para hacer olvidar, de alguna manera decorosa y perdorable, su papel, hoy ya innegado, de terrorista de la linfa, el médico enarbola todavía el estandarte del Demonio de la Viruela que mata. ¿Cuál más de los dos?

La vacunación es «mala». ¿Es un mal menor, entonces?

Perjudica: ya lo he mostrado. ¿Debe, ese perjuicio, aceptarse, en gracia de lo algo por lo que realmente beneficiaría?

Cuando se ventila la cuestión del Peligro, ante la Comisión Estatal, para la Salud del Estado, el *estado mental* de los reos ante los acusadores es el que correspondería al inventor de la locomotora, cuando osaran refutarlo en nombre de los descarilamientos. «¡Y qué se va a hacer! Todo tiene sus inconvenientes. Peligros, retrocedan ante beneficios»... Un estado mental seráfico y arcangélico así.

Es otra farsa. Peligrosa, morbosa y mortal, la inoculación vacuna nunca detuvo la viruela. Para lo que se inventó y tenía que ser perdonada, para eso es para lo que no ha servido. Volvemos así a uno de nuestros temas de arranque.

La vacunación es la muerte. Para precaución es inútil. Dañina, pues, e ineficaz. Todo dogma indemostrado tiene, *problema mal puesto*, su muerte en esa alternativa.

¿A quién vacunar, pues? A nadie.

Ya se ha pasado el escollo de la obligatoriedad. Ahora vamos a la saludable y definitiva renuncia.

Una nueva superstición que cae. Mi dilema se confirma.

VIII

22.—La vacunación jennericiana es *inútil*. Inútil. La inoculación vacuna que, ya sabemos, viene de la Oriental, salvaje variolización (de la que es una fase) llega a la mente europea en el instante en que el ciclo de declinación epidémica prosigue, y pese al virus, necesitadamente continúa. No habréis olvidado la Estadística de defunciones manejada por los behringianos : pues bien, lo mismo aquí. En más vasto experimento (y más impresionante) pero, al fin, lo mismo. La medicina es una enfermedad : los médicos no han aprendido todavía a pensar. Ese es el hecho y nuestra situación, pues que no varía. Estamos siempre en lo mismo, desde el principio.

No es más que un único sofisma, *post hoc ergo propter hoc*. «Después de esto, luego por esto». ¿Va cayendo la viruela? ¡ Hay una linfa !

Que es lo que cree a pies juntillas el hindú : Matah, ¿ se placa? Es porque (in oculo) yo me inoculo. La Medicina ha hecho un milimétrico recorrido, a lo largo de una era de categóricas supersticiones y de mágicas prácticas. Es la verdad.

23.—La vacunación es inútil. Para el preciso fin para que fué lanzada, ciertamente inútil.

Hay diversos aspectos, sin embargo, en esa inutilidad fundamental. No es sólo la *independencia* entre ciclo epidémico europeo y vacunación. No es sólo eso, o no principalmente eso, sino que la pensante duda es permitida, en este típico y secular Proceso Jenneriano : ¿ Vacuna y Viruela *independien-*

tes—dos enfermedades, dos clases de ellas—, no es lo mismo que pérdida de tiempo y de esfuerzos en aprontar las armas contra enemigo inidentificable?

Y esta otra duda, también duda de una crueldad, por así decirlo, que elide la idea de todo desquite : ¿ se sabe preparar la linfa? Aun en el caso de que el arma fuese adaptada al enemigo, ¿ llegó nunca a ser eficaz? ¿ Ni siquiera a fabricarse? La duda está ahí.

24.—De todos modos :

1.º *La Vacuna no inmuniza contra la viruela. Es inútil.*

2.º *Luego a la Vacunación no es en modo alguno debido el cesar o disminuir de una epidemia que aterrorizó, en otro tiempo, a las gentes.*

El estigma permanentista o substancialista, en la mente del patólogo (cfr. § respectivo) (38), ese permanentismo que erige la enfermedad en algo fijo, inelástico, intransformable, está en la base misma de la creencia por la que se decidiría : Vacunamos : «luego» combatimos una enfermedad *irremovible*. Especifica, como dicen. El concepto de especificidad está rudamente hoy en crisis.

Mas todo eso no desvía del hecho : la Vacuna no inmuniza. Recuérdelo : empezamos precisamente por ahí. ¡ Y es notable, que, para imponer el ukase de la la obligatoriedad vacunal—y para que cesase ese ukase, el jennericismo haya tenido que ser derrotado, no desde el punto de vista de su *inutilidad*, sino de su nocividad ! la práctica de la inoculación fué ingenuamente considerada inofensiva. ¿ Faltaban hechos? No, porque desde mayo de 1796 el Terror sabía que estaba haciendo víctimas. ¿ Entonces?

(38) Cfr. las ardorosas campañas de ese demonio de WILLIAM R. DUCAS, *Against medical monopoly*.

Hay mucho de misterioso en esta semimagia terapéica. El jennerismo, en el fondo, no es sino un acceso de británico misticismo. Algo así como los generosos sueños de *Revivals* y fundadores de la «Quinta Monarquía». Es una cosa inglesa, muy típica, excesivamente típica. Es *forma mentis sui generis*, hecha de «Cant» y de arrojo en las convicciones, una vez que profesadas son—arrojo casi suicida. Hasta se piensa en un desquite del Campo sobre la City. De todos modos, la nocividad se neutralizaba (cuando la nocividad era inegable, por casos como el de James Phipps, el niño mártir) por lo utilitario. Hará mal: pero vacunar es útil. Y los casos adversos se equiparaban a los *accidentes del trabajo*, como la ocupación en las minas, los viajes en tren tirado por locomotora Stephenson—y el oficio de rey. Que tiene sus quiebras esto: mas dentro de la inevitabilidad de la monarquía.

Tal es lo inglés. Pero bajo cualquier otro cielo, siempre rige esta ley mental, en punto a dogmas: un dogma cuesta establecerlo. Establecido que sea, será infrangible. La inteligencia humana—hasta que el Juicio no viene a sacudirla—es, de por sí, permanentista. Siempre.

Ahora se ha venido abajo el dogma de la utilidad de la vacuna. La magia, aun depotenciada, tiene por *mordente* la crematística. Y la guerra, en general, ha sido muy útil. La última, como las anteriores. Notad *en passant*: a cada guerra, en consecuencia de cada guerra, en la preparación de toda guerra, da pasos de gigante la medicina. Muchos adelantos médicos reconocen por causa la matanza última.

De todas suertes:

I. *Per Hecho de Armas*, se vino abajo la sección de la construcción dogmática jenneriana referente a la inmunidad para toda la vida. Ese hecho de armas fué la guerra hispano-



norteamericana, cuando lo del Mayne, el almirante Cervera y demás.

En aquella coyuntura los médicos norteamericanos convinieron en aconsejar que—descontando el hecho de que Edward Jenner era un señor demasiado confiado—*cada seis semanas* (ni una más ni una menos) se tenía que revacunar para que la inoculación fuese útil. Si no, era inútil.

A las seis semanas no se llegó de pronto. Primero se prepararon las inteligencias mediante una admisión de dos vacunas para toda la duración de una vida de ciudadano contribuyente sometido a la Salud de Estado. Pero ese bonito y elegante ritmo—Vacunación, Revacunación—fue hallado demasiado lento. Vino a imponerse una revacunación cada catorce años. Luego, cada siete años...

Así hasta las seis semanas de la guerra yanqui contra España. En tiempos de guerra, la medicina es progresiva. Ello es frecuente.

¿Por qué esas revacunaciones reentrantes? ¿Y por qué pararse en el mes y medio (exactamente, 4 + 2 semanas)?

La medida revacunacional, se tomaba, no a tontas y a locas: sino por un motivo. Y el motivo era, precisamente, que la *Viruela atacaba a los ya vacunados*. La Vacunación no inmuniza.

¿No se había partido del principio (del axioma) que la nocividad está contrarrestada por la inmunización utilitaria? Viendo abajo esta última condición, dos caminos. O renunciar a vacunar o revacunar. Se revacunó.

¡Pero es que la viruela seguía atacando—a revacunados, fijaos—aun dentro del Doríforo de Policeto de las Seis Semanas de Salud Estatal! El Estado establecía una Norma, una Salvación, un Resultado — y la Viruela no obedecía. El Estado había estafado, como cuando la variolización por el sistema Matah-Hufeland. El Estado había prometido obligato-

riamente salud, y era enfermedad. Salvación y era muerte (39).

La vacunación y revacunación y requetevacunación tenía que ser el *Signum* por el que reconoceríanse a los civilizados de los salvajes... Y ese signo era un estigma. Profundamente corridos y avergonzados, los médicos de Norteamérica consignaron en las manos de los sepultureros 261 *casos fatales* de 737 variolosos, a pesar del ritmo salvador de las Seis Semanas rituales. Era el 35 por 100. Fué un desastre.

La Vacunación es inútil.

Hay otro hecho de armas, acaso más expresivo. Y fué la guerra franco-alemana (la escaramuza para lo que después sobrevino y para la que se está armando ya) del año 1870. Proporcionemos algunos números.

II. El hecho, verdaderamente, fué postbélico, como la gripe del 1918. Y ya hemos dado cuenta, al por mayor, del hecho ese—*la Epidemia de viruela prusiana en 1871-72*— Hemos dado cuenta, sin números. Pasemos a la operación al detall.

La población de Prusia estaba entera y perfectamente vacunada. Cogieron, a pesar de todo, la viruela 420.000 de esas

(39) EL TESTIGO BRUCKNER Y LA LEY DE PRELACION

La vacuna fué lanzada para premunir. La empresa fracasó. Está demostrado.

Pero, llegada la epidemia, ¿quiénes caen, los primeros?

Según Bruckner, los vacunados.

El Dr. Bruckner ha observado muchas epidemias. Todos los médicos, han observado muchos casos de viruela, en sitios que ni se conocían (por ejemplo, en Dinamarca). Nosotros sembramos «algo» que iba de capa caída ya—la viruela. Pues bien, Bruckner concluye sus observaciones *in situ*:

«En todas las epidemias de viruela que he conocido, los primeros casos se produjeron entre los vacunados y revacunados.»

Tal es, en todo caso, la *aproximada inducción* o ley del Dr. Bruckner. Es un buen testigo. Seguid apuntando.

sumisas y estigmatizadas personas. Murieron unas 130.000 (exactamente 129.148, cuidado...). Fué así.

Ahí tenéis números. Esa Aritmética es brutal, de primera mano y no está de ningún modo dirigida.

La vacuna no protege contra la viruela. *La vacunación es inútil.*

III. Hay otros hechos de armas. Mi texto—bien lo sabéis—no está concebido como Elenchus Mortuorum, sino como diagnóstico y terapéutica de la Dialéctica Medicorum pésima. La Medicina es una enfermedad.

Mi texto no está concebido y redactado para demostrar que, por hechos de armas, progresa la actitud médica del género humano. Para establecer la relación entre guerra y progreso médico. No. Sino para aclarar la duda de si, realmente, la Medicina no fuera acaso una guerra. Una propia y verdadera guerra contra la Salud en general. Tal es la intención, al menos, lógrese o se fracase.

Continuemos (vamos a acabar, ya ahora) un instante más con el tema de que la vacunación ha equivalido—y está equivaliendo—a una guerra. El hecho de armas continúa. Prosigamos ilustrando la tesis de que, nociva, vacunación y revacunación y requetevacunación es *inútil* (para el fin perseguido) absolutamente inútil.

Se apunta a un blanco: no se pega. El tiro, sin embargo, hace víctimas por los alrededores. Tal es la situación de veras.

Y no hay dudas. Es que no hay dudas posibles. Pero conozco algo más resistente que el bronce: la opinión de un fanático. Al adorador de Matah, no le vayáis con «argumento» contra la (in oculo) variolización. En la esperanza, acaso vana, de que todavía pueda servir el peso leve de un último razonamiento para precipitar de pronto en la heterodoxia a los que entraron en saludables dudas, acordémonos de los ci-

vilizadísimos japoneses. Dimos cuenta de ellos, también, al por mayor. Hagamos un poco de números.

No hay que decir que no vamos a dirigir de ningún modo nuestra Aritmética: los datos están en un muy útil librito de W. A. Heynen, que ha circulado mucho por América y que está muy convencidamente escrito.

Los japoneses, en su Proceso colectivo vacunados, han sido bien desgraciados. Imaginad por un momento... Pero la cosa vale la pena de hacer una pausa y de abrir un capítulo. Borrón y cuenta nueva. Vamos a olvidar por un instante todo lo que aquí hemos razonado sobre lógica mágico-médica, y nos vamos a dedicar al solo sector—tabula rasa—del Japón y de las Filipinas.

Ustedes van a ver que, con ese sector sólo, ya hay todos los ingredientes necesarios para componerse a sí mismo y engullar la siguiente píldora: con la nocividad, *Inutilidad de la Vacuna*.

Es un hecho de armas muy bonito.

IX

25.—Pues decíamos ayer, imaginad un buen hijo del fango que, por meses y meses, se prepara a recoger los frutos de los desvelos en la cosecha que sueña. Todo ha sido calculado y realizado escrupulosamente: selección de la semilla, época clima ha sido favorable, la estación propicia. Invierno, ideal más que deseable. Todo ha ido, en fin, bien, *bien* ¡pero la cosecha se malogra!

¿Por qué? No hay por qué. No hay granizo, no hay ratones devastadores, todas las precauciones habidas y por haber han sido tomados... Pero, nada de cosecha. ¿Por qué?

Es un pequeño apólogo banal—el del Hijo del Fango sin cosecha—para servir de introducción o prolegómenos al atroz *impasse* o trampa—o estafa—que la historia registra bajo el nombre de *Quiebra Vacunal del Japón*, en masa y a todo peso, en la coyuntura post-bélica en que logró humillar a la raza blanca. ¡Sí, pero esta la vacunó!

26. La victoria contra Rusia reveló, aun a los ciegos, y con los prodigios del Harakirismo, la socarrona potencia de los Samurais. En 1905 hubo un cambio sobre el eje de torsión de la mentalidad europea respecto a los Hijos de la Espuma de allá, por donde el Sol Naciente. Entonces precisamente dejó de hablarse del «peligro amarillo»; puesto que los Amarillos denunciaron, alto y rotundo, el BLANCO PELIGRO. Pero esos salvajes—como nos llamaban a nosotros—, pues esos salvajes, los blancos, habían vacunado a los japoneses.

Y fué una broma pesadísima. Aquí viene a pelo lo del payés que siembra, siembra, y todo va bien. Pero la cosecha no viene.

La cosecha era: Inmunidad contra la Viruela; por vacuna. Y el presupuesto: Inoculación, obligatoriamente.

Los japoneses no se lo dejaron repetir: estaban hasta los topes de viruela negra (como todas las poblaciones en general de cualquier Oriente), y se metieron en la escuela de Jenner, como en la de Watt, en la de Krupp, en la del barón de Rothschild... El Estado Japonés vacunó.

Empezó en 1874, esto es, dos años después de la Gran Epidemia de Prusia—y seguramente aleccionados por tan horrendo flagelo. ¿Pero qué lección? ¿De qué les sirvió la lección?

Parecía lo natural, que, visto y considerado que la población prusiana hacía *caído*, a pesar—¿y a causa?—de todas las vacunas; y puesto que las víctimas fueron como medio

millón (faltaba pico), con unas 130.000 de las mismas efectivamente para el sepulturero; resultando de todos modos que Vacunación no es Inmunización; resultando que Vacunar es inútil (aparte el peligro); que inútil es revacunar y requetevacunar—parecía, he empezado por decir, que los civilizables Hijos de la Espuma

1.º No se vacunasen.

2.º Que, si en lo particular empeñábanse en ser vacunados (por eurásico, mimetismo y postín), pues jurídicamente, al menos, no obligasen a los disconformes y (mucho menos) en nombre de una *raison d'Etat* como abominable Salud de Estado. Eso, nunca.

La cosa se cae de su peso, parece. Parecía lo natural. Mas vosotros entonces olvidáis todo el título de mi texto. Claro es, que iniciábamos el capítulo sobre Filipinos (ya van a venir) y Nipones—estamos en ellos—bajo el pacto de hacer Tabla Rasa de cuanto habíamos aprendido hasta aquí... Perfectamente: en nuestra Tabla Rasa algún rápido intelecto de aprovechable alumno y estudiante, traza, sin titubeo alguno:

La Medicina es una Enfermedad (40).

No tendría que ser así... No tendría. Pero es. La historia no se escribe en condicional, sino con hechos. El hecho es que la Medicina es una Enfermedad, y que se la contagiarnos a

(40) Lahmann ha dicho a las Institutrices de Dresde: —«Lo digo con frecuencia. Es de lamentar que tengamos necesidad de padres.» Si el público fuese capaz de conciencia, podríamos hasta asistir a una epidemia de parricidios. Porque, como en la época de Bernheim, pudo decirse, contra el Dr. Charcot: «El hombre es un animal racional e hipnotizable», pues así, en la época jenneriana, vige: «el hombre es un animal vacunado». Y, a los que se rebelan contra la maternidad porque los echó al mundo, se les tendría que encender la sangre pensando en que, a más, se les vacunó.—La conciencia carencial es una defensa de la naturaleza misma, para que el hombre siga tirando.

Pero este aviso, a las madres nuevas: Que no os maldigan vuestros hijos!

No atentéis a la vida, a la integridad, a la salud y porvenir del niño.

los japoneses, nosotros de la raza blanca. En previsión de que en 1905 nos humillaran, por si acaso.

Los salvajes tienen muy buenas defensas hoy. A los salvajes (no los hay, ya se sabe, en lo absoluto: sino civilizados salvajes, que salvajes *in abstracto*, no), pues a los salvajes les han salido—Hecho de Guerra—bastantes buenos defensores. Que no son, ni muchísimo menos, *des élèves de Rousseau*. A los salvajes, en primer lugar, los hemos defendido nosotros todos, matándonos en el Anfiteatro Europeo, y haciéndoles servir, o de espectadores que de sus asombros no salían, ni salen, o bien de Actores para medirse con la flor y nata del Peligro Blanco. Además, Lévy-Brühl, en momento crítico, sirvió de intermediario entre la Ciencia Anglo-sajona y esos Andaluces de exportación comúnmente llamados «latinos» por eufemismo romántico. El salvaje, de todos modos, ha sido bien rehabilitado. Ya estaba en el candelero, desde Jenner, ese Hijo del Fango. Matah empuña una lanceta, y exige víctimas, como en el país del Mahajanasutralamkara (la más vasta obra de Piedad salida nunca a la luz del mundo) y del «león místico» Vivekananda, precursor del Mahatma Gandhi...

El salvaje ha sido tan rehabilitado, que los civilizados han entonado el yo pecador: «Les hemos enseñado a matar.» «Nos hemos matado, ante sus ojos aterrorizados.» «Les hemos dado el alcohol, la sífilis, el cáncer.» «Les hemos dado unas leyes»...

Y la de la vacunación. La Enfermedad Constitucional de la Medicina por sueros, vacunas y drogas—tal es el mejor de todos los *Xenia* que los japoneses en fatal día para ellos, alargaron la mano para tomarnos—. Humillaron a la raza blanca. Sí, pero ésta estaba ya prevenida: los vacunó.

La vacunación es obligatoria en el Japón por una ley dictada el año 1876. Dejaron de ser salvajes ipso facto. La ley no parecía muy segura, y fué refrendada once años después.

Todo ciudadano del Imperio del Sol Naciente tenía que estar vacunado a los seis meses de edad. Luego, a los seis años.

No se había descubierto aún el ritmo (sobre cuya eficacia insistimos en hacer tabla rasa), el rito de las Seis Semanas. Pero se iba a ello. A los 14 años, todos los japoneses eran inoculados—in oculo—otra vez. Pero todos, sin que faltara uno siquiera...

La Viruela no se tenía que presentar. ¡Absurdo! Se presentó.

Al entrar en el servicio militar, linfa. Al susurrarse que había «casos» de viruela, linfa, también. Vacunad, vacunad... y Matah reconocerá a los suyos.

Fué una especie de Batalla de Albi. La Medicina es una guerra. Es un Hecho permanente de Armas contra la salud social. Es una de las agresiones más vivas, contra las razas de color, por la Raza Blanca hegemónica...

Es el Peligro Blanco: una de sus fases o manifestaciones.

27.—Entre los cultos y rápidamente europeizables Nipones (de los mejores cirujanos del mundo; de los mejores bacteriólogos, también) se estabilizó lo que propuse denominar Permanentismo o substancialismo pato-terapéutico; la doctrina de que la Enfermedad es lo Invariante (dirían los relativistas, que no son tales relativistas, sino Permanentistas también ellos); la doctrina de la *especificidad* de las enfermedades. Eso fué lo que se estabilizó allá, en aquellas cabezas de aprendices sagaces.

Nosotros los sometimos a un verdadero dumping. Con él, a la bancarrota... Vacunaron: por centenares, por millares se fueron a un Nirwana que tuvo la ventaja, esta vez, de abrirse bajo el signo de Matah *made in England*.

—Es que no sabían preparar la linfa...

¿Que no la sabían preparar?

¿Y cuándo se sabe preparar entonces? El problema es gravísimo. Puesto que no toca la habilidad de tal o cual bacteriólogo; no la seriedad del Laboratorio que expende la mercancía. Sino el género de ella, su naturaleza. Es Nociva. Es Inútil. Eso, por ser linfa, y dejando aparte lo de las habilidades.

El más cruel sofisma que pueda perpetrarse nunca, sobre el lecho de las víctimas, y en el corro de familias estafadas—en respetables desahogos de llantos—, pues es ése, ¡a ver si no es verdad! de echarle la culpa, al campesino, de que no recogió la cosecha porque la semilla no fué «seleccionada». ¡Pero si la garantizabais vosotros!

No es cuestión de *preparación*. Es cuestión de *naturaleza*. ¡También Hufeland, cuando la Matanza de Turingia, hubiera podido escurrir el bulto, bajo la excusa—más criminosa todavía que el desafortunado y concreto Hecho de Armas—de que la variolización fué fatal... porque el «virus» no reunía las requeridas condiciones del caso!

Hufeland era mucho más honesto. Confesó que hubo desgracia y se acogió a la Aritmética dirigida. Nada más. «Conmigo—ha dicho en substancia—los habitantes de la Turingia han caído en la proporción del 30 por 100 bruto. Y sin mí... la viruela los hubiera matado doble.» Nada más.

Eso es mucho más honesto. Ya trataremos de lo de la calidad de la linfa—que lo merece—, y, por ahora fijémonos en que en el acto de ir a coger la cosecha de la Inmunidad, los merecedores (revacunadísimos) de la estirpe blanca... se encuentran, *post-bellum*, con 18.000 enfermos de viruela. Muertos enteramente: 6.000

La historia se repite: es el 30 por 100.

Kant ha debido de estremecerse en su tumba, toda vez

que Hufeland, médico de Federico Guillermo III, médico del mismo Kant, ha sido refutado por aplastamiento.

La confutación llega un poco tarde. No, pero mirad: el 30 por 100 Hufeland, no es el mismo, el mismito 30 por 100 que la Muerte libérrima nipónica establece como tipo de desengaño antivariolizante, revacunizador «hundred per cent».

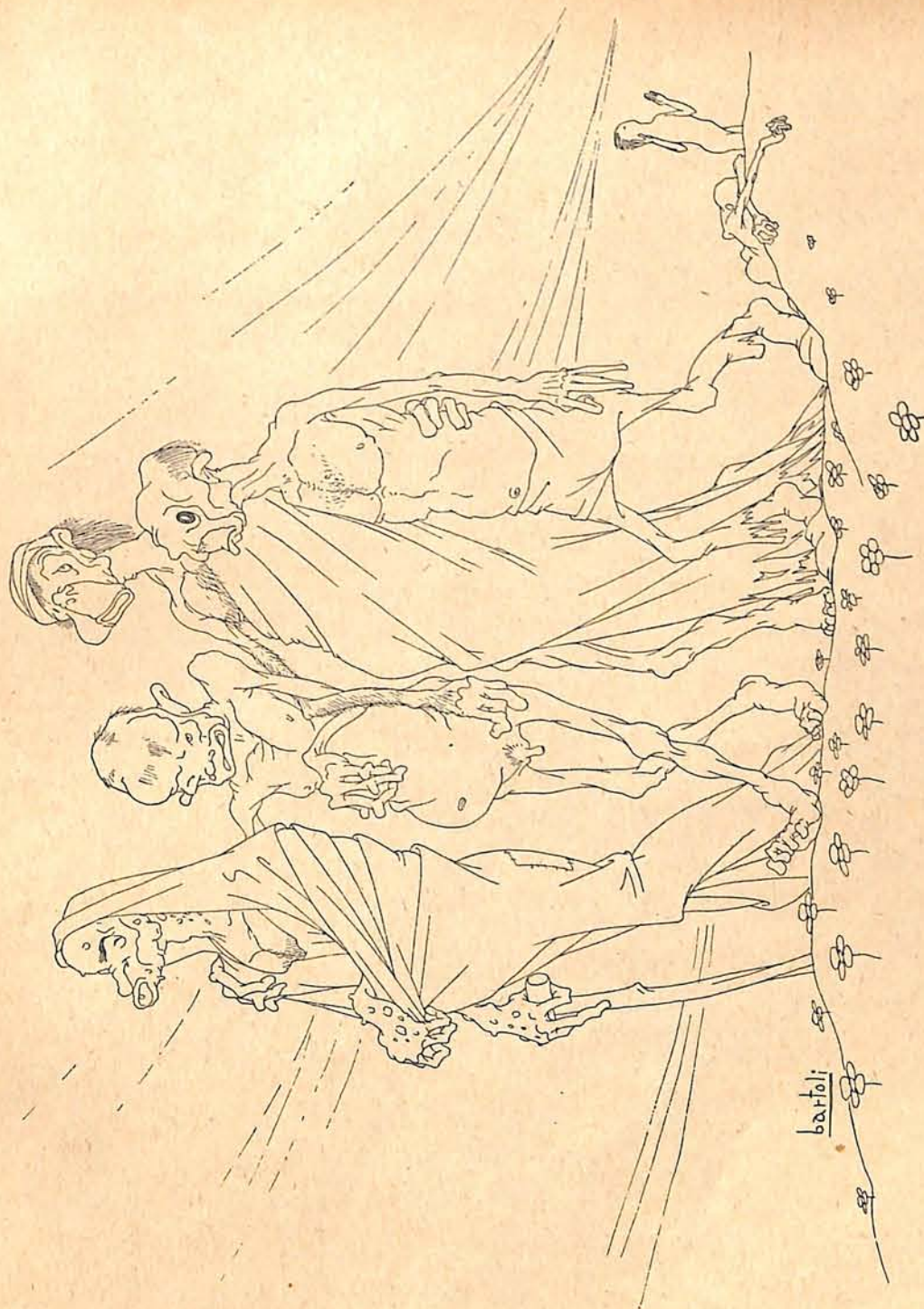
¿Qué es el hombre en las cárceles del Estado? Un número. ¿En la milicia? ¿En los asilos? ¿En los nosocomios? Tal cama, tal número. Tal caso numérico. La Medicina viene de la Magia: va hacia la adulta razón. Se ha quedado en mitad del camino y así la vemos. Por hoy, así es. Pues bien, la matemática médica es caricatural. Nuestra fisiología, cadavérica. Nuestra serología un rito del Matahismo—nuestra lógica una enfermedad (41).

El tema de la vacuna no tiene que abandonarse todavía. El pasará, pronto, a la historia, con la Maniobra de la Triaca

En Bolonia, en el Archigimnasio, os enseñan todavía el patio augusto en que pública y solemnemente se preparaba—en días señalados—la Triaca. Algo así como pasa de 150 substancias, para prepararla y despacharla. Toda una solemnidad. La Salud del Estado exigía entonces esa «linfa», y en su balcón Galvani experimentaba ciertamente sobre su mutilada rana. La Medicina tiene que entrar al fin en la Epoca de Volta. Por ahora está en la Era de la Triaca. La Medicina será severo Juicio. *Vis Judicii Medicatrix*. Hela ahí, en cambio: por ahora, es un atentado, un ultrajante sofisma, una lesión en el poder coordinador del raciocinio, una infantil dolencia y crónica enfermedad.

(41) AGUDO Y CRONICO EN RELACION CON EL PRESUPUESTO MORBOSO DEL HOMBRE

Se combate a sangre y fuego lo agudo. No hay armas contra lo crónico. Lo que el *Apprenti Sorcier* quiera «probar», lo va ahogando. Es que



Es hora sonada de entrar en ese viejo campo, a hierro y fuego de dialéctica. Los médicos no saben pensar, no quieren pensar, no pueden pensar, no quieren querer pensar. Ellos no salen de la iatroquímica sino para entrar en los manoseos y arrancamientos de entrañas, vasos y nervios. Y no salen de esa quiropráctica sino para abrirse paso hacia una «psicología» que es la lógica del pobre. Lumpenlogik.

La Medicina es una enfermedad de crecimiento. Esa enfermedad es suciedad.

Con los sucios jugos tomados de las bestias, y transportados a sus civilizables ciudadanos niños y soldados (materia prevalente en el experimento: carne de recambio), el Japón no pudo de ninguna manera librarse del 30 por 100 de muertes por viruela en el año 1908.

Desde 1889, hasta ese año crítico de mala (inexplicablemente), pésima cosecha, el Japón tuvo, con exactitud, 171.500 casos de viruela, con una mortandad de cerca de 50.000 hombres. El 28 por 100.

¡Es que no nos movemos de ahí, pues! Habían prometido la vida: era la muerte. Con ese tope, sin embargo, y excusad si es poco. La muerte estaba saturada a 30 grados escasos:

¿De qué os sirve vuestro Permanentismo? *A che giova*—como dicen en Toscana—nuestra Especificidad?

Si sabéis la respuesta, decídmela. Pero no a mí: a los irremisibles hechos (42).

a ti, médico, te han enseñado una cosa en el aula de química y otra en la de serología. En el aula de química, tu mente se rige por la ley de Constancia. En patología, tú eres un hechicero siempre en déficit: das por muerto a un enemigo, que a las espaldas en seguida reaparece. Y te *sorprende*.

(42) A LA MEMORIA DE VERDE-DELISLE

«La Academia no sólo deja de interrogar a la experiencia, sino que protesta contra ella y rehusa todos sus datos: tiene a su dios Vacuna en tanta veneración, que no permite ni discusión ni examen.» Desde que el

28.—Es un hecho que la Vacuna no inmuniza. Es un hecho irrefutable que, países civiles, vacunados y revacunados, padecen y mueren de Viruela, contra todo lo que se les había prometido. Está incontrastablemente sentado como hecho que la vacunación no *asegura*, ni a la colectividad ni al individuo. Nociva, la Vacuna no debe admitirse en el organismo del hombre. Inútil, no hay ya de ella pero que ni hablar.

Esos son los hechos.

¿Entonces? Pero hay algo más resistente que el bronce, etcétera, etc., etc. La cosa no podía acabar sino en lo que se preveía: en el más ruidoso de todos los descréditos.

Ha acabado mucho peor: en la broma. No olvidemos que Jenner es compatriota de Sterne, de Dickens y de Swift. El buen sentido, al fin, del pueblo inglés acabó por no tomar la cosa tan a pecho.

Mas digo mal: no ha sido el pueblo, sino la nobleza, la que ha reducido a monetario materialismo lo de la utilidad de una linfa que ya empezó, por lo pronto, a hacer tísicos desde los primeros niños sacrificados a Matah, para que el sico-fante estuviese en el candelero. Jenner fué un mal padre. Un fanático que anestesió su corazón. Ha hecho adeptos.

Decía que la nobleza ha reducido la Utilidad a una apues-

Atila del cow pox escribió esa frase, hace 80 y pico de años, la Experiencia ha invadido rudamente la sesión de la Academia, y ha dividido al cuerpo médico. Pero el dios sigue, en tal cual país, todavía en los altares porque, Negocio y Ciencia (la que fuere) en principio, la Vacuna—rota y disuelta la síntesis—no queda sino como empleo. La vacuna se sobrevive a sí misma, porque, ella cayendo definitivamente, quebraría la Banca del Suero. Que es como la Tabacalera, las refinerías de azúcar o la venta del opio en polvo mezclado con fino tabaco.

La Farmacopea es otra empresa que tiene, contra ella, la Experiencia. Pero Civilización es Intoxicación. Contra la Naturaleza tiene que funcionar, hasta lo último, un envenenador Estado bajo la dictadura sanitaria más monstruosamente hipócrita de que hay hasta ahora noticia en la historia de no importa qué pueblo. Quod non faecerunt Barbari faecerunt Medici. Fuimos los Cosmes de la Pusificación y los Lorenzaccio de una república de lancetas y jeringas.

ta. Lord Dysard ha concebido la idea—publicada ipso facto—de convertir la lucha ideológica Pro o Contra Linfa, en un episodio de Derby. Ya Swift sostenía que los hombres en Inglaterra son como caballos—inferiores a los caballos—. La apuesta de Lord Dysard consiste en 1.000 libras esterlinas para el que pueda demostrar y demuestre (1.º) que la Vacunación inmuniza contra la Viruela. (2.º) Que no es perjudicial.

La apuesta ya ha sido vencida; los Antijennerianos han, no vencido, triunfado.

Mas contra todos los hechos, los razonamientos, los desafíos, las apuestas, no dudéis: se seguirá todavía vacunando. Los médicos de mi familia eran como los augures.

Augures de Marco Tulio son aquí todos los otros prácticos. Está mal hecha la Tabla de Categorías, ni aun después de la mejora introducida por Kant en la lista del gran maestro de Alejandro el Grande, ni aun después del vendaval dialéctico que hizo pasar el soberano Hegel sobre las listas del ilustre enfermo del Hufeland variolizador. En las categorías hay que debutar—sospecho y firmemente me parece—por el Remedio, la busca del Remedio, la categoría es Médica, y todo el pensar es eso: un medicarse. ¿Crítica de la razón pura? «Así se medicaba el viejo Kant». Pero esa Categoría, esa Unica Categoría—la Paniatria—se hace. Será. Y, en tanto, en el trabajo colosal de realizarla, en plena Embriología, el juicio por el que tiene sentido la historia deja *huellas* monstruosas de materiales no asimilados. La ciencia médica de hoy es (bajo el punto de vista del raciocinio y de la común física) un enorme Paralogismo, servido descaradamente por una Aritmética dirigida sobre hechos nunca interpretados. La Terapéutica es Patología—y, en complejo, Medicina es *fructus teratologicus*.

Una sola «Proposición de Suicida»—cual, ya sabemos, dicen los lógicos ingleses—, tal es la medicina de los textos.

La de la práctica, una mala acción. El caso de la revacunación japonesa y alemana enseña. La Medicina no deja de ser una enfermedad sino para ser una superstición y un crimen. Con sus terrores hipotéticos, que infunde, todo le parece poco para disimular su terrorista y categórica actuación (43).

Pero la cosa ha sido tomada a chacota y—medioeval episodio de la Danza Macabra—ha ocurrido en la ciudad de Londres y en 9 de junio de 1925 (constatad las fechas y relacionadlas con las encefalitis de Holanda), pues ha ocurrido que se ha representado la siguiente farsa, digna de los mejores momentos del autor del «Cuento de Invierno» o de «La Tempestad»...

Quería hablaros de las Filipinas, de las aparatosas heca-

(43) DEBE Y HABER DEL DR. VERDE-DELSISLE

No a excusa, sino a confirmación, de cuanto dejé escrito en la Inicial Memoria, con la que abrí mi texto; y no para desagravio, sino para justificación de mi crítica al ilustre antivacunista:

La enemiga de Verdé-Deslisle, es la Academia. ¿Por qué no ataca al *inspirador*, precisamente de la Academia? El respeto supersticioso de V.—D., por Eduardo Jenner, se sorprende, y no sin profundo disgusto por cierto, al poner la que llamé Cláusula de Tiempo.—«¿Quién creará que al solicitar y obtener semejante ley (de vacunación obligatoria), las Academias cargaron con una responsabilidad enorme? Nosotros no vacilamos en asegurar que obraron con demasiada ligereza y que, arrastrados por el carácter maravilloso del descubrimiento de Jenner, no esperaron los resultados de la experiencia.» ¡Sí, pero y Jenner? Siempre, Verdé-Deslisle, siempre, olvida a su Edwar Jenner por sus *ligeras* Academias. Si las Academias «tenían que haber esperado los resultados de la experiencia», pues, ¿y Jenner? ¿Ese no?

Y, *para esperar los resultados de la experiencia*, ¿no habría tenido, Jenner, sencillamente, que haber hecho esto: no vacunar nunca? PORQUE ERA LA IDEA, QUE ERA UN CRIMEN. Era una idea «nacida en un siglo acientífico». Las ideas, se realizan cuando son ideas. Mientras que la Ocurrencia j Jenneriana era, en sí, un absurdo. Un grosero error e ignorancia. *Pensar lo que pensó Jenner, ya era un homicidio.*

Y, si homicidio resultó—es de experiencia—, pues digo que las Academias j Jennerianas, como los Gobiernos, siguieron un *crescendo*, que inició (perpetró, ejecutó) Jenner mismo. Acusad: bien. Pero a todos, o a ninguno. Y acusad al iniciador responsable. Empezad por el principio.

tombes por Viruela, entre revacunados de las Filipinas—pero hay que dosificar las emociones. Vais a asistir a un desafío que hubiera regocijado al Príncipe Harry lo mismo que al despreocupado Falstaff.

Al episodio ha faltado sólo (para nuestro gusto) la intervención activa de Bottom, Cabeza de Asno.

Ciertas cosas no se pueden dar más que en el Reino Unido de Inglaterra y el País de Gales. Jenner merecía otro fin: no tenía que acabar entre carcajadas, por todo Te Deum. Pero los ingleses son así.

29.—El día 9 de junio de 1925, pues, el doctor R. A. Lyster, fervoroso j Jenneriano—esto es, un sabio muy descontento de la desgarradora acción nacional de la anti vaccination League—lanza el siguiente cartel de desafío:

1.º Veinticuatro voluntarios de Lyster, por él escogidos—y no hay que decir debidamente vacunados—marcharán al encuentro de enfermos graves de viruela,

2.º siempre y cuando la Liga Antivacunal de Inglaterra proporcione igual número de hombres, dispuestos (no vacunados, claro, que, si no, ¡para qué!), dispuestos, pues, a medirse con el enemigo, afrontándola—*caeteris paribus*—en su propio campo.

Entonces inciden los siguientes grupos de diálogos...

—Usted, Lyster, pretendería que figurásemos en el repertorio de víctimas, por una parte, que se abrieron con la condena a tuberculosis de los primeros niños j Jennerianos. Y, por otra parte, víctimas de una infección—que, ya sabemos, es un peligro. Ya lo sabemos.

—Para mí no—dice secamente el doctor R. A. Lyster—. No para mí—insiste, en toda su calidad, Lyster, de Jefe del Servicio Médico de Hampshire, y profesor (además) del Hospital de San Bartolomé.

—¿Y para sus hombres?—insinúa la Liga.

—Para mis veinticuatro voluntarios, tampoco.

—Pues, para nosotros, sí... Hay peligro.

—¿Lo estáis viendo?

—Ninguna victoria, porque la Liga inglesa antivacunista nunca ha dicho que el no estar vacunados equivale a estar *inmunes*. ¿Comprendéis?

—Claro que comprendo eso, señores antivacunaes. Pero vacunaos y no habrá peligro.

—Lo hay.

—No, no que no lo hay.

¡Pues marchen! A ver quién es el que se atreve a enfrentarse con los atacados.

Como los veinticuatro voluntarios desafiados no marcharon de ninguna manera—«ni por esas»—pues el otro team de voluntarios del profesor vacunador... siguieron marchando. ¡Si no se movían! Si era, la obligación de esos caballeros, curar, precisamente variolosos.

Y es lo que la League en seguida contestó:

—Vosotros estáis acostumbrados. Nosotros, no. Es vuestro oficio. Si hay percance, «accidente del trabajo».

El doctor Lyster cantaba ya victoria, declarando fuera de la civilización médica a esos clientes dignos de ser deportados en alguna isla del Pacífico, fuera del comercio con los Jennerizados civilizados.

Pero en esto, Thompson vino a aguar la fiesta. Un cierto James C. Thompson, de la ciudad de Edimburgo, aceptó el desafío. El se prestaba al ataque...

Lyster, ya, no contestó a eso.

Había querido aterrorizar el sabio profesor del Hospital de San Bartolomé. Mas, puesto que Thompson no mostraba *síntomas*, prefirió perder la partida. ¿Y si no se enfermaba el antivacunista Thompson de Edimburgo?



Todo podría ser. Y Lyster no contestó.

El caso ha pasado a los periódicos satíricos. Bottom se ha puesto de acuerdo con Bumble para mermar el menor prestigio que pueda a la lanceta patriótica. ¡Devolvednos los caídos de Turingia! Y en Prusia, y en el Japón.

La vacunización es inútil. ¿Queréis resistir a una epidemia? Sed fuertes. Sed limpios. Por ahora no hay otro secreto. Pero las Filipinas nos aguardan. Este va a ser, por el hemisferio de Jenner, la última de nuestras excursiones y no será (preveo) la menos aleccionadora.

X

30.—Lo de las Filipinas es, vamos, ya el acabóse. Después de lo de Filipinas—y haciendo tabula rasa de cuanto hasta ahora aprendimos—el pueblo se tendrá que levantar contra la Salud del Estado, la razón contra los dictadores. Con la sola y escueta *Cuestión de la Viruela entre los revacunados de las Islas Filipinas*, nada más que con la cuestión esa, ya hay más que suficiente materia (*matter*, causa) para responder a la pregunta: «¿Se debe vacunar?» —No. A la pregunta, «¿A quién se puede vacunar?» —A nadie.

¿Qué contraindicaciones para dejar de vacunar? Todas. Vivir, es ya una contraindicación.

Eso es lo que va a enseñaros, por si no lo supieseis ya, el odioso Campo de Experimentos colectivos ante el que—por la última vez ahora—os vais a poder poner.

31.—Cuando nosotros perdimos Cuba, Puerto Rico, Filipinas y todo lo demás de la penúltima serie, nuestros vencedores nos declararon ante el mundo entero salvajes, con los coloniales. El trabajo higiénico de los norteamericanos fué en-

comiable—y a la altura, y excusad si es poco, de su rapacidad. Se vacunó en larga escala...

Esto, ya es harina de otro costal: la Viruela seguía visitando a aquellas gentes. *La vacunación filipina fué inútil.*

I. Hay un año de partida: el 1905. Hasta el año 1905, no se vacunó de modo Estatal a la población de las Islas Filipinas. En 1905, ya había empezado esa vacunación. Mortalidad por viruela: el 10 por 100 de los atacados, *antes de 1905.*

Pero la vacunación comienza: como si, de pronto, se animaran los rescoldos de un fuego enterrado, la mortalidad subió al 25 por 100. Y, en algunas partes, *hasta el 50 por 100* subió. Esos son números. Tales son los hechos.

II.—13, 14 años después: después del *aviso 1905-06*, la hecatombe horrorosa 1918-19.

Se había seguido vacunando. La Medicina norteamericana, el Servicio Sanitario—muy severo—imponía su bárbara Salud Estatal. Habían prometido, a la población de esa vieja colonia, *inmunización garantizada*. Sobrevino, por toda contestación de la Naturaleza, una espantosa epidemia de auténtica viruela. ¿Y la mortandad?

El 65 por 100 de casos, son defunciones.

Ese es el hecho. Ahora, contestadme.

32.—Las cifras, están controladas. Son las que ha favorecido a la meditación y resignación pública, el Servicio Sanitario de las Filipinas, con correspondiente «Informe». Las cifras, constan en el librito ya citado de W. H. Heynen, editado en español por J. Samet, en Buenos Aires.

¿Cómo se explica esa mortalidad? Y Heynen mismo cita las cónicas palabras (textuales) del Informe: *La mortalidad es inexplicable...*

Eso es. Es el misterio, lo superracional, lo increíble, pero credo quia absurdum. Vacunaos, os tenemos que vacunar. Obligatoriamente os vacunareís.

Tal es la situación. No, os digo que, con el solo Caso Filipinas, en su conjunto, ya hay la *conditio sufficiens et sine qua non* para que empecéis a entrar por vereda, pero conozco algo más resistente que el bronce, y es... Etc. Etc. Etc. Etc.

Esto es teología, ya no es medicina. Hechicería es, que no ciencia. Aquí el cinismo llega a los límites mismos de lo quimérico y de lo absurdo—y la Medicina es una enfermedad. Pero furiosa. Eso no es sofisma, sino asesinato verdadero (36).

«La mortandad es *casi inexplicable*». Así, con reserva y todo. La Medicina es una estafa. La Medicina vacunista es una banca en suspensión de pagos.

En fin, de once millones de habitantes, más de cien mil (exactamente 100.981) contraieron la viruela, vacunados y todo. De esos cien mil, cerca de sesenta mil, sesenta mil (exactamente, 59.741), nada, que se fueron al otro barrio. *Inútil y nociva vacuna*, pues. Esos son los hechos.

33.—Pero el caso de las Islas Filipinas no sería enteramente instructivo y aleccionador, en faltando este requisito: la falsificación de la Aritmética.

La Aritmética ha sido *dirigida*, en Filipinas, tranquilizaos. Los datos estadísticos de la Visita de la antijenneriana Viruela de las Islas Filipinas, a los hogares de los revacunados y requetevacunados, pues esos datos... no concuerdan. Los enfermos, fueron más. Las muertes, más, muchas más de lo que cuenta el Servicio Sanitario.

El caso es gravísimo, y me detengo. La Medicina profesional está en ese estado que, en la Escuela Ricardiana, se llama (para el caso de una banca) *situación de lucro cesante y daño emergente* (37). A los que les gustan estas cuestiones, yo

ahora remito a mi Conferencia de Gracia (2 enero 1932): «La guerra del mundo y la muerte del Oro». Como institución bancaria, la ciencia mago-médica tiene que ocultar su balance para no alarmar.

Las cifras proporcionadas, de todos modos, en ocasión de la Epidemia de viruela de las Islas Filipinas, bajo la dominación yanqui, son cifras reveladoras de una *Falsedad en acto público*. Un delito que, aquí, hasta con catorce años se puede castigar.

Y la *raison d'Etat* exige hasta esos delitos. Lo reconozco, el ilustre y despreocupadísimo doctor Tanin (del Hôpital des Enfants Malades) es mucho más honesto, cuando, en el acto de inyectar a sus infelices enfermos virus de brazo adulto vacunado (y sifilítico), pues ese Tanin constata *de visu* que, por el instante, no pasa nada, «no hay síntomas», y pasa a otra cosa.

Mientras que, en la epidemia 1918-19, los muertos estaban de cuerpo presente: y no eran «cerca» de 60.000, sino más, más de 60.000 (exactamente, 63.434 muertos).

En fin, se llegó a este acuerdo: los enfermos de viruela (vacunados) ascendieron a un total de 145.317 «casos».

La Aritmética se dirige, pero no tanto.

Tales son, de todas suertes, los hechos.

XI

34.—He demostrado que la Vacuna es Inútil. Antes, resultó nociva, de veras. Inútil cuanto al resultado previsto; nociva respecto a hechos de muerte, de que la Medicina es *directamente responsable*. En vista de lo increíble, y para creer en lo increíble, saltándose a pie juntillas los Casos, la Salud de Estado tiene sin embargo un último recurso: apela

AL CONCEPTO DE BENIGNIDAD

35.—En el concepto de Benignidad de una epidemia de viruela, por la acción frenadora de la vacuna, es donde sorprendéis, realmente, la sonrisa convencional de los ciceronianos Augures.

1.º Las epidemias, son mucho más benignas que «otras veces».

2.º Esa benignidad es *debida* a la vacunación obligatoria.

3.º Tal inmunidad benéficamente *se debe de transmitir* y se transmite.

Vosotros aprenderéis lo insidioso de ese razonamiento por peticiones de principio y por actos de fe impuestos por Salud de Estado.

La viruela, ¿es más benigna?

La concepción está hecha para que la acate un fanático devoto de Matah. Ese antropomórfico lenguaje es en sí mismo sospechoso. Así, no hablarían ni un físico, ni ningún matemático.

Mas, vaya por la benignidad. ¿El carácter benigno de la viruela se debe a la acción de la vacuna?

¿*Deja de ser maligna*, la viruela, entre gentes (y sólo en ellas) vacunadas?

La imaginaria inmunidad que os promete la vacunación, ¿se hereda?

¿Y, entonces, cómo es que no se ha heredado una *inmunidad natural*—como la que es real efecto de la viruela—en todo el curso de padecimientos y muertes (por viruela) en cualquier familia de la especie humana?

Pero es benignidad no responder. Matah vigila, y no hay que ofender los misteriosos pudores de Matah.

Tal es la *forma mentis* medicinal (44).

Ya tenéis las dudas. Ya tenéis los hechos ; ahora, ¡ defende de tu piel contra tu médico !

Las piezas del Proceso están reunidas. Sois árbitros : juzgad.

(44) GESTOS MENTALES COMO CURACIONES

1.—Tiempo es Dolor. La vida es Cronolisis. El juicio es el apogeo de la vida mental,—la vida mental el apogeo de la vida. Por la Fuerza del Juicio, y en la lucha contra el Tiempo, el hombre llega a estos dos *Gestos* : el gesto fluidista, el gesto frenador del Tiempo, o permanentista.

El primer Gesto, va, en Europa, de Heráclito a Bergson. El segundo Gesto, de Parménides y Zenón a Einstein y los llamados relativistas, en el vulgar sentido y acepción : (sino que son *correlacionadores*, permanentistas).

Ambos Gestos Mentales (juicios plasmados en la substancia mental) son *medicaciones*. Pensar en medicarse. No tienen otro valor. No hay «razón pura». Todo es una patética e interesada razón.—En la lucha contra el Tiempo. conato de Cronolisis.

2.—Admitida la teoría de los Gestos Mentales fundamentales (*categorías*, las llaman inexpresivamente los dialécticos), lo que hay que comprender en seguida es que ni el Gesto Fluidista o heracliteo ni el Gesto Permanentista o eleático *bastan* en la lucha contra el Tiempo. No. Y la prueba es que el fluir de Heráclito tiene su correctivo y contraste en el Retorno eterno, en el Ritmo—lo que es manera de admisión del Permanentismo. Mientras que el Gesto Eleático ha conducido a los modernos a edificar una física como geometría—a espaldas del Principio segundo de la Termodinámica : que es ni más ni menos que el Fluidismo en el orbe del pensar físico.

Nada hay verdad, y todo es curación. *Pensar es medicarse* : lucha precaria por la Cronolisis.

¿Qué es el filosofar? Una rama de la Medicina exacta.

Cuando la Medicina hallará un método, lo hallará la filosofía. Ni una ni otra hasta ahora nada concluyeron : faltó siempre un descubrimiento *último*.

Hay que ir a la Naturaleza, desde luego ; ¿ a cuál ? Retorno a la Naturaleza : bien. Retorno a la Naturaleza del Juicio ; no hay otra naturaleza fuera de la Fuerza universal del Juicio.

Vis Judicii Medicatrix. Toda la *medicina*.

Sirva mi texto para contribuir a animar a pensar en fin en ese sentido.

XII

36.—¿Por qué ha desaparecido la lepra de nuestras moradas?

¿Por qué el cólera morbo asiático ya se fué?

¿Ha habido vacunación contra la lepra, contra la peste bubónica, contra el cólera?

Los que infieren (1.º) de la gradual extinción de la Viruela, (2.º) la *acción benéfica* de la linfa, esos, cometen el sofisma llamado post hoc ergo propter hoc. Tienen mentalidad de charlatanes y de hechiceros. *Vacunar es un inútil peligro* : tal es, en dos palabras, el resumen de la discusión.

Mucho antes de la intervención de Edward Jenner, la epidemia iba de capa caída. Siguió su curso. Hubierais podido proclamar con grandes gestos que la Triaca servía para combatir al enemigo que huye : hubierais podido convencer a públicos y Gobiernos. Hubierais podido triacaizar al género humano, y la Viruela hubiera seguido su curso. Como con la vacunación.

¿No era, la lepra, un aterrador flagelo? Hasta 20.000 Asilos de leprosos, dicen informados cronistas, que se levantaron en Europa durante la Edad Media.

La peste se calcula que se llevó a 25 millones de hombres, en un siglo, el XIV, en Europa. Hoy no tenemos ni lepra, ni peste. ¿Qué vacunas nos libraron de ellas?

Basta con un poco de buen sentido, respondió. La Vacunación (aparte los destrozos causados) es lo mejor que pueda estudiarse, aun hoy, en vista de llegar a sorprender el mecanismo íntimo de la lógica sui generis porque se rigen los medicastros. La Medicina está en mantillas. La Medicina es una enfermedad del raciocinio. La Medicina humana como la padecemos aun hoy, es una enfermedad de crecimiento. Pero que, desgraciadamente, malogra el crecimiento.

Hay que luchar. Contra eso tenemos el cívico deber de luchar. Y ese derecho.

37.—¿Y por qué descendía la Viruela? Si no fué, entonces, debido a la vacuna, ¿pues por qué fué?

A ingenua pregunta, cándidas respuestas. No sólo hay una respuesta.

I. Ante todo y sobre todo, porque las enfermedades ignoran la categoría del Permanentismo clínico-terapéutico. Fases del vivir, las epidemias se van por catábasis y Anábasis. Es un Ritmo. Si aplicáis la triaca en la fase de descenso... del Demonio (pues eso es la viruela, la peste, la lepra, el títus para vosotros todavía: el Enemigo, el Demonio), pues en esa fase de descenso, como digo, vuestra Triaca Magna curará. «Pa las cuestras arriba quiero mi burro — Que las cuestras abajo yo me las subo». Y eso es lo que falta precisamente: una linfa bestial «pa las cuestras arriba». No la ha habido. Ya no la habrá. De este experimento, la humanidad pensante va a salir como de las sangrías: escarmentadísima. Huirá de los sueros como de la peste y de la linfa jenneriana, en la especie, como del demonio. Es que, de veras, han abusado, demasiado, ya.

La epidemia desconoce la categoría del Permanentismo (44). Y no constituye excepción la viruela, en lo de no someterse a la cuadrícula de las mentes en los libros.

II. Nuestra tesis general sea ésa. Nuestra tesis particular sea que, cundiendo la decencia y el asco; con el progreso higiénico; con el renacer de la Náusea—y he ahí una enfermedad que es una cura de veras—ante la suciedad, la Viruela—con la cohorte de sus diablos en coalición—fué retrocediendo. Y la explicación se exigiría: pero baste ahora consignar por el momento el hecho.

Conste el hecho, pues, de que, por atroz paradoja, mientras la Vida tendía a ad decentarse, a limpiarse, la Medicina vacunista la ensuciaba. Con la inmunda introducción de sustancias putrescentes de animales en el cuerpo del hombre. Con la intoxicación, por pus, de infelices niños, o sea conejillos bimanos en experimento.

Conste el hecho ese. La Vida, se curaba a sí misma—la Medicina era una enfermedad.

Pretendía curar: mas he ahí de nuevo la epidemia. Garantizaba la inmunización, pues he ahí Alemanes, Nipones, Filipinos caídos como en una batalla. La Medicina es la guerra.

Y una de estas dos: O vacuna y viruela nada, nada tienen de común, y entonces es inútil la linfa. O bien son enfermedades similares, o iguales—en distinto grado—y entonces decid, explicad por qué las catástrofes al 30, al 50, hasta al 65 por 100 (Filipinas) por viruela.

Si no hay comunidad entre viruela y vacuna, vosotros, vacunando, realizáis una operación absolutamente inútil (al fin que os propusisteis, pues). Y, si hay comunidad, similitud, entonces *mantenéis latente una Epidemia que se ausentaba*. Como la lepra, la peste, el cólera.

Hay que responder. Contestadnos ya.

XIII

38.—La sucia, nauseante enfermedad que estamos tratando de diagnosticar aquí, en ningún punto se revela, acaso, como en el sector propio de la Preparación de la Linfa vacuna. Aquí se ve al sanitario, se le sorprende, in fraganti, como un intoxicador, un verdadero envenenador y ensuciador de los cuerpos humanos. Hemos hablado del Ciclo de la Epidemia, de sus anábasis y catábasis: lo permanentista no es eso. He-

mos hablado también de la Evolución de la Náusea, desde su época de represión—por un desvío increíble de la santidad cristiana, a base de mugre—hasta la Reparación de la Náusea, de sus espontáneos síntomas saludables... Y, cuando se fueron avergonzando de ser tan sucios, los europeos fueron despidiendo a los demonios de las epidemias. Lo permanentista, tampoco en la náusea está.

Pero hay una susceptibilidad o propensión o temperamento, o más bien Categoría Permanentista—y su paradigma más notable, su patognomónico síntoma-estigma, es precisamente ese tenaz enlodar la figura humana, ensuciarla, envenenarla... En eso, el vacunista es digno compinche de los más nauseantes ejemplares del Asco sojuzgado. La insensibilidad ante lo sucio, lo impuro, prepara la Concepción de lo Tóxico como remedio. La Medicina es una enfermedad.

Una enfermedad (como está constituida hoy) de los sentidos y de la inteligencia. Una lesión del carácter... La Medicina no es un error, sino que es un crimen. No un sofisma, sino un atentado. La preparación y administración de la Linfa lo diga. No quiero más que ese hecho solo.

El sanitario—en esta etapa de la evolución del hombre—es Permanentista del pus. Su categoría es ésa. «Materia peccans».

39.—No vamos a poder entrar en un estudio (que muy beneficioso sería; que se tendría que hacer) de la Náusea, el asco, la repulsión, material y mental, hacia lo impuro—sino que afrontaremos, en ese campo, un problema sumamente concreto. Y será el problema de hallar una solución a esta *dicotomía de la Náusea*, en virtud de la cual, mientras el público se hacía cada vez más exigente, jabonoso y limpio—aun como ideal—, más insensibles a las saludables reacciones de la Náusea devinieron los médicos. Europa ya renacía: compren-

día que suciedad no es salud; sino que es enfermedad. Precisamente por entonces, la Medicina entró en el Pus como en su natural dominio. Lo inoculó (in oculo) con prácticas de hechicero y manejos de hombre atareado de inconfesables negocios. La Preparación de la Linfa es un negocio. Negocio que rinde, y he ahí el quid (o una parte, al menos, cierto) de la resistencia que, ante los hechos delictivos de la denunciada suciedad, hechos innegables, opone aún la Salud de Estado. La Medicina es una enfermedad (40).

La Obligatoriedad vacunal ha ido retrocediendo. Se admiten *dispensas*, como por medio de bulas. Y las bulas son las «contraindicaciones»... ¡ Cuando todo es contraindicación, para vacunar, si me entendéis! El hecho mismo de vivir, con decencia, ya es una contraindicación para el salvaje ensuciamiento de una sangre, que demasiado cargada de sinsabores va ya. ¡ No cargarla más!

40.—La Preparación de la Triaca era (me imagino) mucho más decente y decorosa. Yo he logrado imaginarme, a veces, por los claustros del suntuoso Archigimnasio (la Universidad antigua, llena de escudos y blasones de nobles estudiantes), en la ciudad de Bolonia, lo que hubiera debido de ser una Sesión de Triaca. Se convoca al pueblo; el Legado Pontificio asiste; el Colegio de Profesores, y los subalternos; las autoridades civiles de la más güelfa de las poblaciones italianas fanatizadas... *Très bien*. Habrá sido una operación limpia, pulcra, de todas maneras, esa operación solemne, esa Liturgia de la Triaca Magna.

Pero, en la Linfa de Jenner, no hay más que la liturgia del pus. Nada más. No hace progresos (excusadme) por el civilizado mundo la humana Capacidad de asco y de náusea. Con sus saludables reacciones. La enfermedad es una Medicina. Evidentemente, la Náusea, como entidad morbosa (para

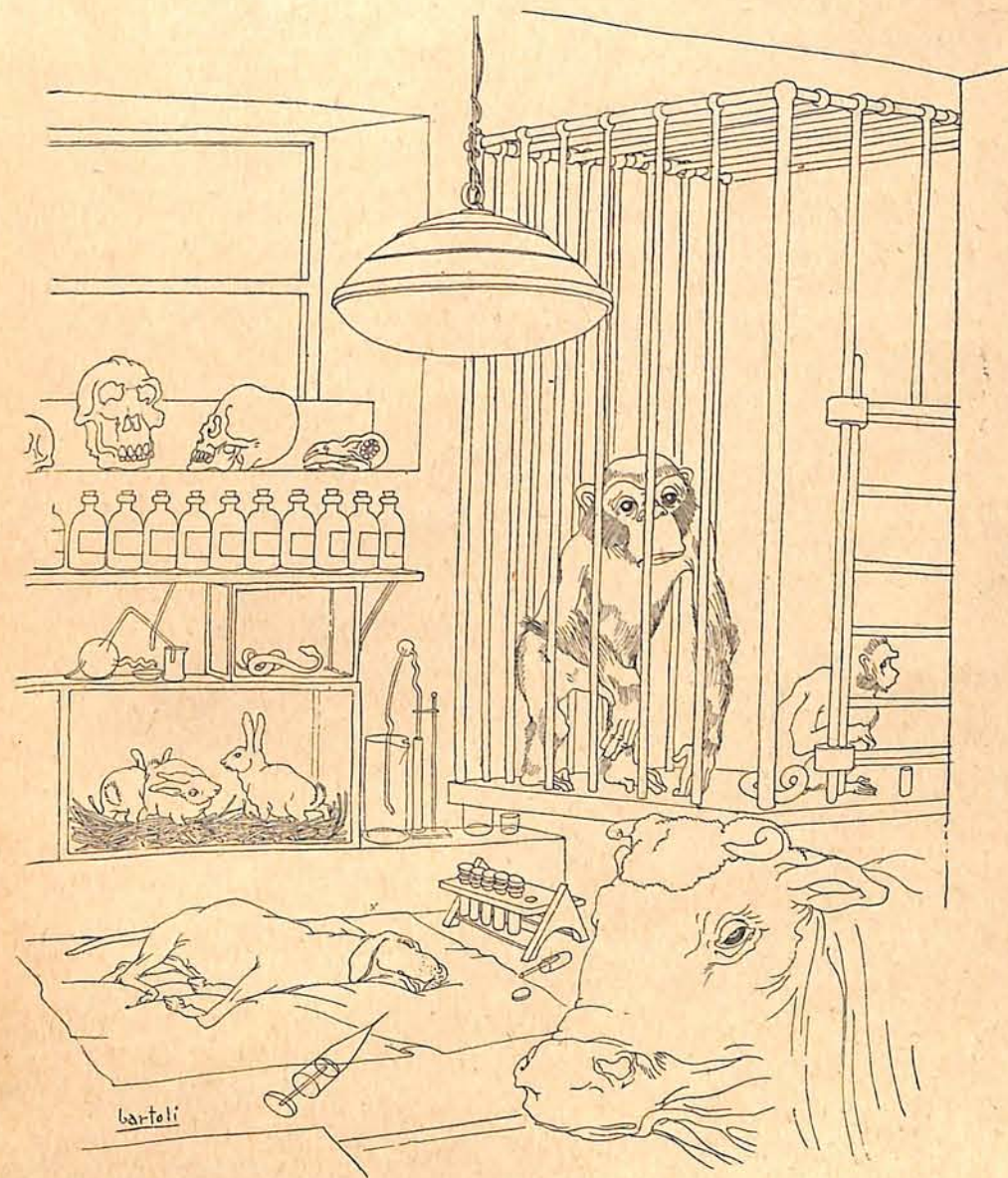
entendernos : o, si preferís, más bien, como síndrome) tiene sus ventajas. Ante el *despertar* de la Náusea, que la tenían sojuzgada, dormida, anestesiada, retrocedieron las epidemias en Europa (el Ciclo de ellas aparte, claro) : la Medicina vacu- nista fué, y volvieron todas las muertes posibles, con las sucie- dades vilmente introducidas dentro del mismo cuerpo, en la sangre. *In succum et sanguinem*.

Eso es superior a lo de la Triaca, lo confieso (45).

41.—Exageraciones... Vosotros, así, creéis todavía que se exagera, cuando se lucha por extirpar una superstición cargada de crímenes, de vivisecciones ; asesina mentalidad nacida del dolor, y padre de él. Pues, en lo de desenmascarar a los sico- fantes del vacunismo oficial, no se podrá nunca exagerar, lo siento. La realidad supera aquí todo producto de la indignada imaginación humana. Os voy a poder transportar, en dirección Oeste, hacia un típico Laboratorio Mulford, y ya veréis si se exagera. Os lo prevengo : preparaos.

Vosotros debéis realizar fijamente una ternera, un stock de algunas docenas de terneras, e incisiones. A cada uno de esos animales, se les ha inmovilizado. A cada uno de ellos se le ha practicado un término medio de *mil*, mil incisiones, y la piel del vientre está en carne viva. Los vientres de las terneras esas no son más que una sola llaga. Las incisiones varían entre 900 y 1.500, ó 1.600. Lo importante es que cada ternera, bien sujeta, proporcione unas 800 ampollas de vacuna. Con eso, basta. Las incisiones vienen a ser lo de menos, porque hay que rascar, zaherir, frotar con energía, a fin y efecto de que «venga más pus» del vientre de la ternera—una sola llaga. Representáoslo bien.

(45) En el *Traité des drogues fameuses*, de Leméry, se halla todo el stock excrementicio deseable.



Logrado eso—y antes, muchas veces—se la escarifica. Logradas las 800 ampollas, se venderá la carne después. Ya ha servido... Se han dado casos : esperad.

La muerte de las terneras que han de salvar al género humano, es aconsejable que suceda antes—antes, y no después—de sacarles el pus. ¿Y por qué?

Porque es eso. Sois bien ingenuos, pretendiendo entrar en los misterios de la cosecha. Se trata de obtener una cosecha pura, absolutamente (en lo humano, excusad) pura de sangre. La sangre no conviene aquí. Las ampollas tienen que estar llenas de pus, sin nada de sangre. Tal es el requisito público.

Aconsejable es (apenas si habría necesidad de advertiroslo) que dejéis la Náusea, el asco, el *raccapriccio*, cual dicen los Italianetes, así como habéis dejado la lástima a la entrada del Laboratorio Mulford, United States of America. Señores, esa vaca, en el estado en que véis, va a poder ser servida casi íntegramente al público.

Todo el abdomen es una sola llaga. Está rascada. Se ha obtenido ya el promedio de los 800 tubitos. Ahora se va a preparar (independientemente de esa cosecha) una nueva cosecha de Aperitivos. Sí, es el «Mulford's Pre-digested Beef». Eso es : alimento y aperitivo.

Ellos, los envenenadores, saben que mata o pueden matar. Es lo mismo. *Da* lo mismo. Saben, o tienen que saber, que en esas 800 ampollas va el eczema vaccunatum, la encefalitis, el cáncer, la sífilis, la locura... Tendrían que sentir horror. Además, asco. No pueden sentir la saludable Náusea, porque ante todo tendrían que entrar en el estado que llamaré de Náusea contra sí mismos. Tendrían que autoexpulsarse de un bestial y premodulado «Yo». El yo es un ¡ ay ! modulado. No se ha alcanzado la fase de la modulación.

Nauseante estado de mal, he ahí esa Medicina humana.

Vosotros os representáis ahora, sin esfuerzo, todo lo soez

de esta degradante y asquerosísima alquimia de Mulford. Vosotros habéis leído lo anterior de mi texto. Vosotros sabéis perfectamente (1.º) que la Vacuna no inmuniza contra la Viruela, (2.º) que la Vacunación, en todo otro terreno, es una patología. Vosotros no abrigáis ya duda alguna acerca de lo obsceno, lo cobarde, lo cruel, lo *inútil* de esa carnicería.

Y, eso no obstante, ¡vedles!, ellos también lo saben. Como vosotros, y más aun que nosotros. No importa: los augures sonríen. ¡Es la vida!

Lo que aquí llama la atención es la capacidad de asco sojuzgado y la bolsa por un ideal (46).

(46) LA LOGICA DE VERDE-DELISLE, JENNERIANO
ANTIVACUNISTA

La confirmación de mi texto:

«Cuarenta años, cuando menos, eran necesarios para poder decidir una cuestión de tanta transcendencia, para conocer y para determinar la influencia de ese sistema de injerto en el organismo.» Cuarenta años: fijaos bien. Dejemos seguir hablando a V.-D.:

«Olvidando, pues, todos los principios de la lógica más vulgar y hasta de la prudencia, aceptaron un dato que no era más que probable, sin temor de comprometer a toda la especie humana, y de basar una ley universal en simples conjeturas.»

A ver si nos entendemos, colega. ¿De modo es que 40 años de prueba, sobre un dato probable? ¿Eso sí? ¿Y, en esos cuarenta añitos, y supuesto que «haya, no haya resultado», ¿si fuese muerte, el resultado; si fuese enfermedad, no seríamos microhomicidas? ¿Qué moral de la cantidad es ésa?

Verde-Delisle toleraría «lotes de niños, vacunados, para probar». Esa es su Cláusula de Tiempo. ¿Cuántos, en el lote?

Pero es preciso, señor, que vayáis guiado por una idea *justa*, antes de experimentar. Por una idea. Mientras que, *en sí misma*, absurda era la idea. Criminal, tenía que resultar la artificiosa imposición de esa inmunda idea. Si hay Cláusula de Tiempo para la Academia, ¿cómo se empieza? ¿QUIÉN SE ATREVE? Jenner se atrevió, y él es el homicida.—Otros se atrevieron. Pero es Ética de la Cantidad. Con vuestra lógica, justificaríais cualquiera ejecución de pruebas, imaginadas por Ocurrencia. Y se trataría de estipular 40 años, para ver si va bien, o si va mal. Verde-Delisle procede como viviseccionador.

XIV

42.—Mas, por todo se pasaría—sí, incluso por las infamias—, si, al fin, amaneciera algún Resultado.

Imposible. La cerrazón es completa. La Vacunación Mulford, cumplida a pacto de tales crueldades, es inútil, inútil—es perpetua noche y nada de luz de resultados. (El Negocio aparte.) La cuestión de la vacuna, ya está resuelta. El Proceso a Jenner ha sido hecho, y el fallo dado. *Queda la cuestión política*. Y lo religioso estricto bajo forma de lo mercantil. La Vacunación es una Religión de los negocios. Un gremio la apoya, podría decir despectivamente la jalea: ese gremio se impone... Y lluevan los desastres.

¿Pero qué es, en substancia, la Linfa vacuna?

Si lo sabéis, os lo suplico, contestadnos, enseñadme.

La linfa vacuna obtenida por los procedimientos dichos en un gran Establecimiento como el de Mulford, (U. S. A.) es más misteriosa todavía que la sangre de San Gennáru en la ciudad de Nápoles.

Supongamos que el virus pasa del hombre enfermo a la vaca, y de ésta, de nuevo vuelva al hombre. En el viaje ¿no resulta siempre que habéis sembrado viruela?, ¿que habéis propagado, contagiado una Enfermedad que, en su Ciclo (§ 36), acaso, iba hacia natural declinación y caída, ruina y cese? Vuestra terapéutica, en ese caso, es una Patología. La Medicina, así ideada y practicada, es, no una enfermedad: una serie de crímenes bajo aspecto de procuradas enfermedades y, efectivamente, muertes. ¡Percances!

¿Pero percances por qué? ¿Sabéis lo que inculáis?

Vosotros manejaís, preparáis y lanzáis al mercado un líquido simbólico, teórico y místico-mágico, como el *Soma* de Hindúes y Zaratrutistas—vosotros monopolizáis el Trust del Pus y de las podredumbres.

Pero eso es una rama, o dirección, o parte de la alternativa, o cuerno del dilema (§ 37), referible a la *identidad* entre viruela y vacuna. Lo que conduce a la Siembra de la Enfermedad: a mantenerla en estado latente... Hasta que tenga que estallar, y estalle. La violencia de la Viruela de Filipinas, en revacunados, aleccione.

A la otra parte de la alternativa, ahora. Al segundo cuerno del dilema. ¿Es la vacuna un *grado* de la viruela? ¿Una enfermedad, no grado, diferente? Para la cuestión de la Siembra de una Enfermedad epidémica; para salvar vuestra responsabilidad de ilógicos y antinaturales intoxicadores, os conviene, «¡ Sí!», a la última pregunta.

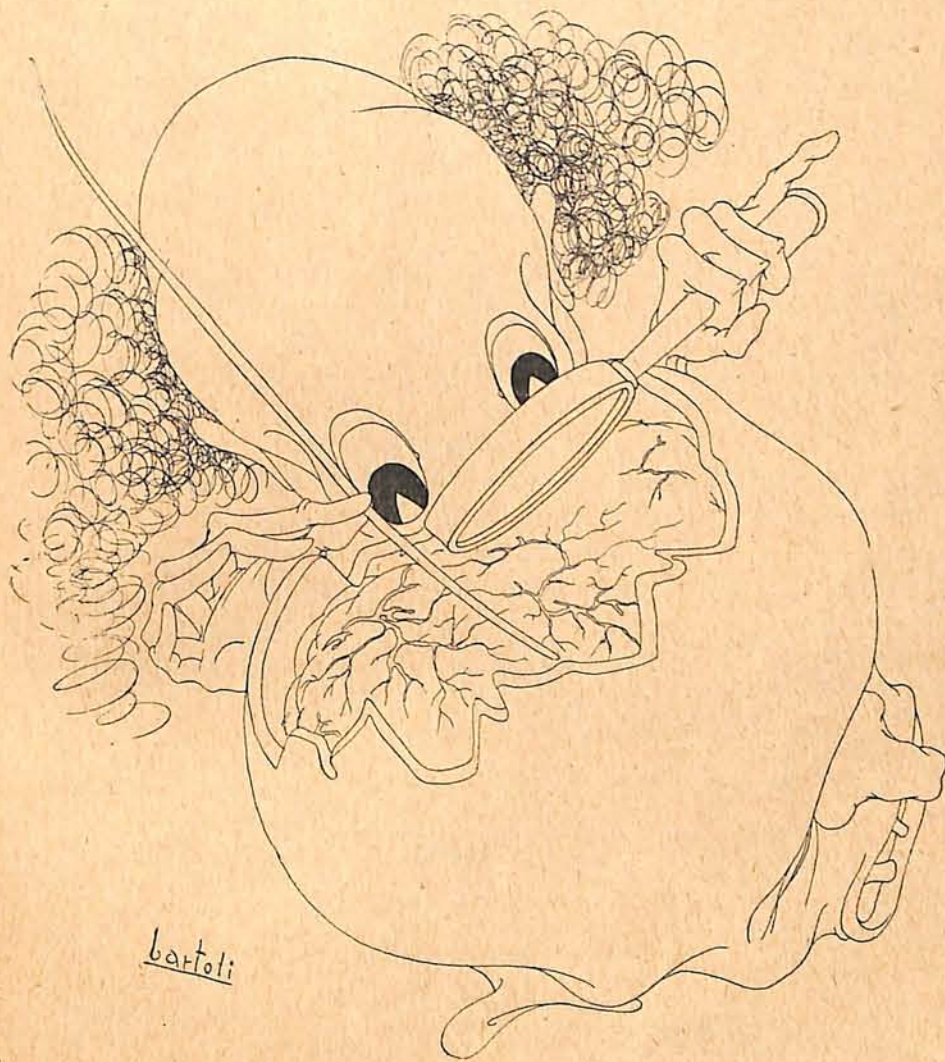
Vacuna y viruela serían *lo mismo*, sería preciso ponerse de acuerdo en el experimento que consiste en inocular a la vaca la viruela y que se presentara la vacuna. Por desgracia, ese experimento es dudoso. Divergen los pareceres.

Los unos: «Sí, desde luego». Los otros: «No, de ninguna manera». En fin, ¿qué es la linfa vacuna? ¿Se puede saber? ¿Qué contiene?

Inoculamos el misterio de la eucaristía. Inoculamos un enigma sacrosanto que jamás se llegará a desvelar. Un misterio altísimo y al mismo tiempo insondable, de tan profundo que resulta ser.

Lo que es claro, es que inyectan sustancias que revuelven el estómago y que sublevan (al ser obtenidas) la conciencia más anestesiada del hombre más cínico e indiferente. Eso, sí, que de cierto se sabe.

Ya conocemos el modo y manera que tienen de «cosechar» la vacuna. Las pústulas proporcionadas, o tonta o delictuosamente, a un niño vacunado, a un soldado y demás cosas de recambio; pues esas pústulas están llenas de un líquido. Y el líquido ese, es el que, mediante incisiones, como las de que dimos cuenta, se hace llegar al vientre de la ternera bien atada,



para que no rechiste. Ese vientre, a los 4 ó 5 días, será asiento de una exudación inflamatoria, y, entonces, venga raspar... ¿Qué sale?

Pues sangre descompuesta, capilares arrancados, células epiteliales, linfa putrescente descompuesta. Piel descompuesta. Partículas de carne podrida. Pelos, y todo, salen. Tal es la linfa en bruto. Impura. Pasaréis a «purificarla».

Por favor, ¿cómo purificar el pus?

Vosotros ya podéis centrifugar; ya podéis filtrar y colar. «Mezclar glicerina, con ese producto», para que salga, al fin, *puro pus*. Pura linfa.

La linfa es eso: pus. ¿Cómo purificar el pus? En ese estúpido equívoco se funda el sofisma de tozudos criminales; el atentado público (y retribuible) de la vacuna (47).

Los Historiadores de la Fe, no hallarán acentos bastante indignados, ni sarcasmos bastante sangrientos, para describir esa forma lúcida de delirante negocio terrorista.

El capítulo de cargos es horrendo. A sostén de cuanto he

(47) Verdé-Delisle está tan encariñado con su Jenner, que habla, con admiración que no contiene, de su «idea especiosa y seductora». Para toda criatura elemental, medianamente dotada de la capacidad de sentir asco, ¿qué seducción puede haber en esa Pusificación jennerista!

Pero es que Verdé-Delisle miraba a Jenner con los ojos del vivisector, que admira audacias y travesuras de un colega. Repito que no en vano había pasado por Francia Magendie, con sus 8.000 perros sacrificados para un experimento único.

¿Seducción? Verdé-Delisle, médico honrado, no pudo negar la Experiencia, y constató hechos: fué antivacunador. Pero el demagogo inglés había ya cumplido su obra.—Y todavía un antivacunador podrá, jenne-riano que sea, como Gesto, dedicarse a otras experiencias, a otras *ideas*, visto que, la otra, falló.

Realizará, esas ocurrencias, que harían sonrojar a un matemático: a un verdadero sabio experimental, por ejemplo Faraday, o Lord Kelvin.—Y así los jenne-rianos vergonzantes trajeron a los serologistas.

La campaña de Verdé es incompleta. Su obra, según como se lea, puede en ciertos entendimientos, hacer mucho más mal que bien. Con demasiada precipitación creo que los «naturistas» lo citan. Hay que evitarlo, pero diciendo lo que fué, Verdé. Ante todo, la naturaleza del Juicio.

venido antes declarando, y de lo que resumo ahora, ahí está el perentorio *Danger to the Public*, por la New York Anti-Vivisection Society; la obra «Vaccination its Falacies and Evils», de Robert A. Gunn y la «Vaccination Inquiry» del Dr. Makuna, una entera librería, en inglés. Y esa admirable «Degeneración física y moral de la especie humana por la vacuna», del ingenuo sabio francés Dr. Verdé-Delisle.

Franklin, Russell Wallace, Spencer... Hoy ya no se debe decir que la vacuna es *error*, pues la rectificación, después de tantas autoridades, es obligada. Quien continúa vacunando, es un criminal cobarde amparado todavía por leyes homicidas. Vacunar es un asesinato. Dejarse inocular, un suicidio.

43.—Por todas las aberraciones ha pasado la especie humana. Pero esta monstruosidad razonable de... querer purificar el pus; de vitalizar los desechos de un cadáver; de dotar de *benignidad* a un activo veneno, a una solución de tóxicos; este perfumar, en una palabra, la podredumbre; esa ocurrencia ignominiosa, ese asco, esa vergüenza, esa infamia tenía que ser inventada. Y vale por toda la lista.

¿Qué es la linfa vacunal? ¿Qué es la vacuna? ¿Qué es la viruela, en relación con la vacuna? ¿Sabemos lo que inoculamos?

No, y demasiado lo sabemos. La inoculación ha proporcionado directamente tétanos y erisipela, lepra y sífilis. La tisis, desde los tiempos de Jenner. La encefalitis, desde los «hechos de Holanda», y aun antes. ¿Qué es lo que se inocula? La muerte, con el más purificador de todos los virus santísimos. «Mezclad, recomienda el mago, esa papilla salvadora, con 4 partes de glicerina»... Son toxinas cadavéricas, con todos los microbios del mundo! ¡Y todavía los mercaderes se están andando con remilgos! *Satyra tota nostra est*, los Augures (ya enteramente perdida la fe) siniestramente sonríen.

Y eso, como expresamente declaré (§ 2), lo he visto en mi propia casa, en los prácticos sanitarios de mi misma familia.

En fin, nosotros no sabemos nunca lo que inoculamos. Y, o demasiado, o demasiado poco sabemos lo que viene a ser la Linfa. Pero, en resumen, es un purificado y peligrosísimo pus. De manos de los prácticos Purificadores de Mulford, no ha salido nunca sino... ampollas. Sí, las «ampollitas de los Borgias» y las redomillas de los *Suicidadores* de nuestro Marandon de Montyel.

¿Cuál es la Lógica del Preparador purificante de pus vacuno filtrado, tamizado, gelatinadísimo? Esa lógica consiste toda ella en una sola «Proposición de suicida» (*suicidal proposition*).

¿Y qué acción cometen, bajo el idiota signo de esa lógica? Un crimen cobarde y remunerado.

¿Qué son, pues, los médicos vacunadores?—*des suicideurs*.

Y el suicidador es un homicida (48).

Una insidiosa orden de morir, eso es lo que contiene la Linfa. Un permiso legal para matar, eso es lo que contiene la Linfa.

(48) AUTONOMIA DE LA ENFERMEDAD

Toda la etiología y patogénesis se edifican como la *torre pendiente* de Pisa. Se edifica la patología, en el supuesto de la «heteronomía» de la enfermedad. La enfermedad, lo *pegado* al hombre. Lo que viene de fuera. Y es que se generaliza por abuso este hecho: el hombre muere por enfermedad. En realidad, nos matamos. Nosotros nos «damos» las enfermedades. Somos autónomos. Libres de elegir la vía de la muerte como natural (juicioso) desenlace de la vida—o de desvivirnos. De desvivir, hasta morir.

Y ese desvivir, obra nuestra,—en nuestra carne inscrito, con nuestra firma responsable,— es unidad de la Enfermedad que lleva a la muerte. Autonomía de la enfermedad.

¿Etiología? ¿Causas? No las hay. La Causa, es una. Unica.

Autonomamente producimos la enfermedad. Nosotros, somos la enfermedad.

XV

44.—Estamos sacando nuestras consecuencias : esperad. Nosotros tenemos adquirido el derecho ya, a ese terminante y clarificador lenguaje, en vista de los Facta et Argumenta para el zenital diagnóstico que nos hemos preparado a hacer.

Eso es ya el secreto a voces, y no se comprende que el Laboratorio vacunista aún actúe. No se comprende que la ley persiga a los despachadores de estupefacientes y en cambio deje todavía abiertos sitios en que, bajo una pública ley, se purifica la podredumbre, se sintetiza la muerte en ampollitas portadoras de todos los gérmenes patógenos de éste y aun del otro mundo desconocido.

Porque eso es, en substancia, la linfa contenida en la ampolla : lo desconocido. El misterio. Un resultado quintaesencial, logrado—entre asquerosos y deshumanos manejos—por teólogos nigromantes y sabios varones diplomados duchos en hechicerías. ¡ Mucho más clara es la *in oculatio* del Indio ! Y la comparación no ofenda, pues, también, en el caso del que vive de estupefacientes, el premio de la honestidad ha de ser concedido, en justicia, no al vacunador, sino al que vende, por ejemplo, un veneno como la cocaína. Ya que (esperad), ya que ese comerciante, *sabe con precisión* con lo que comercia ; sabe el vicioso que adquiere esa droga, que se trata de cocaína, con tales y cuales efectos ; con tales y cuales propiedades que, incluso, puede controlar mediante ensayos, en textos, en conversaciones con las víctimas desventuradas de los «Quinto distritos». De los barrios chinos... Todo ello es bastante claro, y, no dudo en reafirmarlo, honesto, incluso, frente al que lanza al mercado un misterio químico y bacteriológico como la Linfa vacuna. ¿Cuál es su composición?

El estupefaciente produce *tal efecto*. La linfa de los vacu-

nadores, *todos* los efectos posibles. «Degradación de la especie humana bajo la acción de la vacuna». ¿De qué se compone la linfa?

De muerte. La muerte la concibe, la siembra, la vende y la inocula. Demasiado poco, y demasiado, conocemos de qué se compone la linfa nauseante vacuna.

Y luego es que el cocainómano ; es que el expendedor de estupefacientes, pueden incluso *purificar* la mercancía ; aquél obtiene el derecho, éste el deber, de que el *producto* sea «puro». ¿Mas cómo sintetizar, con un solo acto razonable, el concepto de Pureza con el concepto mismo de Pus? ¿Cómo se va a purificar el Pus?

La preparación de la linfa vacuna en un Laboratorio standard, no es sino un putsch.

La doctrina catártica de la Purificación de la podre, quedará como uno de los más acabados monumentos de la memez, de la hipocresía, de la mentira y del engaño interesado—en vista de salvar los negocios. La Salud de Estado es muy celosa, procede por «afinidades electivas» ; da el Trust del envenenamiento a los Sueroterapéutas, y, en la especie, a nuestros vacunadores, siflizados de la generación infante. Y ese Trust no consiente competidores : persigue, santamente indignado, a los que venden la cocaína. ¡ La integridad del género humano les interesa como asunto privativo ! Y llena el alma de fervor, ese desvelo por la salud de los hombres y ese frío Purificar la muerte, bajo la insignia de la Catarsis del Pus.

Se comprende ahora el por qué esencial de la abolida y sojuzgada sensación del asco. Tendrían que sentir el asco, antes, la náusea purificante de sí mismos. Porque ellos saben, y certísimamente ; no ignoran de ningún modo, como ninguno de vosotros ignoráis a estas horas, la *Nocividad original de la linfa vacuna*. Ellos saben, que, en cada ampolluela va el tétanos, va la lepra, va el cáncer y la diabetes. Mañana, la en-

fermedad de Bright, y hoy (el día mismo de la *inoculatio*) la sífilis, la erisipela y la encefalitis.

Ellos lo saben como vosotros y como yo. *Lo conocen* (49). Sí, no hay duda. Si no lo saben, si todavía no conocen lo que es ya el secreto a voces; si hacen oídos de mercaderes a las filípicas de Franklin y de Russell Wallace, de Spencer y de Shaw, de los honrados médicos Dr. Epps, Dr. Graefe, doctor Weiss, de Neuenburg, de los Schweningen y los Lee—de cien, mil, cien mil otros testigos; si los Suicidadores que aun viven de preparar la linfa vacuna no saben que venden la Muerte, que siembran en la carne niña todas las enfermedades de que consta la Patología—entonces, digo que esa increíble ignorancia es el peor delito.

45.—*No se debe ya ignorar*. No hay derecho de ninguna manera a ignorar. Y, saben; para mí, no hay duda que saben. Pero, mirad, en Francia (el escándalo fuerte, fué del invierno 1930-31) hubo un cura, muy sabio, muy modesto, ejemplarísimo sacerdote, que, por años y años, fué desoyendo el Dogma y la Liturgia católicos, manteniendo, en público, una alta reserva y un disimulo impenetrable, casi inconcebible. Este, no era Alfred Loisy. Este era Turmel que se firmaba con el seudónimo Delafosse, con otros falsos nombres también, en el acto de dar a luz sus estudios críticos arruinadores del dog-

(49) Ruata, profesor de Higiene que fué en la Universidad de Perugia, ha dicho en sus *Datos y comentarios en apoyo de la opinión de Wallace sobre la vacunación*: «He estudiado muchas epidemias de viruela—y siempre he podido comprobar que la enfermedad ataca con la misma virulencia, tanto a los vacunados como a los revacunados, ni más ni menos que si nunca hubieran sido vacunados.» Destruid esa acusación. Si no la podéis destruir, y vacunáis, digo que os cubrís de ignominia y os abandono al público desprecio.

El Dr. Henke, de Stuttgart; Otto, de Copenhague; Simón, de Hamburgo; Giel, de Munich; Bruckner, de Basilea; Müller, de Berlín, os acusan, también, con la misma fuerza que Carlos Ruata. ¡No vacunéis más, honestos médicos! Cese esa inutilidad. Esa suciedad. Ese asesinato.



ma de que vivía. Y en la Iglesia, ante los feligreses, no era Delafosse, sino que era Turmel. Para la ciencia, una personalidad y una vida independiente. Para el «vivir del altar», *materialiter*, otra existencia distinta. Cuando se reveló el misterio de esa alternante y dúplice personalidad, estalló el escándalo que he dicho.

Y vosotros apenas si llegáis a comprender—y casi, casi os infunde miedo, indefinible espanto—esa sabia, meditada, socarrona, hipócrita doble vida. Es el Retorno de los Augures.

Los augures del Laboratorio Mulford (antro tomado como emblema y arquetipo) son los Delafosse del altar y los Turmel de la razón crítica. Como el célebre sacerdote francés, sirven una fe en la que no creen. Rodean de misterio y penumbra lo que, a toda luz, es estafa. Y sientan lo de la Purificación del Pus para, «en casos desgraciados», que al clínico, al epidemiólogo, al hombre de Leyes, dejarle la puerta abierta: sistema infame de Oppen-door y descarado Alibi, maniobra burda diplomática por la que, en presentándose el tétanos, por el acto de la vacunación—pues siempre se puede inculpar a la Pureza de la Linfa: no fué pura. «Que si hubiera sido pura»...

O bien, «a que se rascó el niño». A que el médico vacunador descuidó tal o cual requisito. Cuando, saben perfectamente, y sin duda alguna posible, que lo de Purificar el Pus es como lo de cuadrar el círculo, como el movimiento continuamente continuo, o como ocultar el déficit para que no se alarmen los depositarios, robados por los bancarrotistas.

El asunto se ha hecho ya tan escandaloso; la estafa es de tales proporciones; el engaño secular tan desenmascarado—que, francamente, los Augures han tenido que cantar. Y os voy a referir algunas confesiones, de autoridades médicas ofi-

ciales que ocupan puestos de altura : ellas os sobresaturarán. Dice el Dr. Epps :

«La vacuna no sirve para curar ni para evitar la viruela. Sino que sirve únicamente para debilitar las fuerzas del hombre.»

Eso dice textualmente Epps, y fué la respuesta que dió al Dr. Graeff (consta en el libro «Te envenenas y te suicidas») en la gran encuesta sobre la Vacunación. Respondieron a Graeff. mil médicos selectos : por el tenor de la respuesta de Epps, coledid la de los Augures incapaces ya de hipocresías. Epps ha sido director, por el espacio de más de veinte años del Instituto Jenner. Epps vacunó cien mil personas. Releed lo que ha escrito.

Ha habido, en esa Encuesta saludable, contestaciones mucho más acongojadas. El Dr. Kranichfeld, responde :

«Yo vacuné a mis hijos en una época en que no sabía lo peligroso que era la vacuna. Hoy me habría opuesto a la misma autoridad.»

Pero la respuesta del Dr. Weiss, es un verdadero drama :

«Yo merezco ser colgado del abeto más alto de la Selva Negra—confiesa al Dr. Graeff el Dr. Weiss—en castigo del delito de haber estado vacunando por espacio de muchísimos años al pobre pueblo.»

Releed esa confesión de Augur : ahí empiezo a ver yo remordimiento.

Pero siguen, las terneras, despanzurradas bajo los magos purulentos del Mulford's Laboratory.

Vacunar es un asesinato. Dejarse vacunar, un suicidio. Nadie tiene ya que ignorarlo. Ignorar, es un cobarde crimen.

Acabe de una buena vez ya la Medicina como enfermedad. El juego está descubierto : dígase declarada cerrada para siempre esta Hegira de la hipocresía.

XVI

46.—Vosotros ahora aprehendéis ciertamente toda la razón animadora del diagnóstico que yo he venido haciendo de la Medicina humana. Vosotros os explicáis el título de mi libro. En el sector especial de la Vacuna y la Viruela, la Medicina viene de una superchería, de observaciones apresuradas, de sofismas agresores — viene de ahí, y conquista el Estado. La Medicina es un Golpe de Estado hecho en vista de una dictadura para degradar a las gentes. Esta Medicina es una enfermedad. Ante todo, una *lesión del carácter*. El síntoma capital de la dolencia médica, es esa abolición de la náusea de sí mismo, cuando la conciencia se declara culpable. Jenner ha sentido, si acaso, remordimientos (porque eso es *física*), pero muy atenuados. Jenner fué un mal padre. En vista de ahogar la voz acusadora, y para sojuzgar el asco purificador, los Jennerianos se cubrieron de cuantas lacras puedan deshorrar a un sofisma inventado para impunizar a los asesinos... De ahí, en fin, a la Confesión de Weiss, el doctor que, al rendir cuentas, se declara merecedor de la pena de garrote vil en el abeto más alto de una Selva.

«*Dieu*, dice el atroz amante de Mme. de Lafayette, Dios nos ha dado muchas fuerzas, a nosotros, para soportar los males ajenos». Remordimiento, sí; pero verdadero arrepentimiento, tampoco lo observo en el Dr. Weiss. El Jennerismo lleva siempre ese estigma : se ha cargado de demasiados delitos, ha vivido de ellos, ha conquistado el Estado — la Medicina es una enfermedad del carácter. Y los dogmas, aun después de derrumbados, impiden el paso, por los escombros que resultan (50). ¡ Antes de removerlos !

(50) AL ABSOLUTAMENTE DESESPERADO

Si quieres suicidarte ; si te empeñas absolutamente en ello ; si quieres pegarte un tiro,—luego, pégatelo. Sáltate de una vez la tapa de los sesos.

Un Jenneriano se ha inoculado, desde que era estudiante en la Universidad, bajo el Sacro Colegio de los amaratados cardenales, un pus mucho más equívoco que el de la purificante linfa. Es el virus del desprecio al dolor — del que se vive. Nosotros los médicos, tenemos la sangre emponzoñada. Desde que nos Iniciaron, ya estuvimos perdidos. Se necesita una tal energía para *superar el proceso*; hay necesidad de tal derroche de trabajos morales y materiales, para «renacer», que yo he llegado a rechazar como sospechosos todos los actos de arrepentimiento o Conversión facultativa. Remordimientos, tal vez. Y es que el remordimiento... ¿pues qué mérito tiene? ¡ Si es una cosa física! «Remorderse» es enfermar: y la naturaleza tiene prevista la transgresión por la Sanción. Y eso, sanciones, son las enfermedades. *Crisis curativas*: todo va bien.

Pero el arrepentimiento, ya es otra cosa: en él interviene la conciencia. *Ella es él*. Es una Conversión, un renacer—y ningún pueblo meditante ha «fijado» lo hábil de ese proceso, como el pueblo hebreo, mediante el grandioso concepto de TESHUBAH (que con «arrepentimiento», a secas, difícilmente se traduce). Mi Revisión de la Causa de la Vacuna, ya estáis viendo adónde me conduce a mí. Esta útil, urgente rendición de cuentas, nos debe llevar a un Total, verdad; a un Total ultimador y catártico—realmente definitivo.

Yo ya dije, en dando comienzo al texto, que mis materiales (publicados) están en la Conferencia de Bondeno (de Ferra-

Pero no te hagas vacunar.—No te vacunes. Desesperado, y en estado de «últimas voluntades», toma veneno, tírate por un balate, forma en la Legión Extranjera, cástate; pero no te dejes vacunar. No te vacunes.

Tú puedes acreditar todavía una buena marca de pistola; puedes—en la duda—probar, con tu supremo gesto, que la Casa Merck no falsificará sus venenos ni los falsificará nunca. Pero, mira, hermano: no estorbes nuestra campaña. Tú, vacunándote, no morirás de una vez. Y los insidiosos males son invisibles. Podrían creer que estás sanote, tras de vacunado—y te han contagiado toda la patología.

¿Suicidio? Pero de una vez.

ra) *Sull'invidia tra Medici*; en mi Conferencia de Bolonia (1926) sobre *Har Harzofim*; también, en mi Conferencia en la Facultad de Medicina de la Universidad de Barcelona sobre «El Crepúsculo de la Medicina individualista y la Facultad de Medicina de Jerusalén»... Tengo otros materiales inéditos sobre Medicina como Enfermedad. Sobre Médicos como enfermos del carácter: digo que son incapaces de la Teshubah.

En mi Conferencia de Bolonia, Vía Galliera, suntuosa morada: allá aquella noche convinieron el Ing. Benovic, de Zurich; el señor Janovic, de Viena; el prominente neurólogo italiano Angelo Piazza; el prof. Orvieto, rabino, cuyo médico por dos años fuí; el Dr. Sacha Churgin, un oculista ruso (Kharkov) muy notable; estaban el abogado Bachini y Mario Piazza, historiador informadísimo; recuerdo igualmente al crítico Bino Binazzi y al economista Véneto, prof. N. Máximo Fovel, procedente de belgas... Mi Conferencia fué el desarrollo de una convicción, que en parte está pasando a este texto. Lo demás, es el alma de mi Memoria *Prima Prova d'un Principio nuovo sulla natura del Tempo*. Memoria en la que, los distraídos maestros, me dejaron el honor de haber conseguido demostrar (e mathematicis) la identidad entre la «sensación» de Tiempo y la sensación de Dolor. Dolor es Tiempo. Tiempo es Dolor. Vida es cronolisis. Y, ante mi sabio auditorio de la docta ciudad, yo declaraba mi convicción profunda de que, con la obra del Marqués de Balfour, la Medicina Humana volviera a sus fuentes. Yo sostenía mi convicción de que, tras el período noctámbulo de Drogas y Sueros, amaneciese una aurora en que enfermos y sanitarios fundasen el remedio en la *Vis Ratio Medicatrix*. En la *Vis Conscientiae Medicatrix*. En la *Vis Iudicii Medicatrix*. Puesto que se reconocerá que, en efecto, no hay otra Natura.

Y, para ello, una Conversión. Una sincera y desnudadora Conversión. Los remordimientos de los Médicos me encuen-

tran absolutamente frío y desconfiado, pues sé que eso, no es sino un fenómeno físico. ¡ Claro, lo confiese o no ; llegue a su silícea conciencia o no llegue ; claro, digo, es... que tiene que *remorderse* uno ! Innúmeras dolencias sobrevienen tras el empuño bestial de sojuzgar el ¡ ay ! atroz gracias al que se va modulando una conciencia humana, fase de la Fuerza del Juicio. Incontables enfermedades derivasen y emanan (como de la causa el efecto, y como el corolario del teorema) de ese *acto transgresor*. Hay una Ley de Vida, y no hay más que esa ley, en verdad : las llamadas «Leyes de la Naturaleza» no son, e mathematicis, sino Cálculos de Probabilidades, y nada más, en la Crisis moderna de la Exactitud. Pero la vida tiene su Ley, la sola, la única, y cae fulminado ante ella todo transgresor. No hay Natura, sino la Natura del Juicio. Este mundo no es obra de ningún criminal, y tiene un *sentido* la historia.

La Medicina es una enfermedad del carácter. La Medicina tiene que ejecutar una rotación sobre su eje. Medicina, en realidad, es todo : pensar, es medicarse. Y la historia es un Juicio Universal. Este mundo es Remedio. Mundo es medicina universal : PANIATRÍA. ¿Qué es, en cambio, la Medicina de nuestra profesión de hoy?

Cotejad y avergoncémonos (51). Enorme es el capítulo de

(51) PERVERSION LATINA DE LO HIPOCRATICO

La perversión romana de Hipócrates ; el hecho de que la Doctrina Hipocrática se haya ignorado y falsificado al pasar al mundo latino, no es excepción, sino regla, en todo lo que de la Hélade pasó a los brutalistas romanos. Cicerón ya no entendía a Epicuro : La Hedoné se convirtió en Voluptas. Horacio ya no sentía a Alceo ; la Ubris demoníaca se convirtió en Ebrietas socarrona.—Los Romanos dejaron lo fidiaco por lo praxitelino. Roma ya no supo ni sentir ni pensar.

Por eso mismo arrinconó a Hipócrates. La Vis Naturae devino Vis Triacarum. Los hechiceros, luego, hicieron todo lo demás. Y la medicina moderna está todavía servida por brutalistas hechiceros. Vivimos fuera de la Vis Naturae Judicii Medicatrix.—En un estado insostenible. La Era de Jenner, al fin. Ya se saldrá. Se irá yendo.

nuestras culpas. De nuestros vergonzosos errores y lacras de ignorancia. De nuestros delitos, sea por comisión, sea por omisión. Nosotros, los médicos universitarios, somos unos dolientes del carácter, por graves lesiones que nosotros mismos fuimos procurándonos (tras nuestros magos Cardenales iniciadores, y a su ejemplo hipócrita y cobarde), lesiones, repito, en el coordinador sistema y potencia del raciocinio, fase de la Fuerza del Juicio ; de la conciencia, máxima revelación humana de la Fuerza del Juicio.

Yo creeré en el arrepentimiento de un Médico, no cuando desea, desesperado, ser ahorcado del árbol más alto de la Selva Negra ; sino cuando, quedándose aquí, entre el dolor mismo de sus inmolados ; cuando viviendo y actuando todavía, en Conversación que manifestará con *obras*, se le verá renunciando de una vez para siempre a vivir del dolor y del Estado ; cuando renunciará, y hará renunciar, a todo lo aprendido sobre la vida, el vivir, el Viviente, el único viviente — sobre cadáveres descuartizados ; sobre esos semicadáveres al curare (o... al vivo) en los que, desde luego, bestialmente, se imagina—y hace creer—que los animales, bajo el signo de la más odiosa crueldad, *respondan* de nuestras existencias, *salven* o puedan en cualquier modo inmunizarnos contra lo injusto, lo innatural, lo ilógico y lo contraconsciente de nuestras miserables y fraticidas vidas.

Creeré yo, acaso, y sin fiarme nunca demasiado, en una TESHUBAH de la ciencia y arte del Dolor y del Remedio, cuando sentiremos toda la Náusea augurable hacia nuestra vitanda hipocresía.

Y no se necesitará huir a ninguna Selva Negra : digo que en la despertada conciencia del hombre está el Secreto de Natura. «El cielo es un enjambre de moscas»—y todo es nada. Sólo es, acá y allá, en la Lucha contra el Tiempo, por la cronológica Fuerza del Juicio.

Tal es la ley — y transgredir es enfermar.

Pero es que nosotros, para empezar a entender eso; sólo, digo, para entrar a aprehenderlo, pues sufrimos un trauma, en la niñez. Otro trauma, en la Facultad de las medicinas. En la que iniciamos en la Vida y en la enfermedad — mediante tajos de anatomía. Nos vacunaron, y nos revacunaron: ya no supimos ver, para el Remedio, sino animales que científicamente fallecen después de haber chillado muchísimo. Y el purificador pus que salva, nos viene de una cosecha que la crueldad sembró y recoge el recompensable asesino. Nosotros debutamos por la anatomía (fina o gruesa), y por la viva Lógica, jamás. Así no supimos pensar nunca: no se nos obligó nunca a ello. Ni siquiera se nos invitó. Ni por casualidad, se nos dijo, que el hombre empieza por la cabeza — y que para ser médicos hay que saber ante todo lógicamente pensar. Poder pensar, es decir, descubrir. Querer pensar bajo el signo de la sojuzgadora Fuerza del Juicio. Por lo que vida es vida; y mundo, mundo. Para nosotros, desde los *fuggiti anni primieri*, el universo es un *Spoliarium*. Corazones de despojadores son servidos por caracteres, desde un principio rebajados, y por intelectos apenas discernibles del de los semicadáveres de nuestros desalmados gabinetes de ciencia ruín de la fisiología (52).

(52) LA LÓGICA DE VERDE-DELISLE

Condiciones bajo las cuales estaría dispuesto, V.-D., a estipular la Cláusula de Tiempo. Las siguientes:

(1.º) Tomar en *grande escala* (textual) niños de una misma familia que hayan nacido en iguales condiciones; vacunar a los unos, y dejar obrar a la naturaleza en los otros;

(2.º) Después, seguir y comparar el desarrollo del organismo en condiciones enteramente diferentes;

(3.º) Por último, seguir con cuidado los cambios que sobrevinieran en la constitución *física y moral* de los individuos bajo la influencia de esta inoculación; en una palabra, *comparar la constitución alterada por el arte con la que no ha sido interrumpida en su marcha natural*.

¡Ahí están las tres condiciones. Sí; pero ¿quién empieza?

Abro (yo lo poseía, en mi biblioteca de Italia), abro un Sistema de Fisiología como el grandioso libro de Burdach. Allá, de todos modos, entra luz y aire de pólen fecundante. Burdach es un gran señor que, con el más ardoroso sentimiento de lo divino, va por la Naturaleza *ut dux*. Como Francis Bacon decía. El libro de Burdach es una lección interminable de carácter, de magnanimidad, de adhesión racional al Juicio manifestado en la materia viviente. Y todo vive.

No es que yo vaya a proponer, *tant s'en faut*, la Naturphilosophie como ideal de esta época, para un estudiante de aquí, y de hoy. Eso, no. Hegel ha escrito una novela, o una epopeya como el Mahabarata, en su sección (victorhuguiana) de la Philosophie der Natur. Eso es la superstición de la poesía. ¿Crítica de la razón pura? «Así se medicaba el viejo Kant.» ¿Filosofía de la Naturaleza? «Así se medicaban en Berlín y en Jena, los que llegaron a la zaga de otro que se medicaba, también, Gottlieb Fichte». Pensar es medicarse. Cada cuál, su cura. Cada época, su cura. Yo no os digo que hay que volver a tener el sarampión.

En mi Conferencia de Bolonia he dicho que la Medicina tiene que tener una lógica, y que hay que descubrirla. Hay que juzgar, ya, en Medicina. Ante la ciencia de la Medicina humana, considerada al fin como ultimada, y tras esta época

¿Qué es eso, de «tomar en grande escala niños de una misma familia»? ¿Y para qué? Exponedme vuestro proyecto. Decidme, si asesináis, a qué pena os vais a condenar. Cómo resarciréis los daños...

Es un bonito experimento, creéis. Sobre lo fundado, lógico, de ese experimento, se han hecho muy fuertes reparos a Bacon. ¡Pero, señor, eso es un experimento bien diferente! Vuestra Cláusula de Tiempo justificaría cualquier ocurrencia.

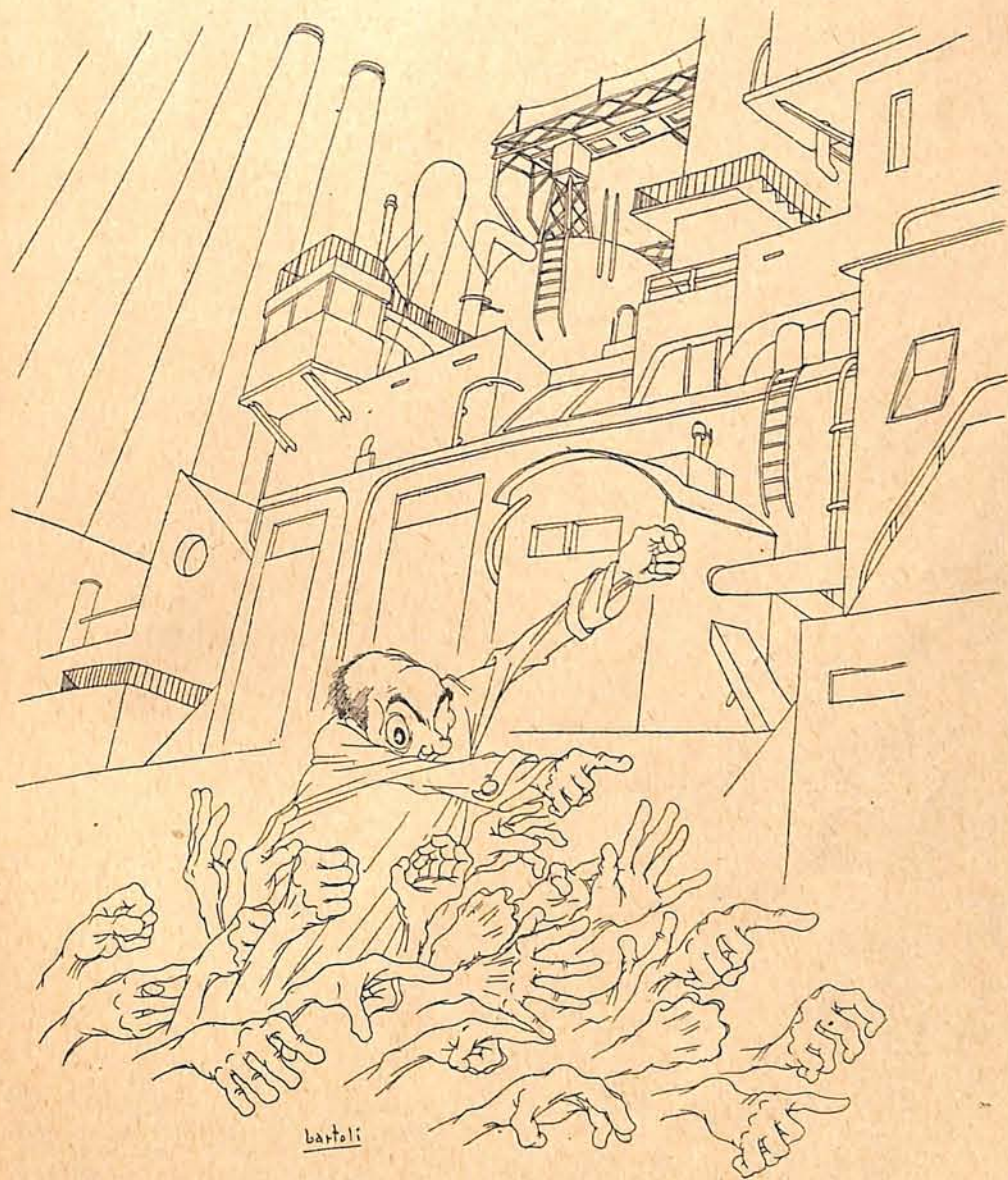
Y eso es lo que V.-D. no quiere entender: que lo que se le ocurrió a Jenner, fué un crimen. Y que no se *debió* nunca, idea, realizar.

Verdés, en cambio, quiere obtener de nosotros este infame mínimo de concesión: «Jenner *pudo* experimentar». Pues bien, si ese pudo es deber, no!, no *debió*. Jenner fué un ignorante, no un sabio. Y equivocó, y engañó. No pudo no matar, y mató.

obscura y miserable vacunoneurista, sueroterapista, canilupo-experimentalista, lo que ya podemos imaginarnos que va a surgir es, embriológicamente, el hombre, del Oligántropo bajo cuyas suciedades aquél aun gime. Ante la ciencia de la real y verdadera Medicina como doctrina exacta del Dolor y hallazgo final de su Remedio, lo que aparecerán todas las filosofías, todos los sistemas, todas las magias y religiones—todas las sociedades, en globo—pues serán como Gestos mentales, y materiados, en la Lucha contra el Tiempo. Y por una Cronolisis, en la que consiste esencialmente la vida del mundo. Su Juicio.

Y, ante esa Medicina alta, pues la época de los serólogos y de los drogueros, la época del Atacar a las Enfermedades (como a demonios verdaderos), pues será, ni más ni menos, equiparable a la ñoñez de los generosos poetas alemanes de la dichosa Philosophie der Natur. A la que muy justificadamente y como primer censura de la mentalidad Eurásica, volvieron las espaldas rebeldes las gentes insurreccionales de la química, la biología... No digo que no, y, a pesar de eso, os sigo recomendando la lectura y meditación de un libro como el de Burdach. Será una lección de *carácter*: estáis lesionados. Tenéis un trauma. Vuestro carácter, lo habéis perdido. Os han vacunado, contra la razón, a fuerza de criminosos y vivisectores sofismas.

Yo creeré en la Conversión de un médico, cuando, persuadido de que merecidísimo tiene lo de ser ahorcado del abeto más alto de la Selva Negra, en castigo del delito de haber vacunado envenenando a las gentes, degradando al pueblo, estafando (sin sanción, sino con premio vistoso) al pueblo, pedirá, antes de ser definitivamente ahorcado, que le dejen capitanear una tropa de rebeldes — no fueran más que los veinticuatro voluntarios del Dr. Lyster, del hospital de San Bartolomé de Londres—, para, con la tropa esa, hacer desalojar



prender, ejecutar a los Augures. El pueblo quema los conventos y deja subsistir las cuevas hediondas en que «preparan» el pus purificador y catárticamente repurificado de la homicida vacuna (53).

Hay que luchar. Hay que propagar todo esto. Cualesquiera que sean las incomodidades o percances, que nos deparen por nuestra Acción, hay que ser justos. Verídicos, desnudadores, custodios de la salud pública en peligro. La raza humana se degrada: alcoholes y excitantes, estupefacientes y necrotizantes de toda índole; la mentira, el tabaco, la carne de cerdo y el bacalao en remojo al ácido nítrico, la suciedad, la promiscuidad, el lujo y la miseria, la avaricia, la gula, la lujuria, la vanidad, el crimen de intención, la envidia efectiva que verdaderamente asesina; una guerra, una febril preparación para otra guerra; la justificación de cualquier vicio, de toda la bestialidad de que los animales mismos se sonrojarían — todo eso

(53) VIVISECTOR Y TERAPEUTA, A PROPOSITO DE UN JENNERIANO ANTIVACUNISTA

Se trata siempre de nuestro querido Verdé-Delisle; su Cláusula de Tiempo, para la implantación de la vacuna, es la cláusula de un vivisector. Un lote de niños—y a experimentar! Para Verdé, Jenner estaba en su perfectísimo derecho de hacer lo que hizo.

Verdé-Delisle es un jenneriano antivacunador. Ese antivacunador es un antropoviviseccionista. No en vano había devastado la Francia el cobarde y cruel Magendie.

Viviseccionista, Verdé-Delisle es un terapeuta: «A medida que avanzamos, progresa la terapéutica, y los accidentes graves son más raros».

Estamos en el segundo, tercer tiempo, de la Lucha contra la Vacunación. Todavía no se ve lo universal y concreto del Gesto Jenneriano. No se le juzga. En mi cuarta etapa—y ya en el fallo—nosotros vemos que, con Jenner, caen 138 años de Medicina humana. La Terapéutica es una patología.

Mas el entendimiento polemista de Verdé, como cae en el parologismo de vincular la «degeneración» a una causa, así es jenneriano antivacunador. Y ve «la viruela cosa natural», detrás de un armario provisto de frascos, reveladores de «los progresos de la Medicina».

En el tercer tiempo, la lucha es todavía al arma blanca. Ahora estamos en la artillería. Hay que arrasar ya al enemigo.

es la «Enfermedad». No *afuera* de nosotros. Sino el dolor, plasmado, que nosotros mismos atrajimos, nos incorporamos, estúpida y suicidamente químicos.

Quisimos descargar la culpa, e inculpamos a los microencimas de Béchamp, a los microbios de Luis Pasteur, a todo lo pansexual del subvertidor profesor Sigmund Freud... El médico no sabe pensar, y no puede establecer una Etiología. En su Permanentismo fisiopatológico, en su Substancialismo anátomo-terapéutico, nosotros conseguimos ser unos descarados sofistas dispersionistas. Tal «enfermedad», tal «causa». El dogma de la especificidad — y ¡al avío!

¿Y será, acaso, la Enfermedad, una Medicina? ¿La Medicina, como la concebimos y desgraciadamente actuamos, una enfermedad?

Habré sido muy inhábil si no os he inoculado ya esa duda. Os habré hecho perder míseramente vuestro tiempo — y no me lo perdonaré jamás: es que yo habré también perdido el mío.

XVII

47.—Afortunada o desgraciadamente no es así, pues yo ya estaba prevenido: ahí, digo, tenéis el Proceso contra la infamia de la Vacuna.

Tenéis las piezas, los documentos. Los testigos han declarado. Las confesiones no admiten dudas. No se ha dirigido la Aritmética, porque no ha sido ya posible detener la avalancha de números. La Vacuna, mata. La Vacuna, no inmuniza. Ese suero, es una suciedad.

Tenéis, digo, las piezas del Proceso. Vosotros sois los jueces: fallad ya, vosotros mismos.

Y, si sois capaces todavía, continuad vacunando. La vida es una prescripción: no vacunaréis, si tenéis todavía un ca-

rácter. Si ese carácter, ya tan lesionado, sabe apoyarse sobre la Fuerza de un juicio. Si tenéis una sensibilidad (54).

48.—Pero, y es lo que me temo, tan grave es vuestra pobre dolencia, que ha atacado, ya, a la sensibilidad misma. Y os recuerdo—pero de paso, ahora, sin insistir—, os insinúo episódicamente, que uno de los sofismas, pensados con el fin de demostrar e inculcar que, gracias a la introducción de la Vacuna, la Europa ya dejó de padecer de viruela epidémica, fué destruído irreparablemente en cuanto se estableció que, si la Viruela no nos visitaba, es porque no lo merecíamos. Porque, con todo género de vida innatural y desarreglada, desquiciada y animalizante, la Vacuna (por si algo faltara) vino a *insensibilizarnos*, a hacernos perder el Poder vital de Reacción... Ni la viruela ya nos quiere: ella cuenta, al menos, para sus juegos deshumanizadores, con personajes sensibles.

Tal es, pues, la contestación ocurrente a un inadmisibles y grosero sofisma. Y el gran filósofo naturalista, luz para toda la antigüedad, y aun para el hoy, Aristóteles, de la Calcidia, sostiene (y yo recuerdo que hice bastante hincapié en ello, en la Conferencia sobre Har Hazofim) que, en cayendo, el hom-

(54) Lean estas palabras del doctor Bigel, de Estrasburgo, «Oficial de la Legión de Honor y miembro de varias Academias médicas de Europa»: «Preciso es cerrar el inmenso arsenal de medicamentos sacados de los tres reinos de la naturaleza y traídos de las cinco partes del mundo, y repudiar el fruto de tanta vigilancia, la herencia de tantos siglos; esos materiales con que la medicina ha construído su edificio y decorado el templo de Esculapio, a fin de someter toda la humanidad doliente al imperio de un solo remedio, y condenarla, bajo pena de enfermedad, a no beber más que agua.»

—¡Bigel! ¡Insensato! ¡Tú nos estás comprometiendo, hermanastro Iscariote. Abres la Serie europea de los que, asclepiadeos, se pasaron a la otra parte de la barricada.

He sacado las palabras de ese testigo, de un librito, que, dictado en inglés (como resumen de una larga obra de Mister Claridge), se publicó en nuestra ciudad, el año 1858,—el prólogo, es de 1850;—librito titulado «La Hidropatía, o sea Tratamiento de las Enfermedades por medio del agua fría, el sudor, el ejercicio y el régimen», etc., etc. Plebeya rebelión.

bre no se detiene en el animal. Ni siquiera en la planta, no. Tampoco. La degradación del hombre es de tal índole, que la Naturaleza, diríase, lo expulsa... ¡El insensible!

Y tal sería nuestra condición.

Pensar es descubrir. Quien no descubre, no piensa. Pero pensar, *al mismo tiempo*, es Sentir. Gracias a una sensibilidad de pensamiento llegáis a «saber» que dolor es Tiempo. Que Tiempo es dolor. Y que, en la lucha contra el Tiempo (en la que está comprometida la vida), Juicio es el suero y la droga. No hay otras. La Medicina entera tiene que rehacerse sobre la base de una Conversión a la *Vis Naturae Judicii Medicatrix*.

Una Medicina Humana ha de surgir, de todas las degradaciones actuales, en las que, puede decirse, ya ni vive, existe la sensible criatura. Ella ha de surgir, y está surgiendo, de ese Atlántico nauseante de jugos, alcaloides y pus (55).

La Vacuna, de todos modos, es lo que—para una sanción cercana—parece haber ya colmado la medida.

Ahora no hay dudas. *No es, en todo caso* (y concluyendo) acto humano y racional esa duda. Eso es una insurrección de esclavos, ligados a sus intereses. No son dudas. Es, al contrario, infernal convicción. Y no, no es, en una palabra, en fin, más que religión y fanática política. ¡No vacunéis si sois hombres! Vacunar es un asesinato. Dejarse vacunar, un suicidio. Siempre un cobarde crimen.

Y hay una justicia.

(55) Tanto se mercurializó, en Alemania, cuando la Kermess del gran Teofrasto, contra la sífilis, es decir, tanto se sifilizó—tercializó, que las Facultades, antes de lanzar jóvenes sanitarios por esas calles, exigían de ellos juramento de no usar el mercurio. Ese juramento, se impone hoy contra la impostura de Jenner. Y, para los que lo quebrantaran, se tendría que preparar ya un presidio. Cfr. PETER PYNTON, *La Sífilis*.

XVIII

49.—Yo he venido diagnosticando la Medicina (forma *mentis medicorum*) como «morbo». Propiamente dicho. He venido desde un principio enunciando; luego insinuando y cada vez más persuadiendo; luego, por fin, demostrando—mediante un Caso dominante—que la Medicina, como ha llegado a constituirse hasta la presente, no es una «disciplina», sino que es una dolencia. Y no un arte, sino una verdadera y propia enfermedad (56).

El caso dominante por mí elegido, ha sido la Vacuna. La idea y capricho de la vacunación Jenneriana; los primeros ensayos; la conquista de la opinión; el Golpe de Estado, los paralogismos, las crueldades, las falsificaciones, la relación del carácter— todos los capítulos de que se compone la Historia del descubrimiento y aplicación de la vacuna en el mundo, no constituirán (para quien honradamente fué si-

(56) TENDENCIOSIDAD

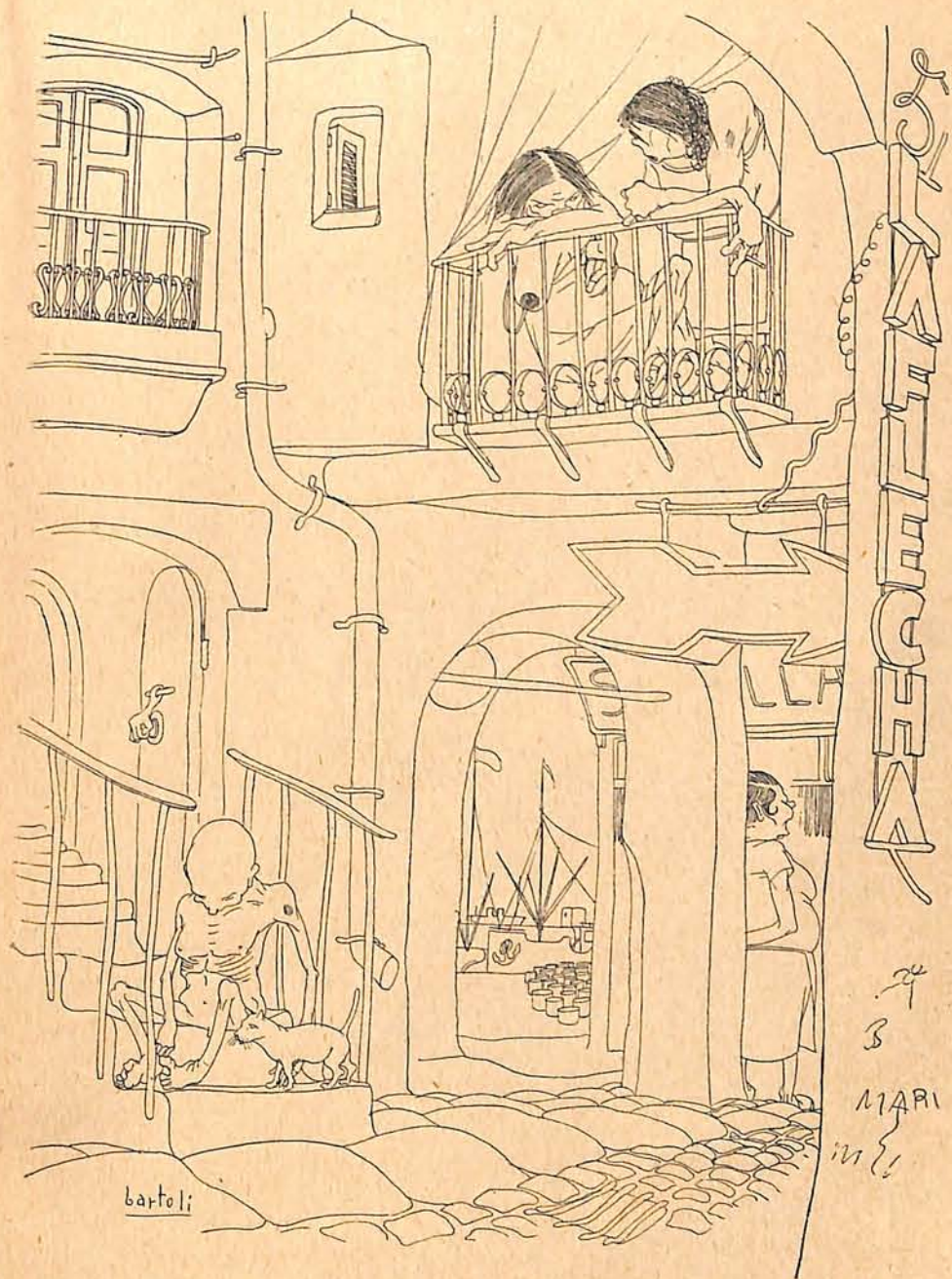
«Su obra es tendenciosa». Desde luego, tendenciosa. ¡No faltaba más, que no fuese tendenciosa! Precisamente, las obras de medicina, de eso se resienten: de que no son tendenciosas. Yo he querido ser tendencioso. Precisamente he escrito esta obra sobre la Vacuna, y *contra Jenner*—mirad, hasta personalismos—porque, en realidad, excusadme, pero TENGO UNA TENDENCIA. Soy tendencioso.

El doctor Moisés Santiago Bertoni, en su monumental obra sobre el Paraguay, y en el volumen de la «Higiene Guaraní» (Puerto Bertoni, 1927) explica: «...alguien quiso tachar mi obra de tendenciosa. Como si en realidad de verdad, toda obra social que valga la pena no fuese tal... Todo depende, evidentemente, de la naturaleza de la tendencia, buena o mala. Pues es de moral canónica como civil, que la bondad de un acto humano depende de su intención, toda vez que los medios no sean vedados.» (Pref.) Así. Yo soy tendencioso, desde luego, en lo de Jenner y los jenneros, y me veo asistido en ello por la Higiene guaraní, y por la moral civil y canónica.

Un tratado de trigonometría, también, se escribe con tendenciosidad. Mi texto trata de algo más *exacto*, y de más pura tendencia. Tendencioso fui—y tenía que serlo. PETER PYNTON también lo es.

guiéndonos hasta aquí) sino una sola *Historia Clínica de un Caso*, caso monstruoso, vasto, vastísimo. El caso de un envenenamiento, el caso universal de una psicosis, el caso monstruoso y apenas creíble de un contagio — idea de crimen que, de las mentes labriegas atrasadas, bajó a todos los cuerpos, se plasmó en todos los cuerpos. Y la cosa data de 1796, 3 años después de *l'Année Terrible*. «La Medicina es una enfermedad»; el síntoma patognomónico para diagnosticar y reconocer en todo caso la Dolencia ésa, es la Vacuna. Es la mentalidad y práctica hechicera de los vacunomanistas. Yo soy de los tiempos de la inolvidable insurrección de Babinsky contra J. M. Charcot (el Bonaparte de la Neurología); yo—lo advertí, desde mis primeros párrafos—, por la devoción filial que el doctor Albarrán profesó siempre a mi allegado el higienista R. R. Méndez, seguí las lecciones del autor mismo del *Signo de Babinsky*. Pues bien, hay un Signo de Jenner; pero signo como estigma. El Signo de Jenner no es el nombre que doy al autor clínico de genio que «mejor y por vez primera»—es la frase consagrada—que mejor y por vez primera describió *pathognomonicum*, una enfermedad. Sino la enfermedad misma. El Signo de Jenner es el índice más neto de la dolencia que atacó a ese desdichado — dolencia que logró contagiar. El Jennerismo es infectivo. Por el honor del espíritu humano, ya he hecho constar las viriles excepciones, pero ha sido preciso llamarse Franklin y Russell Wallace, Spencer y Bonaparte, Shaw y Swift, Kant y Goethe, Voltaire y Federico el Grande, para resitir (1.º) contra la Enfermedad de la Medicina brutalista (el materialismo es una cosa aparte, es un *método*). Y (2.º) contra el Signo Patognomónico de la enfermedad esa — la Vacuna. La mentalidad y práctica vacunista.

Esa rebelión, esporádica, no era putsh, sino que era un Plan. Y el plan resistencia contra un contagio, contra una torpe y sucia psicosis, contra una purificante pestilente pusificación.



del público, pues ese Plan (simple proyecto en emergentes intelectos y caracteres) *ya se actúa*. Hoy no se debe vacunar: al fin, hoy, no se vacuna. Hay «dispensas»: algo es.

Pero hay que ir ya, decididamente, y sin admisiones hipócritas, a la actuación del plan contra todo el ámbito, todo, del degradador e infamante Signo de Jenner. Hay que rescatar (si aun es tiempo) las últimas víctimas a los Suicidados. Hay que proclamar todos los derechos inalienables de la Náusea. *Vacunar es un asesinato*. Dejarse vacunar, un cobarde suicidio.

Tal es, como la entiendo, la total, íntegra y real y verdadera Conversión.

Mientras he ido leyendo, secciones periódicas del actual texto, y a medida que lo iba dictando, a algunos amigos míos, procuraba notar efectos y reacciones. Algunos de esos amigos, es padre: por ejemplo, el noble pensador de España, ABEL GUDRA. Abel Gudra, atentísimo a mis lecturas sobre el Signo Jenner (57), pasaba por todos los grados del leal arrepentimiento que, de la indignación, va al saludable terror de nosotros mismos. Sin embargo, hay que renacer. Mi texto no es triste, y el veneno lo doy con el antídoto. Los Capítulos XV y XVI de esta obra, abren la perspectiva, felizmente, a una Medicina regenerada y de renacimiento, a una verdadera y

(57) TERRORISMO Y LIBERTAD

Hombre sano de apariencia, que vives en el sojuzgado terror ante la enfermedad, ante el demonio—tú mismo eres el que te enfermas. Cambia tu vivir. Defiende tu piel contra tu médico.

Hombre en el terror ya—en la sífilis, en los tumores, en la artritis, en «lo efectivo»,—esa es la ocasión para cambiar de vida: defiende tu piel contra tu médico.

La enfermedad no es tan fiera como se pinta y, contra lo que antes debes premunirte, es contra tu desjuiciado hechicero, que vive de ese terror. Defiende tu piel contra tu médico.

Sé libre. No hay demonios, ninguno. Pero—defiende tu piel contra ese demonio último, tu médico.

propia Terapéutica de Conversión. Va ciertamente a llegar un día— y ese día acaso está muy cercano—en que la conciencia humana se conozca a sí misma. El día en que la razón del hombre entre al fin a someterse a la Fuerza universal del Juicio, por la que vida es vida y mundo, mundo. El día en que, a la cuestión de las cuestiones, ¿qué es el Dolor?, ¿qué es el Tiempo?, se responderá contestando exactamente lo que es el Tiempo, lo que es el Dolor. Por el momento, la Medicina va a ciegas. Y el paralítico (el médico) guía al ciego, con demasiados movimientos — el cirujano descuartizador, enemigo personal de ovarios, apéndices y amígdalas.

He descrito sin atenuantes el *Morbus Medicus* por su síntoma patognomónico, el *Signo Vacuna*. He deliberadamente querido inspirar un estado de saludable terror contra los terroristas. Pero mi libro no es negro, hay una fuerte esperanza en la concepción misma de mi libro. La discusión comenzaba con el registrar la actitud de Kant y de Goethe frente a fiebres, palpitaciones, contagios, convulsiones y locuras. Para Kant, contra las drogas, el Valor moral. Para Wolfgang Goethe, contra «las fiebres infecciosas y muy contagiosas», la Fuerza de la Voluntad. La *Vis Naturae Medicatrix* toma ese matiz. Hipócrates se ha «precisado». — Natura. ¿Qué Naturaleza?

50.—Así, in abstracto, no puede en modo alguno acogerse. Por de contado, es «concepto» para tales hombres, para tal época. La Naturaleza, para el salvaje, que tampoco in abstracto es; para el hombre de civilización mágica, esa Naturaleza, para ese hombre, es una cosa. Otra cosa, para el Egipcio y para el Griego clásico. Una cosa es la Naturaleza en China, otra en Polinesia, otra en Babilonia, en Persia, en el Islam. Para el judío de la dispersión, una Naturaleza. Para el judío del retorno y de Nehemías, una Naturaleza. «Natura», para

Spinoza, no es como *Nature*, para Descartes, o *Natur* para Fichte. O *Natur* para Schelling y Hegel. La *Natura Naturans* de Scoto Eruigena, ¿qué tiene que ver con *Physis*? La traducción imposible de una equívoca, anfibológica, indescriptible serie de sílabas, serie más o menos larga.

Lo mismo ocurre con lo Hipocrático. El gran mérito de Kant y de Goethe, en su rebelión contra el *Morbus Medicus*, es haber puesto, en el rótulo general que nos han transmitido las edades, un matiz sui géneris, *Vis Ethica*. Y así el santo y seña del Padre de la Medicina, resulta: *Vis Naturae Voluntatis Medicatrix*. — ¡No me quiero enfermar! ¡No me podré enfermar! Enfermo, casi vencido y ya postrado, — «¡Tú no morirás!»

Todo eso viene de Fichte y de Spinoza, por Goethe y por Kant. De Fichte, para quien, verdaderamente, no existe Naturaleza (*Natur*) sino como *No-Yo*—verdaderamente *Nicht-Ichheit*—: el mundo, obstáculo y coyuntura para la Afiración de una consciente Energía moral. Este mundo, *pasto* de la Voluntad. Y todo eso viene del gran médico Ibero-Neerlandés, Baruch Despinoza, como él se firmaba. Porque, en su gran obra *Ethica in quinque partes distincta*, y en todos sus precursores trabajos, ese suave y transcendente Médico no es en modo alguno «panteísta», sino ACOSMISTA. La Naturaleza, propiamente, no existe, en el Spinozismo: el mundo, es el menú de Deus. El substancial. El solo. Es un Permanentismo, en la Lucha contra el Tiempo, que logra aliar, por un Gesto Mental memorable, cronolítico, Zenón de Elea y el solemne Parménides con la imborrable huella de Adonai — nunca (ni por el cartesianismo del excepcional alumno) expulsado.

Pensar es medicarse. La *Vis Naturae Medicatrix* se ha *voluntarizado*. En Fichte, enteramente. Y empieza por Baruch el proceso. En Kant, que siempre desciende como un árbitro,

ya el proceso se ultima. Y se aplica esplendorosamente por el carácter Goethiano.

Ahora, Napoleón, como Federico de Prusia, os parecerán unos chiquillos, en su griterío ocurrente contra los medicastros. Ellos vienen de Voltaire que atacaba a esos medicastros como a los curas: sin decir nunca por qué «la superstition» tuvo génesis, desarrollo, proceso. Para posición juvenil y de alcurnia, para verdadero arte, Molière. En ese arte, Jonathan Swift es el verdadero Voltaire para el género pensante humano, santamente asqueado y coléricamente juicioso.

Pero las dos terribles posiciones dominadoras, los verdaderos ataques concertados desde esas posiciones de altura, son los que he señalado, como por señas. Esas posiciones son las ocupadas por Goethe. Las ocupadas por el sublime Kant. — Hipócrates se va ultimando.

Cuando yo sufrí (con mis contemporáneos de la guerra) la crisis de mi Exactitud—y la de los otros—estaba ya en posesión de mi teorema de la Identidad entre Dolor y Tiempo. *Quid sit Tempus?*

Tempus, Dolor sub specie Temporis.

Dolor, Tempus sub specie Doloris.

El yo es un ¡ ay ! modulado. Entonces me pareció que podía darse otro matiz a la Vis Naturae. Me pareció que se superaba la posición de Goethe y la de Kant. Este cuaderno, no es libro sino de bitácora. Mi libro es el cuaderno de un navegante. Hay sus preguntas, que no deben pasar de eso, preguntas. Hay, en cambio, resultados, y esos, con urgencia, se han de dar a conocer ya. El resultado concreto es que Vacunar es un delito. El resultado es que—guiados por ese Signum—entramos en la duda de si la Medicina humana, toda la Medicina de hoy, por sus métodos, sus ideas, sus actos, no sea sino una única Dolencia. Un polifásico (pero único) *état de*

mal. Un «faux pas du coeur», como dicen nuestros vecinos. La Medicina es una enfermedad.

El libro equivaldría así a un acto público de desesperación e incurable amargura, si no hubiésemos ido inscribiendo una *duda* sobre la posibilidad, la probabilidad, la certeza, de llegar a conseguir una Medicina Exacta, una total y comprensiva ciencia del Dolor y del Remedio. Una verdadera doctrina, y no una intoxicación. Una conciencia de esa doctrina misma, y no un crimen, un cruel designio legalmente perpetrado, una suciedad, una infamia, una vergüenza.

Nada más degradador que el espectáculo de la práctica médica de hoy. Nada más esperanzador en cambio que la meta que se vislumbra ya. Es noche, y estamos sumergidos hasta los ojos en un Atlántico de pus purificante. Os digo que amanece, y que tocaremos puerto. Rememorad las víctimas, eso sí, desde luego, pero observad (aun en ese estado de sojuzgada Náusea, de saludable angustia) que, en la Economía general de la vida, si ha sido, en complejo, Enfermedad nuestra Medicina, salud, bien hubiera podido ser, al cabo, nuestra enfermedad. «Crisis Curativas» hipocráticas.

Pesimista es el pésimo. Por lo tanto, no hay lugar para el optimismo, falto, como está, de contraste y oposición. No hay sino el Viviente, la vida. Ella se afirma — y este mundo no es obra de ningún delincuente. Historia es Juicio Universal. Hay justicia, a secas.

Fuimos transgresores: pagamos. Estamos haciéndolo... Hablan de enfermedades, y son sanciones. Tratan los síntomas, en dispersión — nada saben, todo ignoran de la real, única y unificada Enfermedad. ¿Qué es el Dolor?

51.—Parece que tendríamos que responder con seguridad. Parecería, muy seriamente, que nuestra Ciencia facultativa de la Medicina humana, nos hubiese, ante todo, exigido una

respuesta sobre ello. Pero, por muy absurdo que parezca, nuestros Cardenales jamás exigieron de nosotros ni la promesa del asomo de un gesto—aunque pueril—del más tenue y avergonzado juicio y pensamiento. A nosotros, ante todo, nos enseñaron nuestra obligación: la Pusificación universal de salvajes y semicivilizados. A nosotros nos enseñaron a sajar, destripar, endrogar, ensuerar, vacunar y bestializar a nuestro público de clientes venideros. Así habían cumplido su obligación los últimos epigonos de Broussais-la-Terreur, de los que era obligatorio compasivamente burlarse, porque «hoy hay otros medios». Ayer, mercurializábamos: y a nuestra práctica insensata hay muchos que atribuyen (consule Hermann, de Viena) los accidentes de la llamada Sífilis terciaria. Hoy, no mercurializamos ya... Seguimos vacunando (58).

(58) *Hecho de Armas Brasiliano y crimen boloñés de los Murri.*

1.—Los médicos alópatas y seropurificadores de allá, del Brasil, son—dícese—tan conquistadores ya, que han inspirado al Estado la movilización del Ejército patrio, para lo de vacunar a las súbditos. Y—dícese—los sanitarios brasilianos, apenas amarra un buque, esperan a los inmigrantes con un número de lancetas proporcionado a la cantidad de pasajeros. Que no desembarcan, si no acceden a dejarse requetevacunar. ¡Si nos vacunaron en Europa!, de nada sirve. Exhiben certificados: nada, papeles mojados. Y venga inocular.

Pues el pueblo del Brasil, los autóctonos, hubo un día en que gentuzas se rebelaron. Hubo hasta barricadas: de allá de las barricadas estaban la razón y la salud mental.—Nada valió: sobre cadáveres y heridos, la Salud Estatal vacunaba.

Luego han venido las epidemias, a mostrar lo fehaciente del timo. La muerte, a decir que vacunar es asesinar.

Pero hasta por ese asesinato en masa, para imponer un error, tenía que pasar el género humano.

Vacunar es un asesinato: fuimos justos, nada más que justos, diciendo que vacunar es matar.

2.—Y yo fuí muy amigo, en la ciudad de Bolonia, del célebre escritor y asesino Tullio Murri, el hijo del otro tanto célebre Médico Augusto, prof. de clínica médica, allá. Intimamos bastante, con Tulio Murri: yo vivía en la Vía Mazzini. El, fuera de la puerta Santo Stefano.—¿Por qué mató Tulio Murri al conde Bonmartini?

Eso, no se sabrá jamás. Pero yo le insinué una hipótesis, a mi amigo:

—«No es etiología, le dije; no es segura etiología, sino plausible

Nos han dicho que eso es una impía inutilidad. Se nos ha dicho, en todos los tonos, que eso es una barbarie, una hechicería sin ingenuidad como sin gracia. Se ha probado, sin réplica posible, que la Vacunación es la muerte. Que el acto de vacunar es un sucio crimen, un asesinato alevoso, una degradación nauseante... Pero el Mulford's Laboratory seguirá raspando las panzas de ternera, y purificando el pus de células córneas, de arrancados capilares, de pelos comprometedores... Queda sin embargo el pus. El puro pus. El pus catártico y sífilizante. A nosotros nos han metido en la cabeza que la Pusificación de la humanidad es lo que se tiene que hacer, y que Hipócrates es un curandero. Goethe, un pedante orgulloso y engañador. ¿Tenéis fiebre? ¿La vais a tener? —Pus. Suero.

Mi texto no es de ninguna manera pesimista. Este grito de alarma al público y a los sanitarios honrados, si es de deses-

hipótesis patogenética. Todo el viviseccionismo, el brutalismo autopsista de un progenitor, *puede* tener como corolario una irresistible tendencia a reducir a cadáveres, a los prójimos. Y eso, en la inmediata descendencia.

Usted fué lógico, añádele; lógico, no más.—Era muy inteligente, Tullio Murri. Vivía en una gran posición. De noche no podía dormir, y evocaba los espíritus.

Un estudio sobre la transmisión de lo cruel; sobre los desquites que se trae—me parece que está por hacer. Animaría a hacerlo: yo no tengo tiempo.

3.—Asimismo (y lo expongo muy timidamente, como consecuencia: pero sin haberme atrevido ni aun a anunciarlo en el título) tengo costumbre de establecer una relación de causa a efecto entre la Vocación Inquisitorial de España—una vocación muy suigéneris, que tuvimos, y por la que renombre invidiable alcanzamos en el mundo entero,—pues entre esa Vocación nacional, y la extraña vocación histologista de un genio, un carácter, una gloria como nuestro Cajal. Y digo yo que, tras la hecatombe de nuestra inteligencia (y por la no impune expulsión de lo mejor de nuestra tierra) no nos lucimos en matemáticas. Ni en lógica. Ni en física pura. Pero en *Anatomía*, eso sí. ¿Por qué?

Pero sobre la evolución de la crueldad, sobre su desquite—no hay todavía estudios verdaderos.

Lo importante es que las Españas sigan dando revacunadores.—La «mentalidad de Casas Viejas» llega a producir el genio. Lo detallista en lo cruel, sí que viene de raza. ¿Y a los ex Europeos? También a los ex Europeos. Nosotros seremos los últimos vacunadores, como los brasilianos. Algo es ya. Remito a mi *Crim dels Reis catòlics*.

peración y angustia, también es de *laetitia mentalis*. La Medicina tendrá que hallar al fin su Método. El estado de la medicina de hoy (lo diga todo, el Signo de Jenner) es grave, gravísimo. Es un estado desesperado... ¡ Precisamente ! La Iglesia se derrumba, *et les dieux s'en vont*. La historia tiene un sentido, y vamos a la apertura de una Era. Nueva. — De enseñanza habrán servido crimen, ignorancia y error.

Los médicos van ya despertándose, en público, y no se cuenta hoy ya el número de Augures que se sonríen en privado. Yo no soy un médico sin práctica, he estado muchos años ejerciendo, y he asistido a rápidos, fulmíneos progresos en la Conversión. La Náusea se va desojuzgando. Ya en mi familia, y a fines del pasado siglo, muy a principios de este otro siglo, sonreían, los Augures : Méndez, Sentiñón, los Ruiz Toledo de Málaga, los Méndez Luque de Granada y la Malahá... Al fin llegaron las públicas carcajadas de los Ruata, en Italia. Y el Reto de Franklin ya ha sido aceptado, y perdido para los que pusificaban. La actitud Antivacunista no era un putsh, era un plan.

Con la desaparición del Signo Jenner, esta vez se va a la Ruina de la Iglesia : a una rendición de cuentas, pero absoluta rendición. Fallo pronunciado en público, y sin más géneros de paliativos, atenuativos o remisiones hipócritas y vergonzosas.

Con la caída y cancelación de todo el vasto Signo Jenneriano, la Medicina, como ciencia ; la ciencia de la Medicina humana, como técnica, entrará (¡ ya ha entrado !) en una saludable Crisis. ¿ No ha entrado, hoy, en esa Crisis de la Exactitud, hasta la matemática ?

Cuando se socavan los fundamentos del Templo, no el médico sólo, sino su público—y es lo increíble, pero es—se echa a temblar. ¡ Y tiembla más el público que el médico ! Pero vamos, la ciencia de la Medicina, no va a ser más mate-

mática que la matemática. No va a ser, esa podre de vergonzante magociencia, más exacta que la Exactitud. Es el dogma del Ataque bélicomaterial al Morbo (el demonio), es ese dogma el que tiene que caer. Es el dogma del Permanentismo nosológico, el que ha de ser declarado torpeza y sofisma, ignorancia inspiradora de actos de envenenadores. Y es el dogma de la Pusificación vivisectora, la síntesis infernal de vida y necrosis, es ese dogma, repito, el que tiene que ser denunciado, sin temor, ¿ qué temor ?, como lo más ruín, como lo más sucio, como lo más bestial e inútilmente dañado que imaginó el hechicero de acuerdo con los inquisidores. Una Medicina se va. Otra se acerca. Es cerrazón, algunos vislumbran algo que bien podría ser ya la aurora. La Medicina hallará ciertamente su método. Por ahora, sigue siendo enfermedad. Y una gravísima enfermedad, no hay duda. El paciente está malísimo. Va a expirar... ¡ Esa es la suerte !

Pero público y sanitarios, a ese anuncio solo, entran en un vértigo y terror que serían inexplicables, si no hubiese precedentes. Al anunciarse y redescubrirse la teoría heliocéntrica, ¿ no hubo quien sintió muchos vértigos en Europa, por entonces ? Galileo tenía que ser un culpable. Ya entrada la Astronomía de posición en su mayor edad, ¿ el sublime Kepler no era todavía *astrólogo*, sí, efectivamente, un astrólogo, Kepler, judicario, con respectivos y comerciados horóscopos para pueblo y Príncipes ? ¡ Había que vivir ! El autor del *Harmonices Mundi* se hubiera muerto de hambre... La Medicina viene de la magia : va al Juicio, por cuya fuerza se elabora en la cabeza del hombre una ciencia. No hay Ciencia de la Medicina — y, sin embargo, todo, todo es Medicina. Mundo es Paniatría. Pensar es medicarse. Este *décalage*, como dicen nuestros vecinos ; este abismo entre Método y Rutina, entre actualidad y porvenir, indica que lo que hoy llamamos Ciencia Médica está en lo *embriológico* aún. Se ha de ultimar ese proceso.

Así, es que no puede ya seguirse. Nuestras ignorancias, son delitos. Nuestro error, crimen y destrucción de las gentes. El dogma tiene que caer. Pero hay algo más resistente que el bronce, etc., etc., etc.

Entonces logro reducirlos algo mediante el recurso heroico al argumento que llamo Crisis moderna de la Exactitud. ¿Por qué vais a ser más matemáticos que los matemáticos?, les digo y les insinúo. Aun renunciando a todos los métodos, a todos los conocidos, de nuestra Medicina, cual nos la muestra la reciente historia, y como la actuamos hoy; aun cerrando boticas, Mulford's Institution y jaulas acristaladas de apendicitótomos; aunque demos al traste con el Credo en la Esperificidad, ¿van a temblar las esferas y vamos a tener que renunciar a ver Médicos? Seremos otros Médicos, seremos sabios, incluso, con otros métodos, otras entrañas, otros intelectos. Y mirad, añadido, ¿ha sido crisis saludable, o ruina en matemática, el que el grandioso entendimiento de Hamilton haya surgido en un rincón del Reino de Inglaterra y el País de Gales, para anunciar al mundo que la Tabla de Pitágoras tenía que romperse, que tenía que proscribirse, para siempre jamás amén desecharse? Y, ya veis, era toda la Aritmética del tenedor de libros, de los estadistas y de las lavanderas, la que quedaba en el suelo. ¡Pero el Cálculo de los Vectores fué!

Y por la memoranda Intervención de Cantor, ¿no se sospechó que el todo no es mayor que la parte; que la parte acaso no tendría que ser menor, de toda fatalidad, a su todo? Un axioma cayó, por Cantor. Nuestros axiomas son mucho más vulnerables.

La Crisis de la Exactitud.

Enclides es un caso de toda otra geometría posible. Arquímedes, un punto de partida (superado) para Números No-Arquimedeados.

Los círculos copernicanos tuvieron que ceder las armas a

las elipses de Juan Kepler. El descubrimiento del radium hizo concebir sumas sospechas acerca del Permanentismo en física. El sueño dialéctico de René Descartes y de Emile Bortroux ya es una realidad matemática hoy: por un Hecho de Armas, hemos declarado caducas todas las contingentes (decía el Cartesianismo) «Leyes de la Naturaleza». No hay tales leyes naturales: todo es un Cálculo de probabilidad.

Hemos recibido muchas lecciones de modestia. Muchísimas. Hemos ido científica, lógicamente, a muchas renunciaciones... De reciente, la ciencia histórica rectificaba toda la fe de la Iglesia Spartakista: Espartaco no fué ni más ni menos que un traidor (BHARA BARKA).

La Crisis de la Exactitud.

¡Entonces!

52. Animaos: hay que destruir esta vieja Medicina en que vivimos, y por la que materialmente todavía hoy somos algo... Algo que cobra, por envenenar. Algo que ha estafado a los públicos y ha violentamente conquistado el Estado. ¡Ea, quitémonos ya la careta, pues esto es muchísimo peor que la Tabla de Pitágoras! Tiene que caer la Medicina: pero así.

No una «crisis parcial», no, no como otras veces, sino ésta, y por la última vez, Total Crisis. Liquidación universal. No dejar hoy a Broussais—puesto en los altares antes—por Jenner, ni aborrecer a los Mercurialistas por los salvarsanizadores. No pasar de Van Helmont a Charcot, o del gran Boerhaave a Pasteur... Sino que se caiga todo eso. Está podrido: no queda purificar el pus. Estáis enfermos, de radical y secularísimo Morbus. Curaos. Morid y renaced.

«Hay que volver a la Naturaleza». ¿Qué Naturaleza? ¿Qué retorno?

Vis Naturae Medicatrix... Todo está, de todas maneras, enso de Naturae. ¿De cuál? ¿Y para qué?

Que nada haya exacto — y que llegue la Crisis de la Exactitud. Como para Euclides y Pitágoras, pues, así para Pasteur, Freud, Ehrlich — la Crisis de Hipócrates. Todo es Medicina, y Medicina, sin embargo, hoy es paralogismo, suciedad, crimen. Fuimos fieles a una sospechosa herencia. *Es la mentalidad patoterápica la que irremisiblemente está en crisis.*

Y lo digo, sobre todo, por el Signo de Jenner. Esta es la última ilusión: imposibles son ya nuevos engaños. No purifiquéis ya más pus — *el Virus, es la mentalidad médica corriente.* Una mentalidad que ignora el Dolor, su esencia, su teleología, su génesis y significado, su rutilante vía entre los hombres. Esa actuación por ignorancia, *tiene que ser necesariamente crimen.* Y lo es. La Medicina es una enfermedad. Su signo patognomónico: Edward Jenner

¿Qué es el Dolor? ¿Qué es el Remedio? ¿Qué es Salud, Enfermos, Naturaleza, Tiempo, Espacio, Fuerza de Juicio, Conciencia, Destino, Dignidad?

Pero, un momento: de cada panza de vaca están extrayendo puro pus Mulford los sabios vivisectores. Y con operaciones delicadas: 800 ampollas, por cada ternera, ahí, amarrada. Por favor, no estorben.

En plena ciencia astronómica, fijada, vendía sus horóscopos—para vivir—un hombre de algún empuje: se llamaba Kepler.

El tener que vivir de los venenos, será la última rémora, en substancia, para el progreso de la Medicina, en un mundo ya hoy absolutamente en crisis. La Medicina es un morbo, en y por nuestra organización de fraticidas e interexplotadoras sociedades.

Cuando habremos enteramente «convencido», todavía quedará un obstáculo—y el más serio—para toda adhesión leal: el negocio. Muro verdaderamente de acero y cemento armado. Valladar de valladores. La rebelión de los «Harmonices Mun-

di», mantenida por la infamada actividad de los vendedores de almanaques.

No culpéis, pues, al individuo, si no culpáis a la sociedad. Mutuamente se influyen—por reciprocidad resulta, *que hacen.* Tengo el trabajo juvenil de Friedrich Engels, sobre «La condición de los obreros de Inglaterra» (con su croquis adjunto de la inmunda ciudad de Manchester), por la obra de un médico, pero médico en toda la santa y justa acepción de esta prostituída idea y palabra. Tengo el *Address* del amigo inseparable de Engels, en la apertura de la Internacional, por la obra y acción de un médico provisto de cuantos datos se necesitan y de cuantas razones sobran para hacer aceptar, a sanitarios y a víctimas, que, del tifus, la condición social es responsable la sociedad inglesa industrial. La civilización de tránsito. La horrible, injusta, sucia y avergonzante sociedad de los hombres interexplotadores.

De una comunidad vuelta de espaldas a la Ley del vivir; de una comunidad de hombres en rebelión contra la vida, el juicio mismo de la vida, la palpitante y creatriz acción del Viviente—el único viviente—; de un pelotón de pululosos Oligántropos («muchas caras humanas, y pocos hombres») erigiendo el lema, «¡Matarás!», necesitado corolario es una Terapéutica que vista, en efectivo, es una Medicina de sucios y desalmados envacunadores.

He ahí una parte de la explicación final de la superstición de Jenner. Y, por él, de los serólogos y drogadislálicos que vinieron— y que ciertamente todavía (algo) vendrán ya.

Cuando todo habrá definitivamente pasado; cuando una revolución en los métodos producirá—que, eso, se ve—otra Medicina, el problema será: ¿por qué fué?

¿Cómo es, que todos esos monstruosos errores y acciones fueron posibles? ¿Mas en qué cabeza cabían?

Y es el problema mismo de los Procesos Embriológicos.

El problema mismo de las etapas en las rutas de los navegantes. Se va, a un «fin». Se tiende, desde luego, a algo. La historia de la vida, tiene un sentido. Un sector, una ruta, de todos modos, hay. Y este salir del género humano, de las Selvas; este aglomerarse en *ganglios*, que serán ciudades; todo este reñir, explotarse, matarse, desangrarse, envenenarse; todo este Cruel Cambiar, es porque la materia y substancia misma, humana, se transforma. Vida es Transgresión constante. Y las enfermedades, son eso: *huellas*, en la carne viva, del paso, o ritmo, del Juicio Transgresor, en el que la vida consiste.

Pero dejo ese aspecto real de la Patología, por el otro: de la enfermedad como Sanción. Sobre ambos campos, libre es ahora quien lee meditando de seguir sus personales actitudes o nobles y profundizadas afinidades y aficiones. En conjunto, nosotros pagamos nuestro decidido tender hacia los puercos, la suciedad de puercos en que vivimos en Europa durante siglos y siglos de total e incomprensible cerrazón. Cuando fué entrando aire, luz, sol, en las ciudades, las epidemias fueron regresando. Y, cuando se sobresaturó de víctimas, nos dejó en paz—o mejor dicho, nos concedió una no merecida tregua—otorgándose a sí misma un cierto Sábado la fuerza universal del juicio como muerte. Apodo o sobrenombre del Tiempo. Del Dolor. *Tempus sub specie Doloris*. Pero las enfermedades volvieron (con otras facies y aparatos sintomáticos) gracias a la Pusificación del público. La enfermedad es una Medicina. La Medicina es una enfermedad. Los médicos, no podemos desmentir nuestro origen. Venimos nosotros, los médicos, del dogma de que lo sucio es el remedio. Los Padres de la iglesia terapéica, cerraban las habitaciones antros, en que gemía el enfermo de viruela negra: no permitían que entrase ni luz, ni aire, ni nada, sino la sangría, la triaca, duramente abriéndose paso entre harapos cubiertos de podre, de costras,



de sangre descompuesta y de hediondas deyecciones... Esa era Europa: y, por el fenómeno que vine llamando de la *dicotomía de la Náusea* (salvador síndrome), pues, nada, que mientras la aglomeración humana se hacía Limpia, los médicos cultivaron la represión de la Náusea, bajo forma de suciedad reentrante. Ya permitieron aire y luz, pero a pacto de que una suciedad, ya vencida afuera, se ocultase, se anidase y fuese circulando por la sangre. Y la vacuna fué. Que un secundario practicón de pueblo; que un empírico sin base científica alguna haya embobado, estafado, contagiado y ensuciado a miles, a millares de miles de hombres sesudos y de oligántropos racionalizables — eso es lo que no se explica sin los Orígenes de cerdo de la Medicina humana. Sin el resabio que la induce (por más que se le tire de la rienda) a volver al axioma de suciedad, más infrangible que la exactitud pitagórica y resistente a todos los números de Cantor y al común sentir de las adecentadas gentes. Hay que acabar con esa infame superchería. La Medicina es una enfermedad. Vacunar es un asesinato. Hágase luz, y entre sol, inteligencia, aire, de una vez. En ojos, cabeza, entrañas, sangre. La Pusificación del género humano tiene que acabar de una vez para siempre.

Ahora ya no es cuestión de lógica, sino de decencia. De asco benefactor, no de razones. Negocios, pero en otro sentido: no en ese sector siempre, eternamente en déficit. El negocio sucio de la medicina humana, rindió poco. Nada rindió. Rindió la muerte.

«Combatiendo enfermedades», por el sojuzgar la náusea, reaparecieron los mismos perros con diferentes collares. Pero perros mucho, mucho más rabiosos, más *sancionadores*. ¿Adónde va la humanidad?

A su desaparición, si este crimen oficial de la Medicina pagada continúa y afrentosamente sigue. La humanidad va peor que a su autoextinción: va, a marchas forzadas, hacia

una pobre raza de alocados, de leproso, de cancerosos sin remedio, de lúcidos dementes, de invertidos, toxicómanos, hedionda podre pululante, con, tal vez, alguna luz de ideas... Pero será recuerdo, en la marcha ascendente de la vida, como los gusanos de luz, los termitas o los orangutanes.

La Medicina no es una enfermedad : es un Síntoma, o síndrome, de nuestra infame organización de furiosísimos ex-hombres. Pero aquí no puedo olvidar mi texto, que ya va hacia su fin ; tengo que insistir por último en mi idea prevalente.

Mi prevalente idea, al aceptar la redacción de este discurso, fué luchar contra el asesinato por vacuna. Los límites establecidos del combate actual, son los que coinciden con la sucia superstición y crimen de Eduardo Jenner. Paralelamente, he conducido una investigación profunda en vista de sembrar una duda sobre la Terapéutica como Patología. La Patología como Terapéutica, en realidad. Eso, como duda plausible. Mas, abandonemos toda duda, y vamos a los resultados. Y prescindiendo de Kant, Bonaparte, Franklin, Goethe, Shaw y Federico el Grande.

XIX

I. He dicho, anunciado y demostrado, que la Vacuna no inmuniza contra la Viruela. No dejes vacunar a tu hijo. No te vacunes.

II. He demostrado con todos los argumentos de peso, deseables, que en el acto de la Vacunación inoculamos la sífilis, el tétanos, la lepra, la encefalitis, la erisipela, la tisis... Toda la patología, en una palabra. No os dejéis vacunar. No vacunéis.

III. He dado como resultado, también, que, a más de esa

Patología *de visu*, hay otras enfermedades, por vacuna, suciedades directamente provocadas, y con las que no se cuenta, porque tardan en aparecer. Esa *Criptopatología*, como quizá debería llamársela, es mucho más temible, por su insidia, que la dolencia, o el cúmulo de dolencias, a toda luz. No os vacunéis, en atención a esa Criptopatología.

Vacunar es un asesinato. En doble sentido ese asesinato es alevoso. También hay una especie de *alevosía objetiva*, inferible por los resultados... que se ocultan más cada vez. Precisamente.

No vacunad. No vacunéis.

IV. En fin, el Virus de la vacuna es un misterio, un enigma, un caos impenetrable. ¿Qué es la vacuna? ¿Qué es la viruela? ¿Qué es la linfa, ya obtenida y pronta para la operación?

Si os queréis dejar suicidar, sea. Mas sabed, al menos, con qué os termina vuestro *Suicideur*. Suicidas por vía directa, tenéis, asimismo, el derecho a elegir el género de vuestra muerte... Según vuestros caprichos o merecimientos, en el grado de vuestra inicua y cobarde curiosidad.

Pero, con el suicidio por suciedad mediante linfa ; pero por la Pusificación de vuestros redaños, no lograréis nunca, nunca, saber de qué morís, ni quién os mata, ni a qué géneros tampoco de dolorosos deleites liberadores os condenan u os autosancionáis. Es una estúpida expiación. No os vacunéis.

El Estado no os quiere cocainómanos. Os quiere, en cambio, vacunados. Es un Trust. Horrible es la alternativa, pero la razón no tiene entrañas : antes que la vacuna, cualquier estupefaciente.

Más alevoso asesinato que el arte y práctica de vacunar, la ciencia hoy ya no conoce. Eso, lo resume todo. Verdaderamente es un caso de conciencia : es de conciencia no repe-

tirlo, y no se repetirá. Público engañado desde 1796, ¡ rebélate ! ¡ Tú puedes y debes hacerlo !

No os vacunéis.

Y nada más. Mi librito está redactado para enfermos y para sanitarios, para encumbrados negociantes asclepiadeos y para gente menuda inmunizable. Yo vacuné : estoy arrepentido. Entre todas las faltas y los excesos de una vida ; en medio del constante errar que es la vida del hombre en precarias y lábiles sociedades, lo digo por escrito y con mi firma : de nada, sinceramente, de nada me avergüenzo en el mundo, como del crimen que cometí vacunando y revacunando, y recomendando la vacunación. Aun cuando, ya, las dudas, y precisamente en Italia, empezaron con toda gravedad a asomárseme.

Recuerdo con horror, que mi piedad filial no puede ni atenuar siquiera, los sarcasmos de mi padre médico, en Andalucía, aquí mismo en Barcelona, contra la vacunación Jenneriana, y la *noncurance* conque ese hombre (muerto muy joven en América) cumplía la operación en sus numerosos clientes. Es verdad que al doctor aquel excusaban y la fecha de su instintiva rebelión y la moral judiciaria del sublime Kepler.

Pero ahora ya mi convicción se ha hecho tan profunda ; se ve tan bien acompañada en rebelarme, que, en el caso de que la verdad no me haya hallado inhábil, creo hacer obra buena, publicando este discurso y conversión. No quiero llevar razón, sino que la razón nos tenga a todos, que buena falta nos hace. He tenido que sintetizar ; quizá he incurrido en errores. La memoria me tiene que haber fallado alguna vez. Mi biblioteca fué dispersada por el fascismo ; toda una documentación (en ese y otros campos) confiada a la sola custodia de una memoria, ¡ es triste ! *Seguramente cometí errores* : deseo ser convencido de error. Yo he creído razonar : con toda seguridad, mis razonamientos contiene alguna (o muchas) falacias. A médicos inmunizantes, mis condiscípulos—hoy muy justa-

mente en alto—yo me dirijo. Ellos son padres. Ellos tienen a su clientela como promoción de su familia propia — y el padre, sólo él, es (Hegel) un hombre.

Pues bien, dejad de vacunar, si sois hombres.

Propagad que es un crimen haber vacunado, y vacunar, si sois hombres.

O bien convencedme de equivocación y error, si sois capaces de la Fuerza del juicio por la que una conciencia es conciencia. Y el médico — un hombre.

En mi ciencia y conciencia yo certifico que nuestra Medicina, como la aprendimos y practicamos, es una enfermedad. Que esa enfermedad tiene (hoy ya al fin revelado) un síntoma patognomónico : Edward Jenner. Certifico en mi ciencia y conciencia, que ese síntoma es un estigma sobre la frente de la raza blanca.

Y que ese estigma, es un delito. Vacunar es un asesinato alevoso.

Prestarse a ser vacunado, un suicidio de idiota cobarde.

Y certifico en fin que no vale la ignorancia, pues el hombre empieza por la cabeza. La ignorancia es efectivamente crimen.

PANIATRIA

Efemérides y Aforismos para confirmar la declaración de un testigo en el proceso contra Jenner.

Autonomía de la ciencia médica

1.—Obsérvese y destáquese ahora, yo lo suplico, nuestra *forma mentis* general en nuestra discusión de heterodoxos. En general, se ataca a los médicos, disculpándonos por el «estado de la medicina» (Veresaieff). En el libro célebre—que fué un escándalo—del doctor ruso Szmidowicz (Veresaieff) hay anecdotismos, personalismos. Ninguno, verdaderamente, en este texto que se acaba de leer. Yo no me ocupo de «casos de crímenes médicos», de faltas lógicas y técnicas de los médicos. Nuestra guerra es contra la *forma mentis*, bajo la que se piensa, la Medicina entera; no «tal» falta—o exceso—de médicos. Sino la Medicina misma como falta (como crimen, en el caso del Jennerismo). Como—en general— como Dolencia. Error, ignorancia, es decir, culpa. En fin, patología, enfermedad.

2.—Ni mi ataque, tampoco, a la Medicina (toda ella) es «sistema contra sistema». Aquí no hay sistemas. La Memoria *Prima Prova* (1920) contiene un Teorema, demostrado. Nada más.

La Medicina, hasta ahora, procede por posiciones de Bizancio: «Alópatas», «homeópatas», «naturistas» — mas yo, lo que digo y pruebo, es que la Medicina, hasta ahora, no halló *principio* en qué fundarse. Que no existió hasta el día,

como ciencia. Que es preciso que Medicina halle *base*. Como las otras ciencias. No digo más que eso.

3.—Y, en fin, lo que me pertenece, junto con el Principio de identidad que funda la ciencia de la Medicina (Tempus=Dolor), es el haber llegado a *orientar* en el sector de un Ideal de la Medicina. Mundo es Psiquiatría. Todo es Medicina.

Mi condena de la medicina como los hombres vinieron entendiéndola y practicándola, hasta hoy, se hace en nombre de una *universalidad* médica. En base al teorema demostrado y aplicado, por corolarios necesitados lógicamente.

Y uno de esos corolarios, es, pues, este texto.

¿Qué anecdotismo puede ser el mío, y qué personalismos voy a albergar yo, que quedo matemático?

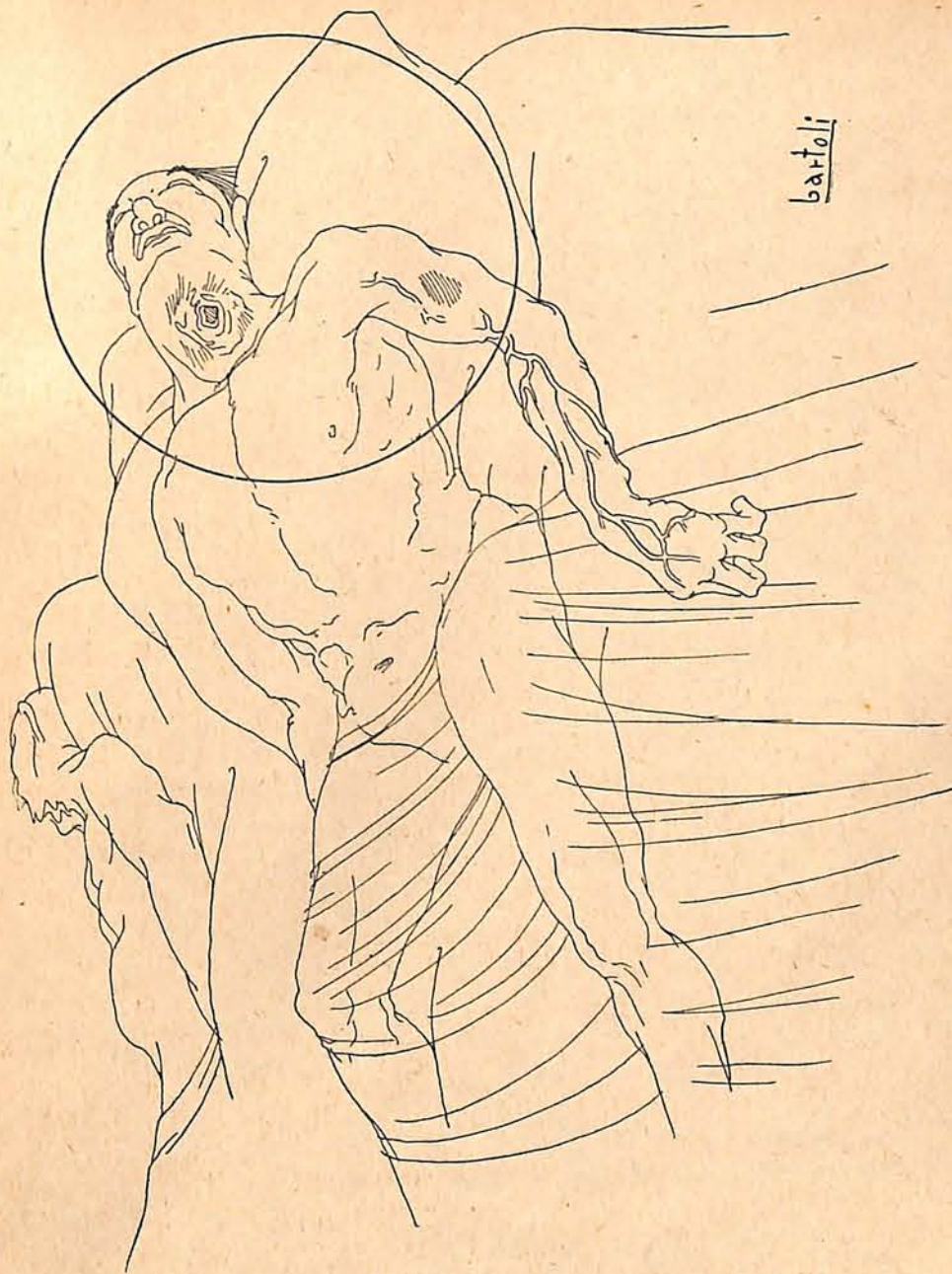
4.—En fin, mi lucha es por la *Autonomía de la Medicina*. Entiendo esa autonomía en un doble sentido: máximo (u óptimum) y mínimo, o de aplicación.

Por mi concepto de la máxima Autonomía de la Medicina humana (en su realidad) no admito yo *ciencia* o práctica de la que ella *dependa*, sino al contrario: todo el pensar es eso, medicarse, en la Lucha contra el Tiempo. O Dolor.

Y por mínimum de autonomía de la Medicina aquí entiendo, el hecho de que la *experiencia médica empieza contigo, médico*. Que por tu PERSONAL acción, y sin exteriores auxilios, tú «curas», et si non non. Tu Coeficiente Personal Cronolítico, inmaterialmente actuado: he ahí la droga.

De modo es que, por mi principio de la mínima Autonomía de la Medicina, yo rescato la Personalidad Integra del Médico (el concreto hombre) de la cárcel inmunda de drogas en que, encadenado, gemía, desde los salvajes hasta nosotros, salvajes semicivilizados.

Pero ese poder cronolítico, no lo concede ningún diploma.



Es diploma que da la naturaleza, como la llaman — Naturaleza de la Fuerza del Juicio, concretada en un hombre.

Y digo que ese hombre es un médico *autónomo*.

De suerte, en fin, y concluyendo, que para mí la Medicina es toda la ciencia — el médico, materialiter, la sola acción.

II

Diversos Gestos Mentales

Hay, en la rebelión contra la medicina, dos actitudes o Gestos Mentales posibles: el Signo Kant-Goethe (lo llamaré así), y la censura *personal* o anecdótica a la Szmidowicz (Veresaieff). Kant, Goethe, oponen una *Vis Ethica Medicatrix* a todo el mundo de la «fisiología que va para ciencia de las drogas», de Claude Bernard. Esa ciencia, en cambio, es la que encanta a Szmidowicz (Veresaieff). Este médico ruso, es un ortodoxo: está dentro de la Iglesia terapéutica. Kant y Goethe son dos revolucionarios. Veresaieff ve un *progreso de la Medicina*, y «siente» (en el doble sentido, de disgustarle y darse cuenta) que la *práctica, hoy*, no corresponda a lo que «va a venir».

Mientras que, para nosotros, hay cerrazón, por esa vía: lo que va a venir, es lo que vemos. La vía de Claude Bernard es un *impasse*. Ella conduce a la intoxicación. Es la *Lógica Medicorum*, ella toda, la que yo en mi texto denuncié como sofisma.

Los dos Gestos Mentales, son diferentes: Veresaieff es un *intelectual* (Verstand). Los Gestos Kant-Goethe son (Vernunft) razón.

Por mi teorema de la Identidad entre Tiempo y Dolor, por ese *juicio*, y por su consecuencia, Vida es Cronolisis; y por

la consecuencia de la consecuencia, la vital Fuerza del Juicio, siendo la *razón* de la vida, es cura: el viejo concepto de Vis Medicatrix se remoja, y el Gesto Mental Kant-Goethe se abre más. Es más amplio. Y concreto:

- I. Vis Naturae Medicatrix (Hipocráticos).
- II. Vis Veneni Medicatrix (heteronomía de la Medicina).
- III. Vis Naturae Voluntatis... (Kant-Goethe).
- IV. Vis Iudicii Medicatrix.

Esta última es mi vía. Bajo ese lábaro he dictado mi requisitoria y he dispuesto mis argumentos ejecutores en la batalla contra la superstición y crimen vacunista.

III

Confesar no es arrepentirse

La confesión de Szmidowicz (Veresaieff) no es arrepentimiento. No es, ni siquiera remordimiento. En su capítulo «El poder de la Medicina» (2.ª parte de las Confesiones) se muestra contentísimo de la ciencia médica *por donde va*, y lo que siente, Veresaieff, es que la *práctica* sea tan difícil, incierta. Pero él, Veresaieff, está seguro que (dentro de la Medicina de Facultad) «el hombre superior, de talento extraordinario, de dotes especiales, puede ser un *verdadero* médico, como puede serse un verdadero poeta o un verdadero músico». En mi Conferencia sobre Har Hazofim, que en el texto he citado repetidas veces (Bolonia, 1926), yo me he apoyado, en

cambio, en el *diagnóstico* del Dr. Tardieu, de París, que recuerdo dice:

El talento superior se dedica a la pura ciencia, a la matemática, a la física; se dedica a la poesía, a la dirección de los pueblos — la Medicina está servida por mediocridades.

Y así es. Ilustres *mecánicos* arregladores pasan por genios. Envenenadores por santos. Sofistas por bienhechores del género humano civil, engañado.

Lo de Veresaieff, no es una rebelión. El tiene dioses, todavía. La *entgötterte Natur* de su amigo Schiller, era mucho más revolucionaria, cuando Goethe (en pos de Kant) afirmaba —contra el Hufelandismo— que la Vis Ethica es la que sana y salva.

Digo que Veresaieff no se «arrepiente». No está en la fase que los pensadores judíos llaman de TESHUBACH. El, Veresaieff, a lo más, *se remuerde*. Es una conciencia sensible, y no sabe por qué, ni de dónde, ni por qué causa sufre. No tiene razón su dolor.

Luego su dolor no tiene causa. Luego no tiene razón de «sufrir» y no sufre. La vanidad dicta sus Confesiones, y una secreta envidia bajo forma de noble emulación.

Veresaieff vive desesperado. Mi texto, al contrario, es vital y llama al verdadero arrepentimiento. A emprender una nueva vía. Nosotros no somos ningún conservador. Nosotros no esperamos nada de una Purificación del pus. «Perdí completamente el ánimo»: Ahí está todo Veresaieff. «No somos tan inútiles, los médicos vulgares»: ahí está Veresaieff.

A él no le entra de ninguna manera en la cabeza que Terapéutica sea Morbo, sufrimiento y muerte. ¿No ha vacunado? Estad tranquilos: ¡vacunará!

Veresaieff, en una palabra, está compungido porque no ha acabado *aún* de ser ducho en farmacopea. Que, cuando será ducho, no sufrirá ya más.

La Confesión Veresaieffiana, en definitiva, es la confesión de un adolescente que mira el mundo bajo el lema y consigna : «¡ Ah ! si yo tuviera ya la edad de mi papá !» Ha tomado, por lo demás, Veresaieff, a la medicina por una mamá, y es una madrastra. La ha tomado por una persona decente, y es una impostora, una criminal, una prostituta. Cree en el *genio* del que un día llegará a servirla — mientras que no la sirve sino la mediocridad.

Eso no quita para que Veresaieff sea un excelente *chico*. Pero, bueno, nada de arrepentimiento. No puede. «Se remuerde» y no sabe por qué *sufre*.

La sola frase, in concreto, del honesto Weiss, «Yo merezco ser colgado..., etc.», esa frase, puesta en la balanza, pesa más que el volumen entero de aquel muchacho tan... demasiado aplicado. Este prolijo y lacrimante ruso no sabe que el peso mayor que tiene que aguantar su conciencia es el de la fe en una farmacopea — que lleva a la vacunación.

IV

Algo más sobre la Autonomía

Hay un tercer modo de entender la Autonomía de la Medicina. Y es la *autoiatría* : el médico de sí mismo.

Mas es autonomía híbrida y sospechosísima. Reflexionando, esa autoiatría la veréis reducida a mis otras dos formas autonómicas.

Porque, en definitiva, el «médico de sí mismo» es naturaleza desdoblada. Morbo, y fuerza del juicio como salud.

La autoiatría reposa, pues, sobre un movedizo fundamento — en la ignorancia más crasa del hecho mismo de conciencia.

Si lo que *cura* es la *Vis Naturae Medicatrix*, digo que médico es el Juicio. Y eso en ti. Tú no eres tú.

No hay sino una manera de entender la autonomía de la Medicina como efecto — y es bajo la Autonomía de la Fuerza del Juicio. Concreto y universal.

¿Te «curas a ti mismo?» Eres un enfermo. Y de enfermo no puedes salir ni saldrás.

V

Alivios

El fundamento de la fe en la ciencia corriente (sí, que corre, que se pierde) de la medicina, es que su ideal es :

«Guérir quelquefois, soulager souvent, consoler toujours».

Pues ese ideal no se actúa sino en la segunda etapa : soulager, Aliviar. En esa fase se ve, realmente, lo justo del diagnóstico que consta en el texto : Medicina es patología. La Medicina es una enfermedad.

No hay *curas*, sino alivios. Como dicen en Andalucía : «Pan pa hoy, hambres pa mañana». El médico corriente de hoy no puede, no puede, aunque arranque las amígdalas, desprenda el apéndice, dé Mimetina o dislalina ; dé lo que dé, haga lo que se le ocurra, no puede, y que no puede, sino aliviar.

Y ese alivio, esa tregua—que no sojuzga el Morbo, que no lo vence — es el espoleo para que, despertado, pues el Morbo se lance a nuevas hazañas. *Reapareciendo*. Y, entonces, pues — vuelta a aliviar.

Contra el Círculo Vicioso de la Medicina entera, corriente, yo en mi libro he insinuado lo Beneficioso de entrar ya en un

Círculo del Juicio. La *forma mentis* de nosotros, médicos, es una enfermedad. ¿Qué es el Dolor?

Nadie lo ha dicho. Nadie lo sabe. Entonces, ¿qué vais a curar?

De la curación al alivio y del alivio al consuelo. El médico no puede hoy sino ir aliviando a Oligántropos que *tiran*, van virando. La cuestión, de todos modos, es tirar.

No hemos pasado de la zoiatría...

VI

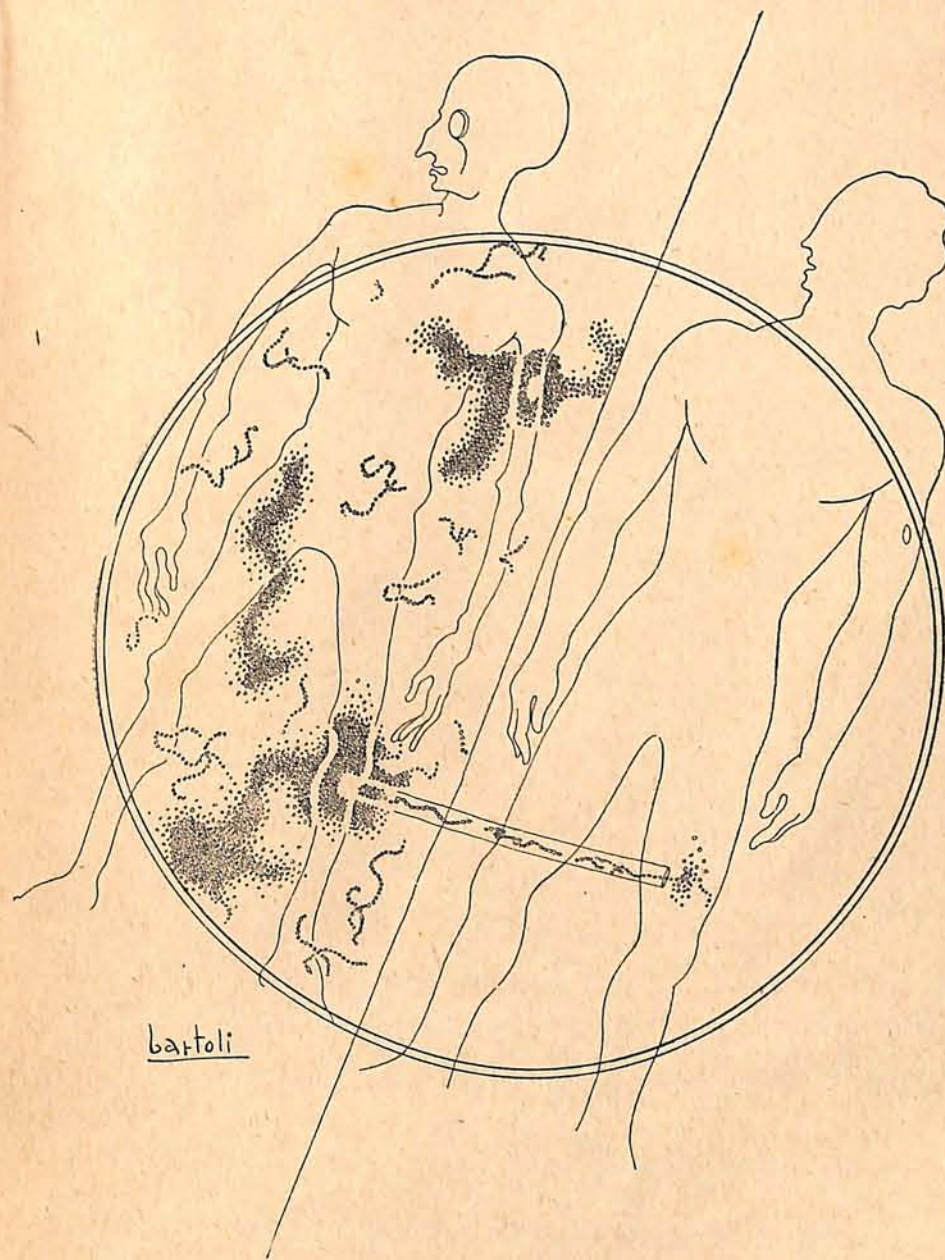
«Creo en la Medicina»

1.—Al fin, ya tengo a mi hombre. Mientras voy informándome de estas «Confesiones rusas», ya tengo la profesión de fe, aquí, en la paginita 210, de la tr. esp. (Montevideo, 1908) de J. F. Carbonell. Creo que sea una buena traducción. Carbonell no se va a poner a falsificar el texto — que seguramente revierte del francés. «Creo en la Medicina»: Veresaieff se ha confesado. Ya puede morir, ha expresado su última voluntad: «Creo en la Medicina»...

¿En qué Medicina, doctor? Pero Veresaieff es un buen muchacho, seriesito, sincero. Es toda una lealtad a la Facultad:

«Yo mismo he experimentado esta desconfianza; pero ahora que sé más, declaro con toda sinceridad *que creo en la Medicina* (subrayado en el texto), y creo, aunque sea con frecuencia impotente, hasta peligrosa y aunque ella ignore muchas cosas.»

Eso es. Este médico es un creyente. Luego (me lo sospechaba) no ha entrado en la fase de *Teshubah*. En la fase del arrepentimiento.



2.—Voy a apresurarme a hacer por mi parte una confesión, y sé que ella mucho va a perjudicarme ante no importa qué lector piadoso. Yo he estudiado bastantes fundamentales obras. Bastantes. He leído pocos accesorios libros, poquísimos. El director de mis lecturas, mi padre; el director de mis lecturas de Granada, el severísimo Notario de esa ciudad, don Manuel R. Méndez; mis maestros Méndez y Sentiñón, en Barcelona—eso para los primeros pasos—tenían librerías de cosas fundamentales. Y, sin decirnos «lee esto», nosotros hallábamos allá lo que en vano otros por la vida buscan. Fuimos de gustos difíciles, no es nuestra culpa.

El libro de Veresaieff no lo leímos hasta ahora. Tenemos antipatías instintivas, desde chiquillos. Estoy leyendo a Szmidowicz (Veresaieff), «para ver lo que dice»—y para Notas póstumas—. Me lo temía. Ahí he transcrito la profesión de fe.

Nosotros tenemos muchas lagunas en nuestra cultura libraria, puesto que (habiendo admirado mucho, en Italia, la tragedia «Numancia», por Cervantes, que nos pareció digna—toda proporción guardada—de Esquilo) nosotros no habríamos podido seguir el consejo que el gran Sydenham logró dar a un estudiante que preguntaba al «Hipócrates de la Inglaterra» qué libro tendría que leer él, estudiante, de Medicina.

—«El Quijote»—contestó después de haberlo pensado algo el gran Sydenham.

Nosotros no hemos leído «El Quijote». Sí, «Numancia». Alguna novela ejemplar (pero tarde). No sé por qué antipatías procedemos. Pero procedemos por invencibles conatos y antipatías. Por el libro de Veresaieff, profesé siempre una anticipadora antipatía.

Un lector fecundo; un hombre que haya leído mucho, llega—creo yo—a aquel poder que describió Goethe: «Abrir un libro por la página decisiva». Frase que yo he mucho pro-

una vez la Distocia y la Caries por la que no acaba de salir, de una vez, una nueva sociedad.

Especialmente dedicado a los señores odontotécnicos : ellos vienen de los sacamuelas, y hoy la Odontotécnica es una ciencia acabada, respecto a aquella otra baja actividad, como lo es (toda proporción guardada) la química respecto a los alquimistas. Y, frente a los astrólogos judiciares, la astronomía de posición, que un cierto Kepler tuvo que sostener (ya lo advertí en el cuerpo de la obra), pues vendiendo almanaques zaragozanos y horóscopos engañosos, para el pueblo y para los Príncipes. Todo está muy bien. No estarán quejosos de nosotros los dentistas. ¿Pero saben esos útiles ciudadanos «cuál» es el formador (uno, de los principales) de la clientela de que viven?

Uno de esos formadores es la Vacuna. Así es. Y la meticolosa mente hilvanadora de (un secundario filósofo sintético : la caricatura de Hegel ; pero indudable hombre de hechos baconianamente recogidos) Herbert Spencer, descubria ya una relación *embriológica* entre Vacuna y enfermedades bucales. En la especie, el material para dentistas. El vacunador, así, os hace vivir : ¿os uniréis a mí, entonces, en la campaña Antirevacunacional?

Así los médicos cultivamos un *compañerismo profundo*, que ninguno de nosotros advertimos. Los envenenadores se interauxilian. La clientela de un neurólogo está hecha por los «internistas» ; la de los comadrones, por toda la vida social (de que es *síntoma* la Medicina). Los vacunadores hacen que se sigan construyendo pequeños puentes de Brooklyn. La Medicina está bien representada por la vara, que pega, y por la serpiente que se muerde a sí misma.

Petición atroz de principio, Círculo Vicioso, ignorancia Elenchi, he ahí la Medicina. ¡Creo en la Medicina!

Yo me bato por un Círculo benefactor. Creo, pues, y no

creo en la Medicina. Para la que se usó hasta... siempre, basta el credo. Para la que se va a fundar, no se necesita.

«Creo en el teorema de Cantor» : ¿es lenguaje de personas adultas?

Aseguro, sin embargo, que jamás leí, de nuestro Cervantes, sino la grandiosa «Numancia», digna (ya digo) de Esquilo. Pero, para los otros creyentes, rige el consejo de Sydenham — *divinum opus est opium sedare dolorem* — al estudiante Veresaieff de oficio rural de la medicina...

Quijotada que será disciplina.

Pero los amores no se refutan : «Sí, creo en la medicina (pág. 211 de las Confesiones) y compadezco a los que rehúsan creer en ella». Veresaieff tiene una dama, y sus remordimientos son porque no la sirve, a la dama esa, tal y como quería ser servida.

Si son amores, si son serios ; si van por buen camino, esos amores, entonces ya no discuto. Conozco algo más resistente que el bronce, y es lo efectivamente sobornado de lo dulce.

—No se arrepienten. No hay Conversión. Que es lo que decíamos.

Pero Goethe tiene bien otra estatura. *Ut aliquid fiat !*

Y Veresaieff escribe mientras *actuaba* Tolstoi. ¡Entonces ! Pero conozco algo más resistente que el bronce, etc., etcétera, etc. Prefiero Quevedo : la verdad.

VII

«Hay que cortar la enfermedad»

Sí, por supuesto : hay que cortarla de raíz. Hay que cortarla, como la mala hierba. Cortarla, a pedacitos, como si fuera un bicho muy malo. Hay que «acabar con la enfermedad».

Vosotros, *e mathematicis*, percibís ahora toda la inverecunda ignorancia por la que se «edita» ese salvaje sofisma. ¿Cortaríais vosotros, de raíz, el Hidrógeno de nuestra sala? ¿Acabaríais, vasito a vaso, con el agua del Guadalquivir, o cubeta a cubeta con la del Mar de Balboa? ¿Se corta de raíz el cáncer? Pues lo mismo. El cáncer es lo *macroscópico* de lo que Criptopatológicamente ocurre con cualquiera otra dolencia interiorizada.

El Principio de Lavoisier no ha entrado todavía en la cerrazón de los internistas. Ni siquiera en la piel de los externistas.

Mirad, hay un Presupuesto de Sangre, en la economía (bien justamente dicha, economía), y, en ese presupuesto, todos lo saben, lo que se gasta por una parte se pierde por la otra. De modo es, que las «congestiones pulmonares» por contracción, a frigore, de los capilares de la piel, el curso de la columna sanguínea, el choque, la acumulación... Explicado. Vamos a otro asunto. Nuestro Presupuesto de Sangre lleva al sueño post prandium, pues, en ese estado, las maniobras químicomecánicas por las que el estómago digiere, *atraen* el «líquido especial» (*ein besonderes Sunft*, Goethe) hacia ese sitio. Y se pierde sangre, de la cabeza. Sueño. Es lo que dicen los Andaluces: «La maña del judío, que después de comer le da frío». Lo que se gasta por una parte, se pierde por otra.

¿Cómo vais a *cortar* sin que reaparezca?

Hay un Presupuesto Patológico, también. No cortáis, no elimináis, no *enjugáis*, sin que rebrote, reasome, rezume por todas partes... el demonio. El enemigo. Ni pensáis como Lavoisier, ni sois magos ya. No podéis. Nuestra Medicina es una posición en un puente, y no estamos ni en una orilla ni en otra.

«Creo en que se han de cortar, de raíz, los síntomas.» Es una fe, y no hay razones que valgan. Pero observad la relación

entre lo Agudo y lo Crónico. Desagudizáis al prójimo, y cronicizáis a la presente y a la generación futura. La enfermedad es una medicina. La medicina es una enfermedad.

Un *percance* en la normal actuación de la Fuerza del juicio.

Así cortasteis, de raíz, la viruela. Así seguís cortando todo pus con ayuda de pus.

El paralogismo atroz de vuestra actuación os lleva a procurar *pequeños* males contra males aparatosos. No hay cosas pequeñas en física, ha dicho John Tyndall: las que lo parecen, son titanes que se disfrazan.

Vosotros desconocéis las leyes de las avalanchas. No sabéis lo que es una siembra. Sembráis enfermedades, y provocáis catástrofes con vuestras dichosas cosas pequeñas.

El hábito del microscopio os ha privado de *visión criptológica*. Vosotros, perdéis vuestros «casos». Y los declaráis curados — cuando, eso, os descidís por pederlos pronto de vista.

El cáncer cunde. El cáncer es una especie de delirio de las carnes. El delirio, un *cáncer por trauma psíquico*. El querer «cortar de raíz» es un shock en el ritmo normal del poder conminador del juicio.

La Medicina—en ello creo—, la Medicina es una enfermedad hoy día.

¿Qué es lo curable? ¿Qué es lo incurable? Por el honor del género humano hay que creer en el término de esa superstición y crimen con impunidad — la medicina.

Tal sociedad, tal medicina. Hay que hacer otra sociedad. La sostienen — y no es el menor de sus yerros, sino que es el mayor crimen — los médicos. Son intereses. Hasta ahí discute.

Pero, hay que cortar de raíz, no cabe duda.

VIII

De la falsa conversión de algunos desengañados ilustres

1.—Tampoco tengo cuenta, en el texto, ni consideraré gravemente jamás, ciertas escépticas o voltairianas actitudes de clínicos como Botkin, de cirujanos como Billroth, de hombres médicos del genio de Hufeland. Por supuesto, la falacia de la terapéutica facultativa; los ingenuos o monstruosos sofismas en que se apoya nuestro oficio; los paralogismos que conducen a inutilidades o a acciones propiamente nocivas — todo el aparato de nuestra ciencia, lleva, él mismo, funcionando, a revelar su íntimo secreto. Pero la rebeldía de Botkin o la de Billroth, no es sino la del *augur*. Podrán, ilustres observadores y prácticos, «renegar de la terapéutica» y querrán atenuar sus efectos, y los atenuarán. Pero, siempre, siempre, quedará la *forma mentis* del que ATACA LAS ENFERMEDADES, del que quiere cortarlas de raíz...

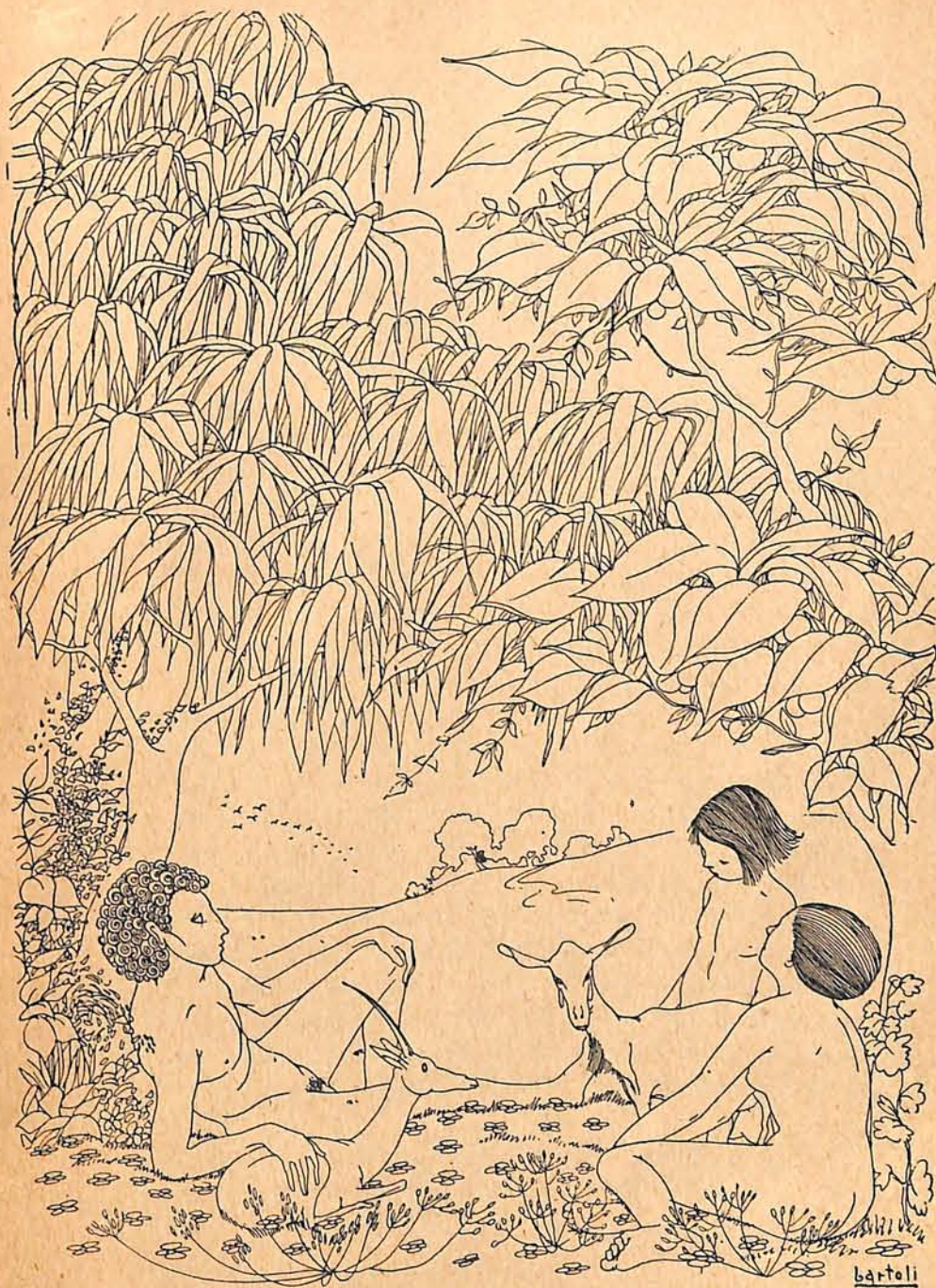
No puede, naturalmente; se estrella, pero en la esperanza de un lucir el día, cercano, en que «se hallará al fin el remedio con que la ciencia no cuenta aún». ¿Qué remedio?

Yo no espero absolutamente que pueda llegar ese día.

Huchard decía de Alberto Robin que «les separaba el espesor de un vejigatorio». El que se haya penetrado de mi texto, verá (paciente o sanitario) que, lo que nos separa de los otros, es precisamente el Concepto de Enfermedad y Curación.

No tengo, en fin, a Botkin y Billroth, desengañados, por aliados — sino por enemigos.

2.—Todos nosotros, médicos prácticos, hemos — a fuerza de tratar enfermos y medicamentos — llegado (aun en mo-



desta escala) al Gesto Botkin-Billroth. Nada tiene que ver, ese gesto, con la rebelión Kant-Goethe. Como se ha dicho de Savonarola que se rebeló, pero dentro de la Iglesia, así, los desengañados ilustres continúan dentro de la ortodoxia terapéutica. Lo que necesita ya la medicina es Reforma y Revolución.

La historia de la Vacuna enseña.

He tenido buen cuidado, en mi texto, de ahorrar al lector las noticias, que habrían sido numerosas, de mis «casos» con los clientes. Luego, no habría servido para nada útil (ni lógico) que yo hubiese llevado a los lectores al desengaño de la terapéutica por el ejemplo de un médico que «supo» y que se equivocó y renegó. Yo no he tenido propósitos de dictar un texto de psicología, sino de lógica. No de autobiografía, sino de Historia pública. En efecto, el referir los orígenes, desarrollo y extinción crítica del Dogma de la vacuna, tendría que formar parte de la historia universal, académicamente profesada. Aquí no se trataba de sembrar dudas y desengaños, sino de *abrir vías*. ¿Lo logré?

No hace muchos años de esto (lo refiere el doctor Carlos Brand, en uno de sus libros de escándalo y de combate), cierto sanitario de la América del Norte se halló, de pronto, ante una epidemia de viruela, entre mineros... y sin linfa. Sin embargo, vacunó. ¿Cómo? No os ocupéis, por el momento, de ello, y admirad los efectos de la vacunación bien entendida y practicada: se salvaron los mineros Norteamericanos, la epidemia se aplacó, enteramente cesó. *El doctor había inoculado el contenido de unas ampollitas...* llenas de leche. No pudo procurarse la linfa Mulford, garantizada: el médico de los mineros consiguió los mismos, o más bellos efectos curativos, con la leche.

¿Podía seguir creyendo, ese demonio, en la terapéutica de Facultad? Pero yo no digo que se haya *convertido*, sino

divertido. Todo médico práctico llega, realmente, a dudar de las divinidades que adoró.

Cuando uno maneja mucho las drogas, se vuelve pirroniano y sextoempírico. Como en tiempos de guerra, en Italia, faltaban no pocas veces sanitarios; como faltaban farmacéuticos, era no poco frecuente que un médico realizase las dos operaciones de recetar y despachar. Yo mismo fui médico y farmacéutico, por todo un invierno, en cierto ángulo de la Toscana (tocando a la Romagna): Badía Tebalda. Y mi costumbre de *tener las manos en la masa* no contribuyó poco a fortalecer las concepciones que antes, en el cuerpo de la obra, he expuesto. Reduje mi recetario. «Vi efectos». Pero no, todavía no es, repito, *el tránsito a una nueva arte*, sino desengaños sobre lo antiguo.

Y la historia no se escribe con el condicional. Ella recuerda a los vencedores y pasa por encima del cuerpo de los dubitantes. El Gesto Botkin-Billroth tiene su antídoto en el Gesto Goethe-Kant. *Vis Judicii Medicatrix*.

Con la actitud de desengaño de los «clínicos eminentes, que ya no creen», la humanidad se prepara a acoger a nuevos posibles Jenner... Y eso (por todo el espíritu de mi texto), eso, no.

Ahora la crisis tiene que ser total, y rendición de cuentas, bien. Pero absoluta rendición.

No a tal método de cura, sino al «sistema» entero de la cura es a lo que tiene que renunciarse. No a tal *estado de la ciencia médica*, sino a todo síntoma de ese paciente, y, al fin, por una Medicina exacta. Por una Medicina real.

Carácter: eso. Y la ausencia de carácter, en nuestra práctica, está probada (no ofende demasiado el decirlo) por las *ocurrencias* geniales de Botkin, Billroth, Huchard.

Son unos creyentes, de todas maneras. Tienen sus tribulaciones — pero ya volverán al seno de la Iglesia. A eso no le

llamamos nosotros conversión, sino crisis y confusión de la vanidad.

Eso no es ni siquiera «remordimiento», puesto que no se pasa de la constatación fría: «la medicina no sirve para nada»... Mientras que la realidad es muy otra: la Medicina es nociva. Mirad a Jenner. La medicina sirve — a la corta o a la larga — para matar, nada más.

Eso no lo firmarían ni Botkin, ni Billroth. Pues bien, tal es el hecho probado. Y hay que arrepentirse de eso: y en la forma que dije y exigí. *Una Medicina se hace, y por hoy no es. Será*. Pero que no quede ni residuo de la antigua, de la de hoy (que es la vieja). Ex novo. Renacer.

Teshubah.

IX

El ideal

1.—Acabo ya también con estas Notas póstumas a mi texto contra la vacunación. Mi oposición general a la *forma mentis médica*, y a la latrotecnia que de eso resulta, destruye, en fin, lo que todos en secreto aún adoran como Ideal en Medicina.

El ideal de la Medicina por nadie (a mi conocimiento) ha sido tan cándidamente y enérgicamente «fijado», como por Claude Bernard: una fisiología, por el procedimiento que él la iba haciendo; esa ciencia, ultimada (por otros claudobernardistas que quisiesen seguir *el método*); y esa ciencia convirtiendo la Medicina entera en una verdadera disciplina de causa y efectos — con sus aplicaciones. «Así será».

Mas, prescindiendo de ese *ideal*, hay, de todas formas una Medicina Arquetipo, una «Medicina en la Idea», una Medicina que no se equivoca nunca — y a ella mira, como a

su Norte, el triste marinero por el *mare tenebrarum*, el médico.

Digo que no existe tal ideal. Eso es la Fata Morgana, el espejismo en el desierto. Las críticas de los ilustres desengañados (Cfr. Nota VIII) provienen siempre del falso estado de duda (o de certeza) de «no haberse ajustado al ideal». Repito que no existe tal ideal.

La mente médica usual y corriente funciona bajo los esquemas engañosos de unas falaces, de unas contradictorias, de unas absurdas Categorías.

La Categoría de la Vivisección. La Categoría de la Vida por la necrosis. La Categoría del Ataque al morbo, al Demonio. La Categoría del Permanentismo. La Categoría de la Especificidad. La Categoría infame de la explotación del pobre por el rico. La Categoría del «Caso»... Un pensamiento en el que hay cantidad, no calidad; y, si hay calidad, nunca intensidad. La Categoría de lo sucio, tal es el resumen del ideal de nosotros, los médicos.

Así, «creo en la Medicina», por una parte. Y, por otra, «yo pecador».

Y, sin embargo, hay un ideal en Medicina: la duda, de que lo haya, he ido adrede sembrando por mi texto. Una Medicina que tiene su *Teorema Inicial* y su problema claro, resuelto. Una Medicina que se hembra con la matemática — más exacta que ella. *Quid sit Tempus!*

Pero ese ideal ya está REALIZADO, y no es, por consiguiente, el ideal de los que tienen que sufrir esperándolo. Ese ideal, está en el mundo, y es el mundo, en su vida de la que dependemos. Fué llamado Naturaleza, pero es Naturaleza del Juicio. En un Viviente, y por él, viviente que es señor de vida y no de muerte. En él hallamos salud, razón y remedio.

La Autonomía de la ciencia médica, *funda* la personal autonomía del médico. Engañados por crueles, sangrientos ideales; ciegos que guían a paralíticos, nuestra ciencia de la me-

dicina humana fué hecha hasta aquí por alquimistas, hechiceros y astrólogos judiciales. Una ciencia del dolor y de la cura tiene que surgir: Habrá médicos. Todavía no hay médicos.

2.—¿Y la vía? Pero yo no he podido, ni debido, aquí, sino señalarla. Mi texto no podía rebasar sus límites. Mi texto tenía dos partes: un ataque contra una superstición y crimen ya insostenible, la Vacuna. Un ataque contra el estado de una ciencia en la que había sido posible tal *falta*.

Mi crítica del Jennerismo es tal, que, aceptada que sea, exige *renuncia entera* al ideal mismo de la Medicina. Esa es mi posición aquí: un resultado, y una exigencia.

Para otra obra, la construcción de la medicina. Aquí ha bastado con arruinarla.

Y con la inculcada duda sobre otra ciencia que está fundada ya. En tiempos de guerra.

TIEMPO ES DOLOR. VIDA, CRONOLISIS.
AUTÓNOMA MEMORIA Y JUICIO UNIVERSAL, LA HISTORIA.
EL YO ES UN ¡AY! MODULADO.
LAS ENFERMEDADES SON SANCIONES. CONCIENCIA ES SUJETO Y SUJETO SUMISIÓN. — PANIATRIA EL MUNDO.

Aquí se viene a producir la conciencia — o a morir. Tal es la Medicina de los Eternistas. Desde nuestra *Prima Prova di un Principio Nuovo* (Bologna, 1920) en tierras de Galileo llamaron *Eternismo* a nuestra doctrina. Eternismo es nueva forma de arte. Nueva concepción y Realización del mundo. — Cambio de rumbo en Medicina.

*Rupit omnia æquationum vincula,
tabularum carceresque effregit.*

KEPLER

POST-SCRIPTUM

Entre la consignación de este manuscrito y su ordenación definitiva en páginas de imprenta, ha transcurrido un lapso de tiempo tal, que, aun siendo muy pocos, impondría un aumento en lo de la res bibliographica. Remito únicamente, al que estudia, a los trabajos españoles de Alharín, Salomón Málaga, D. M. Peter Pynton y otros alumnos nuestros. A la hospitalidad graciosa de los «Archivos de pediatría», órgano de la cátedra oficial pediátrica de la Facultad de Barcelona, debo la publicación de un demostrativo trabajo sobre Polioencefalitis y Vacuna, trabajo apto para abrir los ojos aún a los más supersticiosos Jennerianos. Véase el último número de Archivos. Son datos recientes, elaborados sobre las alarmantes noticias de U. FECK y otros médicos capaces de espíritu crítico. — Veo, por lo demás, que un elocuente Manifiesto de la Liga contra la Vacunación ha sido lanzado en estos momentos, y que la Liga convoca a «Padres y Sanitarios». Todo está preparado, y no hace falta ya sino encender un mixto.

No pertenezco a partido alguno, ni en Medicina ni en ninguna otra cosa, y lo que sé sobre el Tiempo y el Dolor —sobre su identidad, demostrada e mathematicis en 1920—, pues,

eso, no lo sé de ningún libro. Cuando lo del novelón, que un judas editó contra mí, y sobre una parte de mi vida, cierta revista de Sitges —L'Amic de les Arts— hubo de invitarme a hacer un resumen de mi sistema. ¡ Como si lo fuera ! Respondí que no había tenido nunca sino una idea, un problema — y que lo resolví. Y, en el artículo, que puede consultarse (1926), citaba y me apropiaba la frase de IBN DJANAH, gloria de Iberia, en sus Prados Floridos de la gramática hebrea :

«Esto que digo, no lo he aprendido de nadie. Nadie me lo ha enseñado. No lo tengo de ninguna obra. Nadie lo pensó antes de mí. Antes de mí, sé que nadie lo dijo.»

Mi identificación del Tiempo y del Dolor es un Teorema que llegué a demostrar — y a su luz veo la Medicina. Considero el «naturismo» como un Levantamiento de Masas contra una forma de lo médico. La oficial. Insurrección plebeya contra la «Facultad de Medicina». Pero mi doctrina es an Eternism (Peter Pynton). Acaso tengan razón mis discípulos al derivar de mi Prima Prova una Medicina de los Eternistas. Como Abel Gudra, Bhara Barka, Myriam de Mármara derivaron los «poemas de los eternistas».

Como sea, salí —en la prensa diaria— en defensa de los médicos protestatarios. Y mantengo todas las acusaciones que («El Diluvio») produje contra Temprana-Tuquiets, deshonor de Catalunya. Así como mantengo cuantas apreciaciones, ataques y aun diatribas pudo inspirarme la indignación (Ira principium Conscientiae) contra esta Timunya, Conyunya, Drapairunya que, con la capital en Drapairona, «tiene su monumento de piedra en la Sagrada Familia Gaudiesca y su monumento de cartón y papel en la Enciclopedia Espesa — vergonzosa ladronería» (A. ALHARÍN).

Tengo que acabar expresando mi gratitud a dos ciudadanos de acá —gratitud que quiero conste con la solemnidad de la palabra escrita : sin la bondad, el talento, la aplicación y el

dón de sacrificio de María Gracia, este libro no llegara a su fin. Y en el largo lapso de tiempo que va desde la entrega del manuscrito a la ordenación en páginas impresas, la vida aquí me hubiera sido de una dificultad, acaso insuperable, sin el filial apoyo del autor de La infección loímica en Barcelona a través de los siglos. No hablo aquí de ideas que coincidan—ya que mi doctrina está expuesta, en éste, y en los precedentes trabajos. Pero, en la soez ofensa contra una anciana madre venerable, juntos estuvieron nuestros corazones. Y unidos, en la obra de denunciar, ante el tribunal de la razón, errores y crímenes de la Medicina.

Mi libro está dedicado a un sabio jesuíta de Roma, y se acaba con estotra profesión de amistad. Mas no soy de ninguna parroquia — y las críticas aceptaré. En cuanto a los novelones bajo los cuales quisieron ignorarme, estos drapaires de la cultura, éstos, no llegan a la altura de mi desprecio. Y aun el artículo biográfico de la «Enciclopedia» de Drapairona está perpetrado por semejantes sacos de mugre y corazones de lascivia.

Este libro aparece, en fin, durante lo más recio de la batalla contra los bandoleros de la pluma. Vae victores !

Sigamos trabajando en España por la desbrutalización del público. Sin recompensa : que el Juicio tiene—entusiasmo que es—en sí mismo su propia inmarcesible Leticia. Pensamos en una comunidad de impíos bastardos desagradecidos. Tal es la suerte. Mas el pensar tiene por fuerza que ser. Fiat iudicium, pereat mundus.

COSTA BRAVA y mayo de 1935.

INDICE

	<u>Págs.</u>
Prefacio	7
Bibliografía de urgencia	9
Mi Dilema	11
Carta confidencial a un penalista	17
Declaración de un testigo en el Proceso contra Jenner	19
Paniatría	173
Post-Scriptum	203

Pedidos: Sr. JOSE LLAQUET
Amargós, 17, 1.º - Barcelona

3'50 ptas.